



AHÍ ABAJO,
ENTRE
RAÍCES Y
HUESOS

SEANAN
MCGUIRE



Las gemelas Jack y Jill tenían diecisiete años cuando las conocimos en *Cada corazón, un umbral*. Esta es la historia de lo que ocurrió primero. De cómo las hijas perfectas, modeladas según los deseos de los padres, a los doce años bajaron por una escalera que las llevó a los Páramos, y descubrieron que el simulacro de amor en el que habían vivido no las había preparado para un mundo de decisiones y muerte.



Seanan McGuire

Ahí abajo, entre raíces y huesos

Niños descarriados 2

ePub r1.0

Colophonius 05.10.2019

Título original: *Down Among the Sticks and Bones*

Seanan McGuire, 2017

Traducción: María Pilar San Román

Ilustraciones: Desconocido

Editor digital: Colophonius

Escaneo: orhi

ePub base r2.1



Para Meg

Creo que allí las reglas eran distintas. La ciencia era el meollo de todo, pero la ciencia era mágica. Le traía sin cuidado si algo se *podía* hacer. La clave era si *debía* hacerse, y la respuesta era siempre, siempre ¡sí!

JACK WOLCOTT

PARTE I

JILL Y JACK EN LO ALTO DE UNA COLINA MORABAN

El peligroso encanto de los hijos ajenos

Los conocidos de Chester y Serena Wolcott hubieran apostado a que la pareja nunca se iba a inclinar por tener hijos. Lo de ser padres no era lo suyo, eso lo veía cualquiera con dos dedos de frente. A Chester le gustaba disfrutar de silencio y soledad cuando trabajaba en el despacho de su casa, y la más ligera desviación de la rutina se le hacía un enorme trastorno imperdonable. Los hijos serían bastante más que una ligera desviación de la rutina. Los hijos serían una bomba atómica para su rutina. Serena disfrutaba con la jardinería y perteneciendo a juntas directivas de distinguidas ONG bien organizadas, y pagando a otras personas para que mantuvieran su hogar impecable. Los hijos eran el caos con piernas. Conllevaban petunias pisoteadas y ventanales destrozados por pelotas de béisbol, y no tenían cabida en el mundo cuidadosamente ordenado que habitaban los Wolcott.

Lo que esos conocidos no veían era cómo los socios del bufete de Chester llevaban a sus hijos al trabajo; a esos guapos clonecillos de sus padres, ataviados como caballeritos con ropa acorde a su edad; a esos futuros reyes del mundo embudidos en zapatos perfectamente lustrados, con voces perfectamente moduladas. Chester observaba, sintiendo crecer la envidia, cuando los socios júnior mostraban fotografías de sus hijos dormidos y eran elogiados, y ¿por qué? ¡Por reproducirse! Algo tan sencillo que cualquier animal silvestre era capaz de hacer.

Por la noche, Chester empezó a soñar con niños modositos con su cabello y los ojos de Serena, con sus *blazers* abotonados como Dios manda, y con los socios sonriendo afablemente ante la demostración de sus excelencias como padre de familia.

Lo que esos conocidos no veían era cómo algunas de las mujeres de las juntas directivas de Serena llevaban de tanto en tanto a sus hijas con ellas, disculpándose con el pretexto de niñeras incompetentes o canguros indispuestas, mientras que en su interior se regodeaban en secreto ante los ohs y ahs que todo el mundo se apresuraba a proferir al ver a sus lindas chiquilinas. Se asemejaban a flores de un jardín, esas hijas privilegiadas con sus vestidos de tafetán y puntillas; y, durante las reuniones y meriendas de los miembros de las juntas, ellas jugaban apaciblemente al borde de la alfombra, acunando sus animales de peluche y dando de comer galletas imaginarias a sus muñequitas. Todos los conocidos de Serena se lanzaban a alabar a esas mujeres por sus sacrificios, y ¿por qué? ¡Por tener un bebé! Algo tan fácil que la gente lo llevaba haciendo desde el principio de los tiempos.

Por la noche, Serena empezó a soñar con niñas plácidas y tranquilas con su boca y la nariz de Chester, ataviadas con vestidos que eran explosiones de florituras y volantes, y con sus compañeras desviviéndose por ser las primeras en decirle lo encantadora que era su hija.

Resulta que este es el auténtico peligro de los niños: son emboscadas, todos y cada uno de ellos. Alguien puede mirar al hijo de otra persona y no ver más allá de la superficie: los zapatos

relucientes o los rizos impecables. No ven los lloros ni los berrinches, las vigilias, las horas en vela, las preocupaciones. Ni siquiera ven el amor, no, no lo ven. Puede resultar fácil, cuando se observa a los niños a distancia, creer que son objetos, muñecos diseñados y programados por sus padres para comportarse de una manera determinada, de acuerdo con un conjunto de normas. Puede resultar fácil, plantados en el majestuoso territorio de la madurez, no recordar que todo adulto fue antaño un niño, con ideas y ambiciones propias.

Puede resultar fácil, finalmente, olvidar que los niños son personas, y que las personas hacen lo que se les antoja y les traen al fresco las consecuencias.

Fue justo después de las Navidades —tras una larga sucesión de fiestas en la oficina y actos benéficos interminables— cuando Chester se volvió hacia Serena y dijo:

—Hay algo de lo que me gustaría que habláramos.

—Quiero tener un niño —dijo ella.

Chester hizo una pausa. Él era un hombre metódico con una esposa metódica, que vivía una vida corriente y metódica. No estaba acostumbrado a que Serena fuera tan franca con sus deseos ni, de hecho, a que siquiera los tuviese. Resultaba turbador... y un pelín excitante, para ser sincero.

Al cabo sonrió y dijo:

—De eso era de lo que quería hablarte.

En este mundo hay gente —gente buena, honrada y trabajadora— cuyo mayor anhelo es tener un hijo, y que durante años trata de concebir uno sin el más mínimo éxito. Hay gente que debe ser atendida por doctores en pequeñas consultas estériles, y escuchar el terrible anuncio de cuántísimo le va a costar simplemente empezar a albergar esperanzas. Hay gente que debe partir en busca del viento septentrional para preguntarle cómo llegar a la casa de la Luna, donde los deseos pueden ser concedidos, si el momento es apropiado y la necesidad lo bastante acuciante. Hay gente que lo intentará y lo intentará una y otra vez, y a cambio de sus esfuerzos tan solo obtendrá un corazón roto.

Chester y Serena subieron a su habitación, a la cama que compartían; Chester no se puso condón y Serena no se lo recordó, y eso fue todo. A la mañana siguiente ella dejó de tomar sus píldoras anticonceptivas. Tres semanas después no le vino la regla, que desde sus doce años había sido tan sistemática y puntual como el resto de su vida. Dos semanas más tarde estaba sentada en una pequeña sala blanca mientras un amable hombre de larga bata blanca le informaba de que iba a ser madre.

—¿Cuánto falta para que podamos tener una imagen del bebé? —preguntó Chester, imaginándose a sí mismo enseñándosela a los compañeros de oficina, con el mentón prominente y la mirada distante, como perdido en ensueños en los que estuviese jugando a la pelota con su futuro hijo.

—Sí, ¿cuánto? —preguntó Serena. Las mujeres con las que trabajaba siempre festejaban entre gritos cuando alguien llegaba con una nueva ecografía para mostrarla al grupo. ¡Qué agradable sería convertirse por fin en el centro de atención!

El doctor, a quien le había tocado lidiar con bastantes padres ansiosos, sonrió.

—Está de unas cinco semanas —dijo—. En circunstancias normales yo no recomiendo realizar una ecografía antes de las doce semanas. Ahora bien, este es su primer embarazo. Tal vez

le convenga esperar antes de empezar a contarlo. Por ahora todo parece normal, pero todavía estamos en una fase temprana, y siempre resulta más sencillo no tener que desdecirse del anuncio.

Serena parecía desconcertada. Chester estaba que echaba humo. Que se atreviera siquiera a insinuar que a su esposa se le fuera a dar tan mal lo de estar embarazada —algo tan sencillo que cualquier cretina que pasaba por la calle era capaz de llevar a buen término— le ofendió a tal extremo que se quedó sin palabras. Pero al doctor Tozer se lo había recomendado, con un brillo cómplice en los ojos, uno de los socios de su bufete, y a Chester no se le ocurría ninguna manera de cambiar de médico sin ofender a alguien demasiado importante como para pensar en ofenderlo.

—Doce semanas, entonces —convino Chester—. ¿Y qué tenemos que hacer hasta entonces?

El doctor Tozer les informó. Vitaminas, alimentación sana y lecturas, muchísimas lecturas. Era como si el hombre pensara que su hijo iba a ser el más difícil en toda la historia del mundo, a juzgar por todas las lecturas que les recomendó. Pero ellos obedecieron, con diligencia, como si estuvieran siguiendo los pasos de un hechizo mágico que haría aparecer el hijo perfecto entre sus brazos. En ningún momento hablaron de si preferían niño o niña; se les antojó innecesario, habida cuenta de que ambos sabían con toda certeza lo que iban a tener. De modo que Chester se acostaba todas las noches y soñaba con su hijo, mientras que Serena soñaba con su hija, y, durante un tiempo, ambos creyeron que ser padres era algo ideal.

Ni que decir tiene que hicieron caso omiso del consejo del doctor Tozer de mantener el embarazo en secreto. Una noticia así de estupenda hay que compartirla. Sus amigos, los que nunca hubiesen pensado que lo de ser padres cuadrara con ellos, se mostraron desconcertados, pero les felicitaron. Sus compañeros de trabajo, que no los conocían lo bastante para comprender que era una idea nefasta, estaban entusiasmados. Chester y Serena sacudieron la cabeza e hicieron comentarios desdeñosos sobre cómo se descubre quiénes son tus «verdaderos» amigos.

Cuando Serena acudía a sus reuniones de junta sonreía satisfecha mientras las otras mujeres comentaban que estaba guapísima, que estaba radiante, que la maternidad «le sentaba estupendamente».

Cuando Chester acudía a su bufete se encontraba con que algunos de los socios se pasaban por su despacho «solo para charlar un rato» sobre su inminente paternidad, para ofrecerle consejos, para ofrecerle camaradería.

Todo era ideal.

Juntos acudieron a la cita para la primera ecografía, y Serena tomó de la mano a Chester mientras la ecografista le extendía un pringoso mejunje azulado por el vientre para, a continuación, deslizar por encima el sensor. La imagen empezó a perfilarse. Serena sintió por primera vez una punzada de preocupación. ¿Y si el bebé tenía algún problema? ¿Y si el doctor Tozer había tenido razón y el embarazo hubiese debido mantenerse en secreto, al menos unas semanas?

—¿Y bien? —preguntó Chester.

—Querían saber el sexo del bebé, ¿verdad? —inquirió la ecografista.

Chester asintió con un cabeceo.

—Tienen una niña perfecta —dijo ella.

Serena rio con justificado deleite, pero el sonido murió cuando contempló el ceño fruncido en el rostro de Chester. De improviso tuvieron la sensación de que todas esas cosas que habían quedado sin hablar eran tan enormes que abarrotaban la consulta.

La ecografista dio un respingo.

—Detecto un segundo latido —dijo. Ambos se volvieron hacia ella—. Gemelos.

—¿El segundo bebé es niño o niña? —preguntó Chester.

La ecografista dudó.

—Nos lo tapa el primero —dijo tratando de no mojarse—. Es difícil saberlo con seguridad...

—¿Qué diría usted? —la animó Chester.

—Me temo que no sería ético por mi parte opinar en este estadio. Les concertaré otra cita, para dentro de dos semanas. Los bebés se mueven en el útero. Es muy probable que entonces podamos verlo mejor.

No lo vieron mejor. El primer bebé se mantuvo tercamente delante y el segundo se mantuvo tercamente detrás, y los Wolcott se presentaron en la sala de partos —para un parto programado, cómo no, la fecha elegida de común acuerdo y marcada con un círculo en sus agendas— con la silenciosa esperanza de estar a punto de convertirse en los orgullosos progenitores tanto de un hijo como de una hija, completando de esta manera el núcleo familiar de un solo intento. Ambos se sentían un tanto ufanos ante esa posibilidad. Parecía una señal de eficacia, de su capacidad para poner en práctica la solución perfecta a la primera.

(La idea de que los bebés se convertirían en niños, y los niños en personas hechas y derechas, no se les ocurrió en ningún momento. El pensamiento de que tal vez la biología no marcaba el destino, y de que no todas las chiquillas se convertirían en hermosas princesas ni todos los chiquillos en valientes soldados, tampoco se les ocurrió en ningún momento. Las cosas hubieran sido más fáciles si esas ideas hubieran llegado a colarse en su cabeza, no buscadas pero a todas luces importantes. Una lástima que ya lo tuvieran todo decidido, que en su mente no quedara espacio para opiniones así de revolucionarias).

El parto duró más de lo previsto. Serena no quería una cesárea si se podía evitar, no quería la cicatriz ni todo el lío, así que empujó cuando le dijeron que empujara y descansó cuando le dijeron que descansara, y dio a luz al primer bebé cinco minutos antes de la medianoche del 15 de septiembre. Mientras le pasaba el recién nacido a la enfermera que esperaba para recogerlo, el doctor anunció: «Es una niña», y volvió a inclinarse sobre la paciente.

Chester, que confiaba en que el reticente varón fuese quien primero se abriera paso y reclamase la tan alardeada primogenitura, no dijo nada mientras sujetaba la mano de su esposa y la oía esforzarse por expulsar a la segunda criatura. Serena tenía el rostro arrebolado y los sonidos que estaba profiriendo eran bastante animalescos. Era horroroso. Chester no alcanzaba a imaginarse a sí mismo tocándola en el futuro bajo ninguna circunstancia. No; mejor que estuvieran teniendo ambos hijos de una sola vez. De esta manera darían ya carpetazo al asunto.

Un azotito, un gemido, y la voz del doctor anunciando con orgullo: «¡Otra niña perfectamente sana!».

Serena se desmayó.

Chester sintió envidia de ella.

Más tarde, cuando, ya fuera de peligro, Serena estaba acostada en su habitación privada con Chester a su lado, las enfermeras les preguntaron si querían conocer a sus hijas y ellos dijeron que sí, por supuesto. ¿Cómo podían haber dicho otra cosa? Ahora eran padres, y la paternidad y

maternidad venían acompañadas de ciertas expectativas, venían con sus propias reglas. Si no estaban a la altura de esas expectativas, quedarían como unos padres incapaces a ojos de todos sus conocidos, y las consecuencias de algo así, bueno...

Eran inimaginables.

Las enfermeras regresaron con dos criaturitas sin pelo y de rostro sonrosado, que más se asemejaban a larvas o goblins que a algo humano.

—Una para cada uno —comentó jovialmente una enfermera y, como si se tratara de la cosa más normal del mundo, le entregó a Chester un bebé envuelto en una mantita bien ajustada.

—¿Han pensado ya en los nombres? —preguntó la otra, alargándole a Serena el segundo bebé.

—Mi madre se llamaba Jacqueline —dijo Serena cautelosamente, mirando de refilón a Chester. Como es natural, se habían planteado el asunto de los nombres: uno para niña y otro para niño. En ningún momento habían contemplado la necesidad de poner nombre a dos niñas.

—La esposa de nuestro socio principal se llama Jillian —apuntó Chester. Llegado el caso podía asegurar que era el nombre de su madre. Nadie sabría que no era así. Nadie lo sabría jamás.

—Jack y Jill —dijo la primera enfermera con una sonrisa—. Qué cuco.

—Jacqueline y Jillian —la corrigió Chester con frialdad—. A ninguna hija mía se la llamará con algo tan indigno y vil como un diminutivo.

La sonrisa de la enfermera se borró.

—Por supuesto que no —convino, aunque lo que en realidad estaba pensando era «por supuesto que sí» y «ya verá qué poco tarda en comprobarlo».

Serena y Chester Wolcott habían sucumbido al peligroso encanto de los hijos ajenos. No tardarían en descubrir el error que habían cometido. La gente como ellos siempre lo descubre.

Casi perfectas en casi ningún sentido

Los Wolcott vivían en una casa en lo alto de una colina en el centro de un barrio elegante en el que todas las casas se parecían. La asociación de vecinos permitía tres colores de pintura exterior (dos de más, en opinión de muchos de los residentes), una variedad restringida de estilos de vallas y setos para rodear el jardín delantero, y perros pequeños y relativamente tranquilos de una brevísima lista de razas. La mayoría de los vecinos preferían no tener perro a tener que enfrentarse al complicado proceso de cumplimentar los permisos e impresos requeridos para poseer uno.

El objetivo de toda esta conformidad no era coartar sino proporcionar un entorno confortable, al permitir a los habitantes del barrio relajarse en un mundo que se ajustaba a un orden perfecto. Por la noche reinaba el silencio. La seguridad.

Excepto en el hogar de los Wolcott, por supuesto, donde los potentes gemidos de dos pares de pulmones en pleno desarrollo rompían el silencio. Serena se sentaba en el comedor y clavaba una mirada de incompreensión en los dos berreones bebés.

—Ya os habéis tomado un biberón —les informaba—. Os he cambiado los pañales. Os he paseado por la casa acunándoos y cantándoos esa horrible canción sobre la araña. ¿Por qué seguís llorando?

Jacqueline y Jillian, que estaban llorando por alguno de los infinitos motivos por los que lloran los bebés —tenían frío, estaban afligidas, se sentían ofendidas por la existencia de la gravedad—, continuaron berreando. Serena las contempló consternada. Nadie le había advertido que los bebés se pasarían todo el tiempo llorando a todo llorar. Bueno, algo se decía en los libros que había leído, pero ella había dado por hecho que se referían a los malos padres que no conseguían tratar a sus retoños con la suficiente mano firme.

—¿Es que no puedes hacerlas callar? —preguntó Chester detrás de ella.

Serena no necesitaba volverse para saber que estaba plantado en el umbral, ataviado con su batín, mirándolas a las tres con cara de pocos amigos, ¡como si fuera culpa de ella que los bebés parecieran estar diseñados para llorar sin cesar! Él había sido cómplice en la concepción de sus hijas, pero ahora que las niñas estaban allí apenas quería tener nada que ver con ellas.

—Lo he intentado —contestó ella—. No sé qué quieren, y ellas tampoco me lo pueden decir. No sé... no sé qué hacer.

Chester llevaba tres días sin dormir como Dios manda. Empezaba a temer el momento en que esto afectara a su trabajo y llamara la atención de los socios, dejándoles en mal lugar a él y a sus dotes como padre. Tal vez fue la desesperación o tal vez fue un momento de improbable y excepcional lucidez.

—Voy a llamar a mi madre —anunció.

Chester Wolcott era el menor de tres hijos: para cuando él llegó, los errores ya habían sido cometidos, las lecciones ya estaban aprendidas, y sus padres se habían sentido cómodos durante su crianza. Su madre era una mujer nada práctica y sensiblera hasta extremos intolerables, pero sabía cómo hacer eructar a un bebé y, a lo mejor, invitándola entonces, cuando Jacqueline y Jillian eran demasiado pequeñas para verse influidas por las ideas de su abuela sobre el mundo, podrían evitar invitarla más adelante, cuando la mujer sí que podría tener un efecto pernicioso.

En condiciones normales Serena se hubiese opuesto a la idea de que su suegra invadiera su hogar y pusiese todo manga por hombro. Con los bebés berreando y la casa ya patas arriba tan solo pudo asentir con la cabeza.

La llamada fue lo primero que Chester hizo por la mañana.

Louise Wolcott llegó en tren ocho horas más tarde.

A ojos de cualquiera, excepto a los de su implacablemente metódico hijo, Louise era una mujer organizada y disciplinada. Le gustaba que las cosas tuviesen sentido y se ajustasen a las reglas. A ojos de su hijo, era una soñadora incorregible. Ella creía que el mundo podía ser amable; creía que en general la gente era buena y que tan solo estaba esperando una oportunidad de demostrarlo.

Louise cogió un taxi para ir de la estación de tren a la casa, porque ni que decir tiene que haberla ido a recoger hubiera supuesto un trastorno en una ya trastornada organización. Llamó al timbre, porque ni que decir tiene que el que contara con una llave no tenía ni pies ni cabeza. Sus ojos se iluminaron cuando Serena abrió la puerta con un bebé en cada brazo, y ni siquiera se fijó en que su nuera no se había peinado ni en las manchas que esta tenía en el cuello de la blusa. Las cosas que Serena consideraba más importantes en el mundo carecían de toda relevancia para Louise, cuya atención estaba centrada por completo en los bebés.

—Aquí están —anunció, como si las gemelas llevaran años siendo objeto de una búsqueda generalizada. Se coló por la puerta abierta sin esperar a ser invitada y, tras dejar las maletas en el suelo junto al paragüero (donde para nada encajaban con la decoración), alargó los brazos—. Venid con la abuelita.

En condiciones normales Serena hubiese puesto reparos. En condiciones normales Serena hubiese insistido en ofrecerle café, té y un lugar donde dejar el equipaje fuera de la vista de todo el mundo. Serena, al igual que su marido, no había dormido una noche entera desde que había vuelto del hospital.

—Bienvenida a casa —dijo, y sin ceremonia alguna plantificó a ambos bebés en los brazos de Louise antes de dar media vuelta y enfilear escaleras arriba. Un segundo después se oyó el golpe de la puerta de su dormitorio al cerrarse.

Louise parpadeó sorprendida y luego bajó la mirada hacia las niñas, que habían dejado de sollozar por el momento y la observaban con una expresión de curiosidad en sus ojos abiertos como platos. Su mundo todavía era bastante limitado y todo en él era una novedad, y su abuela era la ultimísima novedad. Louise sonrió.

—Hola, cielitos —dijo—. Ya estoy aquí.

Louise no se marcharía durante los siguientes cinco años.

La casa de Serena y Chester había sido demasiado espaciosa para ellos dos solos: el matrimonio iba de aquí para allá por ella, tropezándose tan solo muy de vez en cuando, como dos dientes en un frasco que alguien estuviera sacudiendo. Al añadir dos niñas de corta edad y la madre de Chester, de buenas a primeras la misma casa parecía demasiado pequeña.

Chester les contó a sus compañeros de trabajo que Louise era una niñera, contratada a través de una empresa de confianza para ayudar a Serena, que se había visto superada por las dificultades de atender las necesidades de las gemelas. Trató de dejarla bien: no como una inexperta madre primeriza sino como una progenitora cariñosa que simplemente había requerido un par de manos extra para satisfacer las necesidades de sus hijas (y la posibilidad de que él hubiese podido aportar ese par de manos extra nunca pareció plantearse).

Serena les contó a los miembros de las juntas que Louise era la achacosa madre de su esposo, que estaba tratando de encontrar la manera de ser útil mientras se recuperaba de sus varias dolencias no contagiosas. Las gemelas eran unos auténticos angelitos, desde luego, las niñas más buenas y dóciles que jamás hubiera podido soñar, pero Louise necesitaba una ocupación, la que fuera, así que lo más razonable era permitir a su suegra entretenerse haciendo de canguro durante una temporadita (la posibilidad de contar la verdad era sencillamente descabellada: hubiese equivalido a reconocer el fracaso, y los Wolcott jamás fracasaban).

Louise contaba cuentos a Jacqueline y Jillian; les decía que eran muy inteligentes, que eran fuertes, que eran un milagro. Louise les decía que tenían que dormir y les secaba los ojos y, al irse haciendo mayores, les fue diciendo que tenían que comer verdura y recoger su habitación, y siempre, siempre, siempre les decía que las quería. Louise les decía que eran perfectas tal como eran, y que jamás tendrían que cambiar para nadie. Louise les decía que serían ellas quienes cambiarían el mundo.

Poco a poco, Chester y Serena aprendieron a distinguir a sus dos hijas. Jacqueline había sido la primera en nacer, y en ello parecía haber invertido toda su valentía; era la más delicada de las dos, la que se rezagaba para permitir a su hermana pasar delante. Fue la primera que aprendió a temer la oscuridad y la que empezó a reclamar una luz quitamiedos. Fue la última que dejó de tomar biberones, y continuó chupándose el pulgar cuando Jillian ya había abandonado la costumbre largo tiempo atrás.

Jillian, por su parte, parecía haber nacido con un déficit de sentido común. No había peligro físico contra el que no se lanzara: de las escaleras al horno, pasando por la puerta del sótano. Había empezado a andar tan de sopetón como ocurre con algunos niños, saltándose todas las etapas que sirven de advertencia, y Louise se había pasado una tarde persiguiéndola por la casa y acolchando las esquinas de los muebles, mientras Jacqueline permanecía cómodamente tumbada al sol, ajena por completo a los peligros a los que se estaba exponiendo su hermana.

(Serena y Chester habían echado chispas cuando al llegar a casa de sus distracciones diarias se habían encontrado con que todo el elegante mobiliario cuidadosamente escogido ahora lucía esquinas blandas y esponjosas. Louise había tenido que preguntarles cuántos ojos querían que tuvieran sus hijas entre las dos para convencerlos de que debían permitir que esos protectores continuaran en su lugar, al menos por el momento).

Por desgracia, con el reconocimiento llegó el encasillamiento. Los gemelos idénticos provocan cierto desasosiego en gran parte de la población: vestirlos de la misma manera y tratarlos como si fuesen criaturas intercambiables podía resultar tentador cuando todavía eran

pequeños, pero al ir haciéndose mayores empezarían a incomodar a la gente. Las niñas, en particular, se exponen a ser consideradas como algo anormal e inquietante si se parecen demasiado. Fuese culpa de la ciencia ficción, o de John Wyndham, Stephen King o Ira Levin, la realidad era que sus hijas tenían que poder distinguirse.

Jillian era más rápida, más indómita, más brusca. Serena se la llevó a su peluquería y la trajo de vuelta con un corte de pelo a lo *garçon*. Chester se la llevó a unos grandes almacenes y la trajo de vuelta con vaqueros de marca, zapatillas deportivas y un anorak que parecía abultar casi tanto como ella. Jillian, que estaba a punto de cumplir cuatro años e idolatraba a sus por lo habitual distantes padres como solo un niño puede idolatrarlos, desfiló con su nuevo atuendo ante su hermana, ojiplática y muerta de envidia, sin pensar en lo que significaba para ellas el hecho de que, además de ellas mismas y Gemma Lou —que había sido capaz de distinguirlas desde el primer día que las había tenido en brazos—, la gente por fin pudiera diferenciarlas.

Jacqueline era más pausada, dócil y precavida. Chester entregó a Serena su tarjeta de crédito, y esta llevó a su hija a una tienda salida directamente de un cuento de hadas, donde todos los vestidos tenían tantas capas como una tarta de boda y estaban guarnecidos con botones refulgentes y cascadas de puntillas y lazos, donde todos los zapatos eran de charol, y había que ver cómo brillaban... Jacqueline, que era lo bastante lista para percatarse cuando algo no iba bien, volvió a casa vestida como un personaje de cuento infantil, abrazó con fuerza a su hermana y lloró.

«¡Está hecha un pequeño chicozo!», comentaba admirativamente la gente al ver a Jillian; y, como Jillian era lo suficientemente pequeña para que el hecho de que fuera un chicozo resultase gracioso, deseable y enternecedor en lugar de cuestionable, Chester sonreía orgulloso. Tal vez no tuviera un hijo, pero existían ligas de fútbol para niñas. Había maneras de conseguir que su hija impresionara a sus socios. Una hija correosa era mil veces preferible a un hijo enclenque.

«¡Está hecha una princesita!», comentaba admirativamente la gente al ver a Jacqueline; y, como eso era todo lo que ella siempre había deseado para una hija, Serena ponía algún reparo y escondía su sonrisa detrás de la mano, regodeándose en los halagos. Jacqueline era perfecta. Crecería exactamente igual que las chiquillas que habían inspirado en Serena el deseo de tener una para sí, solo que sería mejor que aquellas, porque ellos no iban a cometer ninguno de los errores que cometían esos otros padres que no estaban a su altura.

(La idea de que a lo mejor ella y Chester no habían cometido ningún error en la crianza de sus hijas porque en realidad en ningún momento las habían criado jamás se le pasó por la cabeza. Ella era su madre. Louise era la niñera en el mejor de los casos, y una mala influencia en el peor. Es cierto que las cosas habían sido complicadas antes de la llegada de su suegra, pero solo porque ella se estaba recuperando del parto. Hubiera pillado al vuelo los trucos básicos de la maternidad de no haber sido porque Louise había acaparado toda la gloria. Seguro).

A los cuatro años y medio, las gemelas empezaron a asistir media jornada a un centro de preescolar. Ya eran lo bastante mayores para comportarse en público; lo bastante mayores para entablar amistades apropiadas, para establecer conexiones convenientes. Jillian, que se mostraba valiente en los familiares confines del hogar y aterrada ante todo lo que había más allá de estos, lloró cuando Louise las preparó para su primer día. No así Jacqueline, que tenía una mente insaciablemente curiosa y cuyas ansias por aprender no se aplacaban con lo que pudiera haber en una casa. Ataviada con un vestido rosa de volantes y unos zapatos a juego, Jacqueline permaneció estoicamente en silencio, observando cómo Gemma Lou tranquilizaba a su hermana.

La posibilidad de sentir celos ni se le pasó a Jacqueline por la imaginación. En esos momentos Jillian estaba recibiendo más atención, pero Jacqueline sabía que eso quería decir que más tarde Gemma Lou encontraría una excusa para hacer algo a solas con ella, algo que quedara entre las dos. Gemma Lou siempre era consciente de cuándo una de las gemelas estaba siendo relegada, y siempre se esforzaba por compensarla, por evitar que se abrieran brechas entre ellas. «Llegará un día en que solo os tengáis la una a la otra —decía siempre que una de las dos se quejaba por algo que había recibido su hermana—. No lo olvidéis».

De modo que las gemelas acudieron al centro de preescolar y se mantuvieron cogidas de la mano hasta que la maestra, que lucía una linda falda y una linda sonrisa y olía a vainilla, apaciguó los temores de Jillian. Entonces Jillian se soltó y corrió a jugar con un grupo de niños que habían encontrado una pelota de goma roja, mientras que Jacqueline se acercó a una esquina ocupada por niñas cuyos lindos vestidos eran tan fruncidos que tenían que quedarse allí plantadas admirándose entre ellas.

Todas eran unas chiquillas. Todas eran tímidas. Permanecieron en la esquina como una bandada de vistosos pájaros, mirándose unas a otras por el rabillo del ojo, contemplando cómo los niños más libres y bulliciosos caían y rodaban por el suelo, y si acaso sintieron envidia, ninguna lo reconoció.

Pero cuando esa noche llegó a casa, Jacqueline arrumbó de una patada su vestido bajo la cama, donde no sería encontrado hasta mucho después de que se le hubiera quedado pequeño; mientras que Jillian se sentó en un rincón, estrechando muñecas entre los brazos, y se negó en redondo a hablar, incluso con Gemma Lou. El mundo estaba cambiando y no les gustaba.

Y no sabían cómo impedirlo.

En su quinto cumpleaños, Jacqueline y Jillian tuvieron una tarta de tres pisos, cubierta de flores púrpuras y rosas y de un polvo brillante comestible. Se celebró una fiesta en el jardín trasero con un castillo hinchable y una mesa llena de regalos, y todos los niños de su clase fueron invitados, así como todos los niños cuyos padres trabajaban en el bufete de Chester o eran miembros de alguna de las juntas de Serena. Muchos eran mayores que las gemelas y formaron grupitos propios en rincones del jardín o incluso en el interior de la casa, donde evitarían oír los gritos de los más pequeños.

A Jillian le encantaba tener a todos sus amigos en su propio jardín, de cuyo césped conocía la topografía y la ubicación de todos los aspersores. Corría de aquí para allá como una bestezuela, riendo y gritando, y sus amigos corrían con ella, porque así era como habían aprendido a jugar. La mayoría eran chicos, demasiado jóvenes para haberse enterado de que las niñas daban repelús y no había que juntarse con ellas. Louise los observaba desde el porche trasero, con el ceño ligeramente fruncido. Sabía lo crueles que pueden llegar a ser los niños, y sabía hasta qué punto el comportamiento de Jillian le estaba siendo impuesto por sus padres. En uno o dos años la situación cambiaría, y Jillian iba a encontrarse dejada de lado.

Jacqueline permanecía a distancia, sin alejarse de Gemma Lou, temiendo ensuciarse su precioso vestido elegido especialmente para la ocasión, tras haber recibido instrucciones estrictas de que debía mantenerlo tan limpio como pudiera. No sabía muy bien por qué —Jillian se embarraba hasta arriba un día sí y otro también y el barro se quitaba al lavarlo, así que ¿por qué

no podían lavar también sus vestidos?—, pero estaba segura de que había un motivo. Siempre había un motivo, y nunca era uno que sus padres pudieran explicarle.

Chester se encargaba de la barbacoa, demostrando sus habilidades como cocinero y anfitrión. Varios de los socios no andaban muy lejos, charlando del trabajo con una cerveza en la mano. Chester se sintió a punto de reventar de orgullo. Allí estaba él, el padre en su propio hogar; y allí estaban ellos, la gente para la que trabajaba, admirando su espléndida familia. Él y Serena tenían que haber sido padres muchísimo antes.

—Tu hija es toda una luchadora, ¿eh, Chester?

—Lo es, sí —dijo Chester dando la vuelta a una hamburguesa (sin que ni él, ni ninguno de los presentes, se acordara de que a quienes se ganaban la vida haciendo eso mismo los llamaba «vuelvehamburguesas» y los miraba por encima del hombro)—. Va a ser toda una fiera cuando crezca un poco más. Ya estamos mirando equipos de fútbol infantiles. De mayor va a ser atleta, espera y verás.

—Mi mujer me mataría si tratara de enfundar a nuestra hija en un par de pantalones y mandarla a jugar con chicos —terció otro socio, con una jocosidad sardónica en la voz—. Eres un hombre afortunado. Dos de golpe, así es como se hace.

—Sin duda —dijo Chester, como si esto hubiese sido algo planeado desde un principio.

—¿Quién es la anciana que está con tu otra hija? —preguntó el primero de los socios señalando a Louise con un ademán de la cabeza—. ¿Es tu niñera? Parece un poco... Bueno, ¿no crees que va a terminar agotada, si tiene que andar persiguiendo todo el tiempo a dos crías pequeñas?

—Por ahora le va muy bien con las niñas —respondió Chester.

—Bueno, estate atento. Ya sabes lo que se dice de las mujeres mayores: te descuidas y te encuentras cuidando de ellas en lugar de ellas cuidando de tus hijos.

Chester volteó otra hamburguesa, pero no dijo ni mu.

En el otro extremo del jardín, cerca de la elegante tarta espolvoreada con azúcar glas, Serena se movía en el centro de un enjambre de esposas de la alta sociedad que cotorreaban aduladoramente; jamás se había sentido más en su salsa, jamás había tenido una sensación tan fuerte de estar ocupando por fin el lugar que le correspondía en el mundo. Esta había sido la solución: hijos. Jacqueline y Jillian estaban abriendo las últimas puertas que se interponían entre Serena y el auténtico éxito social; sobre todo, a su parecer, Jacqueline, que era todo lo que una muchachita tenía que ser: sosegada, dulce y más educada cada año que pasaba. ¡Si incluso algunos días se le olvidaba que Jillian era una niña y no un niño, de lo abismal que era el contraste entre ellas!

A algunas de las mujeres con las que trabajaba les incomodaba la manera en que Serena imponía límites a Jacqueline —por lo general eran las mujeres que llamaban «Jack» a su hija y la animaban a hacer cosas como buscar el tesoro por entre la hierba mojada o acariciar perros desconocidos que le llenarían el vestido de pelos—. Serena las despreciaba y, poco a poco y con discreción, empezó a relegar sus nombres a las últimas posiciones de las listas de invitados que controlaba, hasta que algunos terminaron por caerse de ellas. Tras lo cual, las que continuaban incluidas no tardaron en darse por enteradas y dejaron de hacer cualquier comentario que oliera a crítica. ¿Qué ganaban con opinar si eso conllevaba la pérdida de su estatus? No, mejor mantener la boca cerrada y la baza en la mano, tal como Serena decía siempre.

Serena echó un vistazo por el jardín buscando a Jacqueline. Dar con Jillian era fácil: estaba en el centro del caos más mayúsculo y molesto, como siempre. Jacqueline le costó más. Serena la localizó por fin a la sombra de Louise, pegada a su abuela, como si la mujer fuera la única persona en cuya protección confiase. Serena las miró con cara de pocos amigos.

Como fiesta de cumpleaños, la celebración fue todo un éxito: se comió tarta, se abrieron regalos, se saltó y se botó, dos rodillas se despellejaron (pertenecientes a dos niños distintos), un vestido acabó destrozado y un niño sobreexcitado no consiguió llegar al cuarto de baño a tiempo y vomitó el helado de fresa y la tarta de vainilla por todo el pasillo. Tras caer la noche, y cuando Jacqueline y Jillian ya estaban bien arropadas en sus camas, Louise se encontraba en la cocina preparándose un té. Oyó pisadas a su espalda. Interrumpió lo que estaba haciendo, se dio media vuelta y frunció el ceño.

—Suelta lo que sea —dijo—. Ya sabes la que organiza Jill si no estoy en mi habitación cuando viene a que le dé un beso de buenas noches.

—Se llama Jillian, madre, no Jill —la corrigió Chester.

—Si tú lo dices...

—Por favor —continuó él con un suspiro—, no hagas esto más difícil de lo necesario...

—¿El qué, exactamente?

—Queremos agradecerte todo el tiempo que has pasado ayudándonos con nuestras hijas. Al principio dieron mucho trabajo, pero creo que ahora ya tenemos la situación bajo control.

Y el trabajo que siguen dando después de los cinco años, hijo mío..., pensó Louise, aunque lo que dijo en voz alta fue:

—¿Ah, sí?

—Sí —intervino Serena—. Muchísimas gracias por todo lo que has hecho. ¿No te parece que te mereces la oportunidad de descansar?

—Cuidar a unas niñas a las que quieres como si fueran tus propias hijas no tiene nada de cansado —dijo Louise, pero ya había perdido la partida y lo sabía.

Louise había hecho todo lo que había podido. Había intentado alentar a ambas niñas a ser ellas mismas y a no ceñirse a los rígidos papeles que sus padres definían con un poco más de minuciosidad cada año que pasaba. Había intentado asegurarse de que supieran que existía un centenar, un millar, un millón de maneras distintas de ser niña, y que todas eran válidas y ninguna implicaba estar haciendo algo malo. Lo había intentado.

Que lo hubiera logrado o no ya casi no venía al caso, porque allí estaba su hijo con su esposa, y ahora ella iba a abandonar a esas maravillosas chiquillas en manos de unas personas que jamás se habían tomado el tiempo necesario para descubrir sobre ellas nada más allá de los detalles más nimios y superficiales. No sabían que Jillian era valiente porque tenía la certeza de que Jacqueline siempre estaba detrás de ella con un plan cuidadosamente preparado para hacer frente a cualquier problema que pudiera surgir. No sabían que Jacqueline era tímida porque se entretenía observando cómo la gente trataba a su hermana, y consideraba que la vista era mejor desde donde no te alcanzaban las salpicaduras.

(Tampoco sabían que, poco a poco, Jacqueline estaba desarrollando una fobia a ensuciarse las manos, por culpa de ellos y de sus continuas advertencias de que tuviera cuidado con sus vestidos, demasiado recargados para una niña de su edad. Aunque si Louise se lo hubiera comentado tampoco le hubieran prestado atención).

—Madre, por favor —dijo Chester, y eso fue todo: Louise había perdido.

—¿Cuándo queréis que me vaya? —preguntó ella con un suspiro.

—Lo mejor sería que ya no estuvieras cuando se despertaran —respondió Serena, y eso fue todo.

Louise Wolcott salió sigilosamente de las vidas de sus nietas con la misma facilidad con la que se había colado en ellas, y se convirtió en un nombre lejano que enviaba tarjetas de felicitación por su cumpleaños y algún regalo esporádico (en su mayoría confiscados por su hijo y nuera), y en un elemento más de la demostración definitiva e irrefutable de que ningún adulto era de fiar a la larga. A las niñas todavía les esperaban lecciones peores que aprender.

Esta, al menos, tal vez habría podido salvarles la vida.

Crecen tan deprisa...

A los seis años empezaron a ir al colegio, donde Jacqueline aprendió que las niñas que llevaban vestidos de volantes todos los días eran unas santitas de las que no te podías fiar; y Jillian aprendió que las niñas que llevaban pantalones y corrían de aquí para allá con los chicos eran unos bichos raros, cuando no algo peor.

A los siete pasaron a segundo, donde Jillian aprendió que olía mal y daba repelús, aunque qué más daba, si ya nadie quería jugar con ella...; y Jacqueline aprendió que para caer bien a sus compañeras le bastaba con sonreírles y asegurar que sus zapatos le gustaban.

A los ocho pasaron a tercero, donde Jacqueline aprendió que nadie contaba con que fuera a ser lista si iba a ser guapa; y Jillian aprendió que en ella nada encajaba, desde la ropa que llevaba hasta los programas que veía en la televisión.

«Debe de ser un verdadero asco tener una hermana tan tonta», le decían las niñas de su clase a Jacqueline, que tenía la sensación de que debía defenderla pero no sabía cómo. Sus padres nunca le habían enseñado a ser leal, a dar la cara, a apoyar a su gemela... ni siquiera a apoyarse en ella (si lo hacía, podía arrugarle el vestido). De manera que odiaba un poco a Jillian, por ser un bicho raro, por hacer que las cosas fueran más difíciles de lo necesario, y pasaba por alto el hecho de que toda la culpa era de sus padres, por haber tomado las decisiones por ellas.

«Debe de ser genial tener una hermana tan guapa», le decían los niños de su clase a Jillian (al menos los que todavía continuaban hablándole; los que habían superado el repelús que daban las niñas y estaban empezando a comprender que, al menos, parecían cumplir una función decorativa). Jillian se encerraba en sí misma, tratando de entender cómo, aunque su hermana y ella compartían rostro, habitación y vida, una era «la guapa» y la otra era simplemente Jillian, arrinconada y ninguneada, y cada vez más empujada a abandonar el papel de «chicazo» para asumir el de «bicho raro».

Por la noche yacían en sus angostas camas contiguas y se odiaban la una a la otra con una pasión ardiente que solo se puede dar entre hermanos, cada una deseando lo que la otra tenía. Jacqueline quería correr, jugar, ser libre. Jillian quería gustar, ser guapa, poder observar y escuchar, en lugar de verse obligada a estar en continuo movimiento. Ambas querían que la gente las viera a ellas, no la imagen que de ellas se habían hecho otras personas.

(Un piso más abajo, Chester y Serena dormían plácidamente, sin que sus decisiones les quitaran el sueño. Tenían dos hijas: tenían dos niñas a las que moldear y convertir en lo que ellos desearan. La posibilidad de que pudieran estar perjudicándolas al obligarlas a ceñirse a unas ideas encorsetadas de lo que debería ser una niña —o una *persona*— ni se les había pasado por la cabeza en ningún momento).

Cuando cumplieron los doce, sus nuevos conocidos lo tenían fácil para formarse enseguida una idea equivocada de la clase de persona que eran las gemelas. Jacqueline —jamás de los jamases Jack; Jack era un nombre-puñal: corto, afilado y cortante, sin suficientes ornamentos y florituras para una niña como ella— era irritable y ligera de lengua, y estaba rodeada por una bandada de aduladores que acudían en masa hacia ella desde todos los rincones de la escuela, ansiosos por disfrutar de la calidez pasajera de su favor. La mayor parte de los profesores creían que era más espabilada de lo que traslucía, pero casi ninguno conseguía que lo demostrara. Tenía demasiado miedo a ensuciarse, a las manchas de lápiz en los dedos y al polvo de tiza en sus jerséis de cachemira. Era casi como si temiese que su cerebro se asemejara a un vestido que no podía lavarse, y no quisiera ensuciarlo con información con la que a lo mejor más adelante no iba a estar de acuerdo.

(Las mujeres de las juntas directivas de Serena le decían que tenía mucha suerte, que era muy afortunada, y se marchaban a casa para estar con sus propias hijas, a las que quitaban los vestidos de fiesta para enfundarlas en unos vaqueros, y no se planteaban en ningún momento que a lo mejor a Jacqueline Wolcott no se le brindaba esa opción).

Jillian era ingeniosa y sosegada, deseaba agrandar y vivía en un perpetuo estado de aflicción provocado por los continuos y continuos rechazos. Las otras niñas no querían tener nada que ver con ella, decían que como jugaba tanto con los chicos estaba sucia, decían que la propia Jillian quería ser un chico y que por eso no se ponía vestidos y por eso se rapaba el pelo. Los chicos, al borde del precipicio de la pubertad y acosados en todas direcciones por su propia colección de expectativas contradictorias, tampoco querían tener nada que ver con ella. No era lo bastante guapa como para que mereciese la pena besarla (aunque unos pocos se habían preguntado cómo podía ser tal cosa siendo como era idéntica a la chica más bonita de la escuela); pero eso no quitaba para que fuera una chica, y sus padres decían que no tenían que jugar con chicas. Así que la fueron dando de lado, uno tras otro, dejándola sola, desconcertada y temerosa de lo que tenía por delante.

(Los socios del bufete de Chester le decían que tenía mucha suerte, que era muy afortunado, y se marchaban a casa para estar con sus propias hijas, a las que contemplaban correteando en el jardín trasero, jugando a lo que les apetecía, y no se planteaban en ningún momento que a lo mejor Jillian Wolcott carecía de voz y voto en lo referente a sus propias actividades).

Jacqueline y Jillian todavía continuaban compartiendo habitación; Jacqueline y Jillian todavía continuaban siendo amigas, a pesar de que el espacio que las separaba era un campo minado de resentimiento y resignación que podía estallar en cualquier momento. Cada año que pasaba resultaba más difícil recordar que antaño habían formado un bloque unido; que ninguna de las dos había elegido las pautas de su vida, sino que todo les había venido dado. Eso ya no importaba. Como bonsáis obligados a adoptar una determinada forma por un jardinero diligente, crecían adecuándose a la geometría de los deseos de sus padres, lo que las iba separando cada vez más y más. Es posible que, llegado el día en el que una de las dos decidiera salvar ese abismo, se encontrase con que al otro lado no había nadie.

Ninguna de las dos sabía con certeza qué haría cuando eso sucediera.

El día en que nuestra historia empieza de verdad —porque nada de lo anterior podía ser el comienzo, ¡por supuesto!; por supuesto que todo lo anterior eran los antecedentes, la explicación y justificación de lo que está por venir tan inevitablemente como el trueno sigue al rayo— estaba

lloviendo. No, lloviendo no. Estaba diluviando, el cielo estaba descargando una avalancha de agua que hacía pensar en un diluvio incipiente. Jacqueline y Jillian se encontraban en su cuarto, en sus respectivas camas, y la habitación estaba tan llena de rabia y silencio que el efecto era atronador.

Jacqueline estaba leyendo un libro sobre chicas elegantes que corrían aventuras elegantes en una escuela elegante, y pensaba que era imposible aburrirse más. De tanto en tanto miraba hacia la ventana con los ojos entrecerrados, contemplando la lluvia. Si el cielo hubiera estado despejado podría haberse acercado caminando hasta la casa de su amiga Brooke. Podrían haberse pintado las uñas la una a la otra y haber charlado de chicos, un tema que Jacqueline encontraba a ratos fascinante, a ratos soberanamente aburrido, pero que Brooke siempre abordaba con el mismo entusiasmo inagotable. Al menos hubiera sido algo...

Jillian, cuya intención había sido pasar el día entrenando con su equipo de fútbol, estaba sentada en el suelo junto a su cama, volcada con tanta energía en su abatimiento que daba la sensación de que una amenazadora nube se cernía sobre su lado del cuarto. No podía ir al piso de abajo a ver la televisión —nada de tele antes de las cuatro, ni siquiera los fines de semana, ni siquiera los días lluviosos— y no tenía ningún libro que leer que no hubiera leído ya cinco veces. Había probado a echar una ojeada a uno de los de Jacqueline sobre chicas elegantes, y no había tardado en sentirse confundida ante el sinfín de maneras que el autor encontraba de describir los peinados de todos los personajes. A lo mejor resultaba que había cosas peores que el aburrimiento.

Cuando Jillian suspiró por quinta vez en quince minutos, Jacqueline bajó el libro y la fulminó con la mirada desde la otra punta de la habitación.

—¿Qué narices te pasa?

—Me aburro —respondió Jillian con voz lastimera.

—Lee un libro.

—No tengo ninguno que no me haya leído ya.

—Lee uno de los míos.

—No me gustan tus libros.

—Vete a ver la tele.

—No me dejan hasta dentro de una hora.

—Juega con tu Lego.

—No me apetece. —Jillian lanzó un profundo suspiro y fue reclinando la cabeza hacia atrás hasta apoyarla contra el borde de la cama—. Me aburro como una ostra. Estoy muy, pero que muy aburrida.

—No deberías decir «muy» tanto —dijo Jacqueline repitiendo como un loro las palabras de su madre—. Es una palabra tonta y superflua.

—Pero es cierto. Estoy muy, pero que muy, pero que requetemuy aburrida.

Jacqueline vaciló. Con Jillian a veces lo mejor era esperar a que se le pasara: se distraía con algo y de nuevo volvía a reinar la paz. Otras veces, la única manera de lidiar con ella era proporcionándole algo que hacer. Si no se lo proporcionabas, lo encontraba ella misma, y por lo general era algo ruidoso, caótico y destructivo.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Jacqueline por fin.

Jillian le dirigió una esperanzada mirada de soslayo. Los tiempos en los que su hermana hubiese aceptado de mil amores pasar las horas jugando con ella quedaban muy atrás, tan perdidos como la gorra de béisbol que lucía el verano anterior en la feria cuando se había montado en el Torbellino con su padre. El viento se había llevado la gorra, y el tiempo se había llevado la buena disposición de su hermana a jugar al escondite, a disfrazarse o a cualquier otra cosa que su madre considerara desmadrada.

—Podríamos subir a jugar al desván —propuso por fin, con timidez, tratando de no sonar como si alimentara esperanzas de que su hermana aceptase. La esperanza solo te hacía sufrir. No había nada que detestara tanto como la esperanza, nada de nada.

—A lo mejor hay arañas —objetó Jacqueline arrugando la nariz, no tanto porque sintiera un auténtico desagrado sino más bien porque sabía que se *suponía* que debían resultarle desagradables. En realidad le caían bastante bien. Eran pulcras, limpias y elegantes, y cuando sus telarañas se deterioraban las arrancaban y empezaban una nueva desde cero. La gente podía aprender mucho de las arañas.

—Si las hay, yo te protegeré —se ofreció Jill.

—A lo mejor nos metemos en un lío.

—Te daré mi postre tres días —dijo Jill, y viendo que Jacqueline todavía no estaba convencida añadió—: Y fregaré los platos en tu lugar durante una semana.

Jacqueline odiaba a morir fregar los platos. De todas las tareas que a veces les adjudicaban, esa era la peor. Los platos ya eran de por sí bastante malos, pero el agua de fregar... era como prepararte tu propia ciénaga y ponerte a jugar en ella.

—Trato hecho —aceptó, dejando remilgadamente el libro a un lado y bajando de la cama.

Jillian, que consiguió no aplaudir de alegría mientras se levantaba, agarró la mano de su hermana y la arrastró fuera del cuarto. Había llegado el momento de embarcarse en una aventura.

Ni se imaginaba la aventura tan extraordinaria que resultaría ser.

El hogar de los Wolcott seguía siendo demasiado espacioso para el número de habitantes que contenía: lo bastante espacioso para que Jacqueline y Jillian pudieran tener su propio cuarto cada una, de haberlo querido así, y coincidir tan solo a la hora de las comidas. Durante el último año habían comenzado a temer que ese fuera a ser el regalo de su siguiente cumpleaños: habitaciones separadas, una rosa y otra azul, adaptadas a la perfección a las hijas que los padres deseaban y no a las hijas que tenían. Llevaban años distanciándose, siguiendo los caminos que habían sido trazados para ellas. A veces se detestaban y a veces se querían, y ambas sabían en su fuero más interno que las habitaciones separadas supondrían el golpe de gracia. Siempre serían gemelas. Siempre serían hermanas. Tal vez nunca volvieran a ser amigas.

Enfilaron escaleras arriba cogidas de la mano, Jillian arrastrando a Jacqueline, como siempre había sido su costumbre; Jacqueline prestando atención a todo lo que veía en derredor, lista para hacer retroceder a su hermana ante la amenaza de cualquier peligro. La idea de que en su hogar no corrían peligro jamás se le había ocurrido a ninguna de las dos. Si las veían—si sus padres salían de su dormitorio y se las encontraban deambulando juntas por la casa— las separarían. A Jillian la mandarían a jugar en los charcos del jardín trasero y Jacqueline sería enviada de vuelta a su habitación, a leer libros sentada tranquilamente y sin armar jaleo.

Ellas empezaban a tener la sensación, vaga e indefinida, de que sus padres estaban haciendo algo mal. Ambas conocían niños y niñas que eran como se esperaba que fuesen: niñas que adoraban los vestidos preciosos y estar sentadas apaciblemente; o a las que les encantaba el barro, gritar y dar patadas a un balón. Sin embargo, también conocían niñas que, aunque llevaban vestidos, eran el terror de los campos de fútbol, y niñas que, aunque llevaban deportivas y vaqueros, iban a la escuela con la mochila atestada de muñecas con lustrosos vestidos de tul. Conocían niños a los que no les gustaba ensuciarse, o a los que les gustaba sentarse a pintar, o que se juntaban con las niñas de las mochilas atestadas de muñecas en los rincones donde estas se reunían. A otros niños y niñas se les permitía ser una combinación de varias cosas: sucios y también limpios, vocingleros y también educados; mientras que a cada una de ellas dos se le exigía ser una única cosa, por arduo que fuese, por mucho que desearan ser algo distinto.

La sensación de que sus padres no estaban haciendo lo que era mejor para ellas les resultaba incómoda; igual que esa casa —esa casa inmensa y organizada a la perfección, con sus estancias limpias y decoradas con gusto—, cuyo efecto opresivo iba exprimiéndoles la vida gota a gota. Si no encontraban una escapatoria, se iban a convertir en muñecas recortables: planas, anónimas y listas para ser vestidas como se les antojara a sus padres.

En lo alto de las escaleras había una puerta por la que no se quería que entraran, que franqueaba el paso a una habitación que no se quería que recordaran. Gemma Lou había vivido allí cuando ellas eran pequeñas, antes de que se convirtieran en un problema demasiado abrumador y olvidara cómo quererlas. (Al menos eso era lo que su madre les había contado, y Jillian lo había creído porque sabía que el amor siempre tenía condiciones; que siempre, siempre tenía trampa. Jacqueline, que al ser más tranquila veía cosas que no hubiera debido ver, no estaba tan convencida). La puerta siempre estaba cerrada con llave; sin embargo, tras la marcha de Gemma Lou, la llave había sido arrojada al cajón de trastos de la cocina, y Jacqueline la había robado con total discreción el día de su séptimo cumpleaños, cuando por fin se había sentido con las fuerzas necesarias para recordar a esa abuela que no las había querido lo bastante para quedarse.

Desde entonces, cuando necesitaban un lugar donde esconderse de sus padres, un lugar en el que a Chester y Serena no se les pasara por la cabeza buscarlas, se retiraban al cuarto de Gemma Lou. Allí todavía quedaba una cama y, cuando se abrían, los cajones del tocador olían al perfume de su abuela; además, esta había dejado un viejo baúl de viaje en el armario, lleno de prendas y bisutería que había estado guardando para sus nietas, a la espera del día en que tuvieran edad suficiente para jugar a disfrazarse y a desfilarse como modelos con ella como apreciador público. Fue el baúl lo que las convenció a ambas de que la idea original de Gemma Lou no había sido marcharse. Tal vez hubiera olvidado cómo quererlas o tal vez no, pero hubo un tiempo en el que su intención fue quedarse. Y que alguna vez alguien hubiera pensado en quedarse por ellas significaba muchísimo para las dos hermanas.

Jacqueline giró la llave y se la guardó en el bolsillo, donde estaría segura, porque ella nunca perdía nada. Jillian abrió la puerta y fue la primera en entrar en la habitación, para asegurarse de que sus padres no estuvieran al acecho dentro, porque ella siempre era la primera en cruzar el umbral. A continuación cerraron la puerta a sus espaldas y por fin estuvieron a salvo, a salvo de verdad, sin papeles que interpretar, salvo los que ellas mismas escogieran para sí.

—Me pido la espada pirata —dijo Jacqueline presa de la excitación, y se lanzó a la carrera hacia el armario, agarró la tapa del baúl y la levantó. Entonces se quedó parada, con el júbilo mudando en confusión—. ¿Qué habrá pasado con la ropa?

—¿Qué?

Jillian se plantó junto a su hermana y examinó el interior del baúl. Los disfraces y accesorios habían desaparecido, todos, reemplazados por una escalera de caracol de madera que bajaba y bajaba y bajaba adentrándose en la oscuridad.

Si a Gemma Lou se le hubiera permitido quedarse con ellas, tal vez habrían leído más cuentos de hadas, tal vez habrían escuchado más historias sobre niños que abrían puertas que franqueaban el paso a un lugar y al atravesarlas se encontraban en otro sitio. Si se les hubiese permitido crecer siguiendo su propio camino, de acuerdo con sus propias inclinaciones, tal vez habrían conocido a Alicia, Peter y Dorothy, a todos los niños que al apartarse de la senda se habían encontrado perdidos en un país de hadas ajeno. Pero los cuentos de hadas habían sido demasiado sangrientos y violentos para el gusto de Serena, y los libros infantiles habían sido demasiado blandos y fantasiosos para gusto de Chester, de suerte que, de alguna manera y por increíble que pueda resultar, Jacqueline y Jillian nunca se habían enfrentado a la pregunta de qué podría acechar tras una puerta fuera de lugar.

Las dos miraron esa escalera imposible, demasiado perplejas y entusiasmadas para tener miedo.

—La última vez no estaba aquí —dijo Jillian.

—A lo mejor sí que estaba, pero con toda la ropa justo encima —señaló Jacqueline.

—Los vestidos se hubieran caído.

—No digas tonterías —le espetó Jacqueline, pero era un argumento válido, ¿no? Si esas escaleras siempre hubieran estado en el baúl, todas las cosas que Gemma Lou había dejado para ellas se habrían caído. A menos que...—. Aquí hay una trampilla. A lo mejor abajo hay otra, y resulta que se ha abierto y entonces todo ha caído escaleras abajo.

—¡Vaya! ¿Y qué hacemos?

Jacqueline estaba comenzando a darse cuenta vagamente de que esto no era tan solo un misterio: era toda una oportunidad. Sus padres no sabían que el viejo armario de Gemma Lou ocultaba una escalera. Era imposible que lo supieran. De haberlo sabido habrían guardado la llave en algún lugar donde hubiese sido mucho más difícil de encontrar que en el cajón de los trastos de la cocina. Las escaleras se veían polvorientas, como si llevaran años y años sin haber sido holladas, y Serena odiaba el polvo con todas sus fuerzas, lo que quería decir que desconocía su existencia. Si Jacqueline y Jillian descendían por ellas, ¡guau!, estarían adentrándose en un lugar secreto. En un lugar nuevo. En un lugar que era posible que sus padres jamás hubiesen visto y que no pudieran acotar con inexplicables normas adultas.

—Deberíamos bajar a buscar todos nuestros disfraces y guardarlos, para no dejar la habitación de Gemma Lou desordenada —propuso Jacqueline como si eso fuera lo más razonable del mundo.

Jillian frunció el ceño. En la lógica de su hermana había algo que no le cuadraba. No tenía reparos en colarse en la habitación de su abuela, porque antes de que Gemma Lou dejase de quererlas y se marchara se les había permitido entrar allí con total libertad; ese lugar era tan suyo como lo había sido de su abuela. Mientras que las escaleras del baúl... las escaleras eran algo

nuevo, extraño y desconocido que pertenecía a alguien que no era Gemma Lou, a alguien que no eran ellas.

—No sé... —dijo con cierto recelo.

A lo mejor, si a las hermanas se las hubiera animado a quererse más, a confiar más la una en la otra, a no considerar a la otra solo una rival por el escaso amor de sus padres, hubiesen cerrado el baúl para ir en busca de algún adulto. Y cuando hubieran llevado a sus desconcertados padres a la habitación de Gemma Lou, la segunda apertura del baúl no hubiera revelado ningún secreto, ninguna escalera, tan solo un marmágunum de prendas para disfrazarse y el desorden que siempre se produce tras la desaparición de algo mágico. A lo mejor.

Pero esa no había sido su infancia; esa no había sido su vida. Eran rivales y compañeras por igual, y jamás se les hubiera ocurrido la posibilidad de contárselo a sus padres.

—Bueno, pues yo sí que voy a bajar —anunció Jacqueline con un afectado resoplido, y pasó la pierna por encima del borde del baúl.

Fue más fácil de lo que se esperaba. Era como si el baúl ansiara que ella entrase, como si las escaleras ansiaran que ella descendiese por ellas. Franqueó el umbral y bajó varios peldaños antes de alisarse el vestido con las manos, mirar por encima del hombro y preguntar:

—¿Y bien?

Jillian no era tan valiente como todo el mundo siempre había dado por hecho que era. No era tan indómita como todo el mundo siempre había querido que fuese. Pero se había pasado la vida oyendo cómo le decían que era ambas cosas y, todavía más, que su hermana no era ninguna de las dos; si había una aventura que correr, de ningún modo podía permitir que Jacqueline la corriera sin ella. Pasó por encima del borde del baúl y se cayó con las prisas, yendo a detenerse justo un escalón por encima de donde Jacqueline la estaba esperando.

—Voy contigo —respondió, y se levantó sin molestarse en sacudirse el polvo.

Jacqueline, que había estado esperando esa reacción, asintió con un cabeceo y le ofreció la mano.

—Así ninguna de las dos se perderá —dijo.

Jillian movió la cabeza afirmativamente y tomó la mano de su hermana, y juntas fueron descendiendo cada vez más y más y más, adentrándose en la oscuridad.

El baúl esperó hasta que hubieron descendido hasta un punto donde ya no pudiesen oírle antes de proceder a cerrarse, encerrándolas a ellas en el interior y recluyendo el viejo mundo en el exterior. Ninguna de las dos hermanas se apercibió de ello. Ambas continuaron bajando.

Hay aventuras que se emprenden con facilidad. A fin de cuentas, no es nada complicado ser atrapado por un tornado o atravesar un espejo especialmente poroso; no es preciso contar con ninguna aptitud especial para ser arrastrado por una ola enorme o caer por una madriguera de conejo. Algunas aventuras lo único que requieren es un corazón proclive y la habilidad de precipitarte por entre las grietas del mundo.

Otras aventuras requieren un compromiso previo incluso antes de que hayan comenzado de verdad. ¿Cómo pueden ellas distinguir a quienes son dignos de quienes no lo son sino exigiéndoles algo que cueste cierto esfuerzo a quienes van a protagonizarlas? Algunas aventuras son crueles, porque esa es la única manera que conocen de ser amables.

Jacqueline y Jillian descendieron por las escaleras hasta que les dolieron las piernas, les fallaron las rodillas y tuvieron la boca seca como un desierto. En su lugar, un adulto tal vez se hubiera dado media vuelta para regresar por donde había venido, optando por retirarse al reino de lo conocido, de los grifos por los que corre agua y de las superficies lisas y seguras. Pero ellas eran unas niñas, y la lógica infantil consideraba que era más fácil bajar que subir. La lógica infantil pasaba por alto el hecho de que un día tendrían que volver a ascender hacia la luz si querían regresar a casa.

Cuando ya iban por la mitad (aunque ellas no lo sabían: cada peldaño era idéntico al anterior), Jillian resbaló y cayó, y sus manos se soltaron violentamente. Mientras rodaba escaleras abajo, profirió un grito agudo y sin palabras, y Jacqueline corrió en pos de ella, hasta que se encontraron acurrucadas juntas, magulladas y un tanto aturcidas, en uno de los escasos descansillos.

—Quiero volver —gimoteó Jillian.

—¿Por qué? —preguntó Jacqueline.

No había una respuesta convincente, de modo que retomaron el descenso, bajando más y más y más, dejando atrás muros de tierra que abundaban en raíces de árboles y, más adelante, en enormes huesos blanquecinos de bestias que habían hollado la Tierra en tiempos tan pretéritos que bien podría haberse tratado de un cuento de hadas.

Continuaron bajando más y más y más, dos chiquillas que no podían haber sido más distintas ni más iguales. Las dos lucían la misma cara; las dos veían el mundo a través de los mismos ojos, azules como el cielo tras la tormenta. Tenían el mismo cabello, rubio ceniza, tan pálido que parecía resplandecer a la luz tenue de la escalera, aunque el de Jacqueline caía en largos tirabuzones mientras que Jillian lo llevaba corto, dejando al aire las orejas y el elegante contorno de su cuello. Tanto el porte como los movimientos de ambas eran precavidos, como si esperasen ser corregidas en cualquier momento.

Continuaron bajando más y más y más, hasta que al descender el peldaño final se hallaron en una pequeña estancia circular con huesos y raíces incrustados en las paredes jalonadas de cuerdas de las que colgaban luces blancas mortecinas, como si se hubiese dado el pistoletazo de salida a la Navidad antes de tiempo. Al contemplarlas, Jacqueline pensó en las luces de las minas, en oscuros territorios subterráneos. Al contemplarlas, Jillian pensó en casas encantadas, en lugares que tomaban más de lo que daban. Ambas sintieron un escalofrío, y se aproximaron la una a la otra.

Había una puerta. Era pequeña y lisa, de madera de pino rugosa y sin tratar, con un cartel colgado a la altura de los ojos de un adulto. «SOLO SI ESTÁIS SEGURAS», decía, con letras que parecían haber sido grabadas a fuego en la madera.

—¿Seguras de qué? —preguntó Jillian.

—Seguras de que queremos ver lo que hay al otro lado, supongo —respondió Jacqueline—. No hay ningún otro camino por donde seguir.

—Podríamos volver a subir.

Jacqueline miró con firmeza a su hermana.

—Me duele la pierna —aseguró—. Además, creía que querías correr una aventura. «Encontramos una puerta, pero no nos gustó, así que nos dimos media vuelta sin ver lo que había al otro lado» no es una aventura. Es... es una huida.

—Yo nunca huyo.

—Estupendo —dijo Jacqueline, y alargó la mano hacia el picaporte.

El picaporte giró antes de que pudiera agarrarlo, y la puerta se abrió permitiéndoles contemplar el lugar más inconcebible que ninguna de las dos había visto en toda su vida.

Era un campo. Un campo inmenso, tan inmenso que parecía extenderse casi hasta el infinito... y el único motivo por el que no continuaba más allá era porque se topaba con la orilla de lo que parecía ser un océano gris pizarra que se estrellaba contra una costa rocosa y despiadada. Ninguna de las dos niñas conocía la palabra «páramo», pero, de haberla conocido, al momento hubieran estado de acuerdo en que aquello era un páramo. Este era el Páramo, el arquetipo platónico único del que todos los demás páramos habían derivado. El terreno era fértil y estaba cubierto por una mezcla de arbustos bajos y flores con pétalos de llamativos colores, que crecían azules, naranjas, púrpuras... en una imposible profusión de color. Jillian avanzó un paso al frente dejando escapar una débil exclamación de asombro y placer. Jacqueline, no queriendo quedarse atrás, la siguió.

La puerta se cerró de golpe a sus espaldas. Ninguna de las dos se percató, aún no. Estaban ocupadas corriendo entre las flores, riendo, bajo el ojo de una luna enorme y sangrienta.

Su historia por fin había comenzado.

PARTE II

EN LA OSCURIDAD SE ADENTRAN JILL Y JACK

Al mercado, al mercado, a por un pollo cebón^[1]

Jillian y Jacqueline corrieron entre las flores como criaturas indómitas y, en ese momento, en ese breve y luminoso momento, con sus padres lejos y desconocedores de lo que sus hijas estaban haciendo, sin que todavía ninguno de los moradores de los Páramos supiera de su existencia, realmente eran criaturas indómitas, libres de hacer lo que desearan, y lo que deseaban hacer era correr y correr.

Jacqueline corrió como si hubiera estado reservando todas sus carreras para ese momento, para ese lugar donde nadie podía verla ni reprenderla ni decirle que esa no era manera de comportarse una señorita... siéntate, tranquilízate, te vas a hacer un siete en el vestido, te vas a manchar las medias, pórtate bien. La hierba estaba ensuciándole las rodillas y se le había metido barro bajo las uñas; sabía que más tarde lamentaría ambas cosas, pero en ese momento le traían sin cuidado. Por fin estaba corriendo. Por fin era libre.

Jillian corrió más lentamente, llevando cuidado de no aplastar las flores, deteniéndose en cuanto le apetecía echar un asombrado vistazo en derredor, con los ojos abiertos de par en par. Nadie le decía que fuera más deprisa, que corriera más rápido, que no apartara los ojos del balón; nadie quería que esto fuera una competición. Por primera vez en años estaba corriendo por el mero placer de correr, y cuando tropezó y cayó entre las flores se desplomó riendo.

Luego rodó sobre sí misma hasta quedar boca arriba y entonces su risa se interrumpió, se le ahogó en la garganta cuando contempló, con ojos desorbitados, el enorme ojo carmesí de la luna.

Aquellos de vosotros que hayáis visto la luna tal vez creáis que sabéis lo que vio Jillian; tal vez creáis que os la podéis imaginar, brillando en el cielo encima de ella. Al fin y al cabo, la luna es el cuerpo celeste más afable, con su cálido y entrañable fulgor blanco, como un amigo que solo desea asegurarse de que todos nosotros estamos a salvo en nuestros pequeños mundos, en nuestros pequeños jardines, en nuestras pequeñas y circunspectas vidas. La luna se preocupa. Tal vez no sepamos cómo lo sabemos, pero aun así lo sabemos: que la luna vela por nosotros, que la luna se preocupa y que la luna siempre nos querrá, pase lo que pase.

Esta luna también velaba, pero ahí terminaba la semejanza con la luna acogedora y limpia que había velado por las gemelas todos los días de su vida. Esta luna era inmensa, roja como un rubí engastado en el cielo nocturno, y estaba rodeada por los puntos brillantes de un millón de estrellas. Jillian nunca había visto tantísimas estrellas en toda su vida. Las observaba tanto como a la luna, que parecía estar escrutándola a ella con un interés e intensidad en los que nunca antes había reparado.

Poco a poco, Jacqueline se fue cansando de correr y se acercó para sentarse junto a su hermana en medio de las flores. Jillian señaló en silencio hacia arriba. Jacqueline miró y torció el gesto, sintiendo una repentina inquietud.

—Esa luna no es normal —dijo.

—Es roja —repuso Jillian.

—No —dijo Jacqueline, que al fin y al cabo había sido alentada a permanecer sentada en silencio, a leer libros en lugar de a participar en juegos bulliciosos, a observar con atención. Jamás a nadie se le había ocurrido pedirle que fuera lista, lo que tampoco estaba demasiado mal dada la situación: su madre se hubiera sentido mucho más inclinada a pedirle que fuese un poco boba, porque las chicas bobas eran más dóciles que las inteligentes y testarudas. La inteligencia era un atributo de los chicos, y un estorbo a la hora de sentarse apaciblemente y mantenerse observante.

Jacqueline había descubierto la inteligencia por sí misma, arrancándola de esos silencios a los que la confinaban, utilizándola para llenar los huecos que de manera natural aparecían en una vida vivida siendo buena, tranquila y paciente. Solo tenía doce años. Sus conocimientos tenían un límite. Y sin embargo...

—La luna no debería ser tan grande —señaló—. Está demasiado lejos para ser tan grande. Para serlo tendría que estar tan cerca que desbarataría las mareas y destrozaría el mundo, por la gravedad.

—¿La gravedad puede hacer eso? —preguntó Jillian, horrorizada.

—Podría, si la luna estuviera tan cerca —respondió Jacqueline. Se puso de pie y se inclinó para tirar de su hermana y obligarla a levantarse también—. No deberíamos estar aquí.

Esa luna no era normal, y a lo lejos había montañas. ¡Montañas! Por algún motivo, a Jacqueline no le suponía mayor problema aceptar la existencia de un campo y un océano debajo del sótano, pero montañas... Eso ya era demasiado.

—La puerta ha desaparecido —señaló Jillian, que llevaba en el cabello una ramita de una planta morada leñosa, a modo de pasador. Era un bonito adorno. Jacqueline no recordaba la última vez que había visto a su hermana llevando algo solo porque fuese bonito—. ¿Cómo vamos a volver a casa si la puerta ha desaparecido?

—Si la luna puede no ser normal, entonces la puerta también puede moverse —afirmó Jacqueline con lo que confiaba sonara a seguridad—. Solo tenemos que encontrarla.

—¿Dónde?

Jacqueline dudó. Ante ellas se encontraba el océano, inmenso, feroz y tormentoso. Las olas las arrastrarían en un santiamén, si se aproximaban demasiado. Las montañas estaban a su espalda, altas, escarpadas y amenazantes. Emplazadas en los picos más altos se atisbaban sombras que parecían castillos. Incluso de haber sido capaces de trepar hasta tan arriba, no tenían ninguna garantía de que los habitantes de aquellas fortalezas que se asemejaban a manos aferradas a los riscos en lo alto de las montañas fueran a mostrarse en modo alguno amistosos con un par de chiquillas perdidas.

—Podemos ir hacia la izquierda o podemos ir hacia la derecha —propuso Jacqueline finalmente—. Tú eliges.

A Jillian se le alegró la cara. No recordaba la última vez que su hermana le había pedido que fuera ella quien eligiese, que había confiado en que no las llevaría de cabeza hacia un charco embarrado o hacia alguna otra pequeña calamidad.

—A la izquierda —dijo, y agarró de la mano a su hermana y la arrastró a través del páramo inmenso y amenazador.

Es importante comprender el mundo en el que Jacqueline y Jillian fueron a encallar, incluso si ellas tardaron un tiempo en entenderlo plenamente, si es que alguna vez lo lograron. Así pues, los Páramos:

Hay mundos edificados sobre arcoíris y mundos edificados sobre lluvia. Hay mundos de matemática pura, donde todos los números tintinean cristalinamente cuando cobran realidad. Hay mundos de luz y mundos de oscuridad, mundos poéticos y mundos lógicos, y mundos donde lo único que importa es la bondad del corazón del héroe. Los Páramos no son nada de esto. Los Páramos existen en un crepúsculo eterno, en la pausa entre la caída del rayo y la resurrección. Son un lugar de experimentación científica sin fin, de belleza monstruosa y de resultados terribles.

De haberse encaminado hacia las montañas, las niñas se hubieran encontrado en un mundo cubierto de nieve y pinos, en el que los aullidos de los lobos atravesaban la noche y en el que los señores del invierno eterno gobernaban con mano implacable.

De haberse encaminado hacia el mar, las niñas se hubieran encontrado en un mundo atrapado eternamente en el momento de ser anegado por las aguas, en el que las canciones de las sirenas atraían hacia la muerte a los desprevenidos, y en el que los señores de las mansiones medio sumergidas jamás olvidaban ni perdonaban a quienes los ofendían.

Sin embargo, no hicieron ninguna de esas dos cosas. En lugar de eso, caminaron entre matorrales y helechos, deteniéndose de tanto en tanto para recoger flores que jamás antes habían visto, flores que eclosionaban blancas como el hueso, amarillas como la bilis o con una vaga insinuación del rostro de una mujer en el centro de sus pétalos. Caminaron hasta que ya no pudieron caminar más, y cuando, exhaustas, se arrebujaron juntas, la vegetación bajo ellas se convirtió en un cómodo colchón, mientras que la vegetación sobre sus cabezas las ocultaba de las miradas fortuitas.

La luna se puso. El sol salió, trayendo consigo nubes borrascosas, tras de las que se ocultó durante todo el día, por lo que el cielo en ningún momento llegó a estar más radiante de lo que lo había estado cuando ellas llegaron. De las montañas descendieron lobos y del mar emergieron seres indescritibles, y todos ellos se apiñaron alrededor de las niñas durmientes y las contemplaron mientras sus sueños marcaban el discurrir de las horas. Ninguno hizo ademán de tocarlas. Ellas habían realizado su elección: habían elegido los Páramos. Su destino —y su futuro — habían quedado sentenciados.

Cuando la luna salió de nuevo, las bestias de las montañas y del mar se escabulleron, permitiendo que Jacqueline y Jillian despertaran en un mundo solitario y silencioso.

Jillian fue la primera en abrir los ojos. Alzó la mirada hacia la luna rojiza que se cernía sobre ellas y se sorprendió por dos veces en el lapso de un segundo: la primera, por lo cercano que el astro seguía pareciendo y, la segunda, porque no experimentó sorpresa alguna al descubrirse en ese lugar. Por supuesto que era algo real. Ella había tenido sus buenas dosis de sueños hermosos y descabellados, pero jamás algo así. Y si no lo había soñado, tenía que ser real; y si era real, por descontado que tenían que continuar allí. Los lugares reales no desaparecen solo porque eches una cabezadita.

Jacqueline se revolvió a su lado. Jillian se giró hacia su hermana e hizo una mueca al ver una babosa avanzando lentamente por la curva de la oreja de Jacqueline. Estaban corriendo una

aventura, que se estropearía si esta empezaba a dejarse llevar por el miedo a ensuciarse. Con todo el cuidado del mundo, Jillian alargó la mano, le quitó la babosa de la oreja y la arrojó a la maleza.

Cuando volvió a mirar, su hermana tenía los ojos abiertos.

—Seguimos aquí —dijo Jacqueline.

—Sí.

Jacqueline se puso de pie, mirando con cara de pocos amigos las manchas de hierba en sus rodillas y el barro en el dobladillo del vestido. Jillian pensó que menos mal que no podía verse el pelo; de habérselo visto seguramente se hubiera echado a llorar.

—Tenemos que encontrar una puerta —dijo Jacqueline.

—Sí —convino Jillian, aunque sin pensarlo de corazón, y cuando Jacqueline le ofreció la mano la tomó a pesar de todo, porque estaban juntas, las dos, juntas de verdad, y, aunque fuese algo que no podía durar, no dejaba de ser una milagrosa novedad.

Cuando la gente se enteraba de que tenía una hermana gemela, no tardaban en decir que eso tenía que ser estupendo, tener una amiga íntima desde que naces. Nunca había sabido cómo explicarles lo equivocados que estaban. Tener un hermano gemelo implicaba tener siempre alguien con quien ser comparado y frente al que desmerecer, alguien que no tenía obligación alguna de sentir simpatía hacia ti, y que no la sentiría la mayor parte del tiempo, porque los vínculos afectivos eran peligrosos.

(De haber sido capaz de expresar sus sentimientos hacia su entorno familiar, de haber sido capaz de explicárselos a un adulto, es posible que Jillian se hubiera llevado una sorpresa al ver cómo podían cambiar las cosas. Claro que, de haberlo hecho, su hermana y ella nunca se hubiesen convertido en el manojito de resentimientos y contradicciones necesario para hacer aparecer una puerta a los Páramos. Cada elección alimenta todas las elecciones que vienen después, tanto si las deseamos como si no).

Jacqueline y Jillian caminaron por el páramo cogidas de la mano. No iban hablando, porque no sabían de qué podían hablar: la conversación espontánea entre hermanas había dejado de brotarles con espontaneidad casi en cuanto habían aprendido a hablar. Sin embargo, les confortaba estar juntas, saber que ninguna de las dos estaba realizando ese periplo en solitario. Les confortaba la proximidad de la otra. Tras su infancia parcialmente compartida, esto era lo más parecido a disfrutar de su mutua compañía a lo que podían aspirar.

El terreno era irregular, como con frecuencia lo son páramos y breñales. Tras haber alcanzado el límite de la planicie, ya llevaban un rato ascendiendo. En lo alto de la colina, Jacqueline metió el pie en un hoyo y cayó rodando por la ladera contraria a una velocidad tan sorprendente como lacerante. Jillian gritó el nombre de su hermana, se abalanzó hacia delante tratando de agarrarle la mano y cayó a su vez, dos chiquillas dando tumbos como estrellas que se precipitan desde un firmamento atestado.

En lugares como los Páramos, cuando la roja luna está mirando desde el cielo y tomando decisiones sobre la historia, cuando los viajeros han adoptado sus propias decisiones sobre el rumbo que tomar, a veces la distancia es más una noción subjetiva que una magnitud que se ajuste a una ley de obligado cumplimiento. Las niñas rodaron hasta detenerse; Jacqueline quedó boca abajo y Jillian quedó de espaldas, ambas con el estómago revuelto y destellos de luz en los ojos. Se sentaron, alargaron los brazos la una hacia la otra, se quitaron el brezo de los ojos y contemplaron con pasmo boquiabierto el muro que había aparecido de sopetón ante ellas.

De él es obligado hablar, del muro.

Aquellos de nosotros que construimos nuestras moradas en el mundo moderno, donde poquísimos monstruos vagan por los pantanos, poquísimos hombres lobo aúllan en la noche, creemos que comprendemos la naturaleza de los muros: son líneas divisorias entre una estancia y otra, más una cortesía que cualquier otra cosa. Hay quien ha optado por eliminarlos por completo, viviendo la vida en lo que denominan «espacios de planta abierta». La intimidad y la protección son conceptos, no necesidades, y a un muro exterior es más apropiado llamarlo cerca.

Esto no era una cerca. Esto era un verdadero muro, en el más ancestral y genuino sentido de la palabra. Árboles enteros habían sido talados, afilados hasta convertirlos en estacas y clavados en el suelo. Estaban amarrados unos a otros con piezas de hierro y cuerdas trenzadas a mano, y los resquicios entre ellos, sellados con un cemento que lanzaba extraños destellos a la luz de la luna, como hecho de algo más que de simple piedra. Un muro que podría hacer embarrancar a un ejército, incapaz de continuar su avance.

En el muro había un portal, cerrado contra la noche, tan inmenso e intimidatorio como el matorral en su derredor. Al mirarlo costaba creer que en algún momento pudiera llegar a abrirse, o que pudiese abrirse siquiera. Parecía más una floritura decorativa que un elemento funcional.

—¡Guau! —exclamó Jillian.

Jacqueline tenía frío. Estaba magullada. Y lo que era peor, estaba sucísima. Lisa y llanamente: ¡ya había tenido bastante! De modo que echó a andar, saliendo de entre los helechos para avanzar por la tierra compactada que circundaba el muro, y llamó a la puerta tan fuerte como se lo permitieron sus tiernas manos infantiles. Jillian dio un respingo, la agarró del brazo y la arrastró hacia atrás.

Pero el daño, por pequeño que fuese, ya estaba hecho. El portal se abrió por la mitad entre crujidos y dejó a la vista un patio de aire medieval. En el centro había una fuente, con la estatua en bronce y acero de un hombre ataviado con una capa larga, su pensativa mirada clavada en las altas montañas. No se apreciaba movimiento alguno. Era un lugar desierto, un lugar abandonado y, al mirarlo, Jillian sintió cómo su corazón se llenaba de pavor.

—No deberíamos estar aquí —musitó.

—Así es, probablemente no deberíais —convino una voz masculina.

Ambas niñas dieron un respingo y gritaron y, al girarse, se encontraron al hombre de la fuente plantado frente a ellas, examinándolas como si fueran una extraña y nueva especie de insecto que hubiera hallado arrastrándose por su jardín.

—Pero resulta que estáis aquí —continuó él—. Lo que supongo que quiere decir que tendré que encargarme de vosotras.

Jacqueline alargó la mano buscando la de Jillian, la encontró y la aferró, mientras ambas contemplaban al desconocido mudas de terror.

Era un hombre alto, más alto que su padre, que siempre había sido el punto más alto de su mundo. Era un hombre bien parecido, como salido de una película (aunque Jacqueline no estaba segura de haber visto alguna vez una estrella cinematográfica tan pálida, o con ese aire de haber sido esculpida a partir de algún material blanco y frío). Tenía el cabello muy negro y los ojos naranjas, como los de las calabazas iluminadas de Halloween. Lo más sorprendente de todo era su boca redonda y rojísima, que parecía pintada con lápiz de labios.

El forro de la capa era del mismo tono rojo de su boca y su traje era tan negro como su cabello, y se mantenía tan completamente inmóvil que no parecía humano.

—Por favor, señor, nuestra intención no era ir a ningún sitio adonde no debiéramos —se disculpó Jillian que, al fin y al cabo, había pasado años fingiendo saber comportarse con valentía. Y esforzándose tanto que en ocasiones olvidaba que estaba mintiendo—. Creíamos que todavía estábamos en nuestra casa.

El hombre ladeó la cabeza, como si estuviera mirando un bicho muy interesante, y preguntó:

—¿Dentro de vuestra casa suele haber un mundo entero? Debe de ser bastante grande. Limpiar el polvo os llevará bastante tiempo.

—Había una puerta —explicó Jacqueline saliendo en defensa de su hermana.

—¿Ah, sí? ¿Y no habría por casualidad un mensaje en la puerta? Con una instrucción, tal vez...

—Decía... decía... «Solo si estáis seguras» —respondió Jacqueline.

—Ajá. —El hombre agachó la cabeza. No fue un gesto de asentimiento, sino más bien una indicación de que se daba por enterado de que otra persona había hablado—. ¿Y bien?

—¿Y bien qué? —inquirió Jillian.

—Que si estabais seguras.

Las niñas se acercaron un poco más la una a la otra, sintiendo un repentino frío. Estaban cansadas, estaban hambrientas y les dolían los pies, y lo que decía ese hombre carecía de todo sentido.

—No —respondieron al unísono.

El hombre incluso sonrió.

—Gracias —dijo, con cierta amabilidad en la voz.

Tal vez fuera eso lo que animó a Jillian a preguntar:

—¿Por qué?

—Por no mentirme. ¿Cómo os llamáis?

—Jacqueline —dijo Jacqueline.

Y:

—Jillian —dijo Jillian.

Y el hombre, que ya había visto a bastantes niños llegar caminando por esas colinas y terminar llamando a esa puerta, sonrió.

—Jack y Jill bajaron por colinas mil —recitó²¹—. Seguro que estáis hambrientas. Acompañadme.

Las niñas intercambiaron una mirada, inquietas, aunque no habrían sabido explicar por qué. Pero solo tenían doce años, y el hábito de la obediencia estaba muy arraigado en ellas.

—Vale —aceptaron, y cuando él traspasó el portal y se adentró en la plaza desierta lo siguieron, y las hojas de la puerta se cerraron a sus espaldas impidiendo penetrar al matorral; aunque no así a la mirada reprobatoria del rojo ojo de la luna, que vigilaba y juzgaba, sin decir palabra.

Los papeles que nosotros mismos escogemos

El hombre las guio por el silencioso pueblo emplazado al otro lado del muro. Jill no le quitó los ojos de encima mientras caminaban, confiando en que, si algo había de pasar, empezaría por la única persona a la que habían visto desde que habían franqueado el fondo del baúl de su abuela. Jack, a la que el silencio y la inmovilidad distraían menos al estar más acostumbrada a ellos, escrutaba las ventanas. Observó el titilar de velas apartadas a toda prisa para evitar ser vistas; observó cortinas ondeando, como recién soltadas por una mano invisible.

No estaban solas en ese lugar, y todas las personas con las que compartían la noche estaban escondidas. Pero ¿por qué? No era posible que dos chiquillas y un hombre luciendo una capa pudieran ser tan tremendamente aterradores. Y como tenía hambre y frío y estaba cansada, Jack mantuvo la boca cerrada y continuó caminando hasta que llegaron a una puerta de hierro con barrotes ubicada en una pared de piedra gris. El hombre se volvió a mirarlas, con expresión seria.

—Esta es vuestra primera noche en los Páramos, y la ley dice que debo brindaros la hospitalidad de mi hogar durante tres salidas de la luna —afirmó solemnemente—. Durante ese tiempo, estaréis tan seguras bajo mi techo como pueda estarlo yo mismo. Nadie os hará daño. Nadie lanzará hechizo alguno sobre vosotras. Nadie recurrirá a vuestra sangre. Una vez transcurrido ese tiempo estaréis sometidas a las leyes de esta tierra, y pagaréis por lo que toméis igual que cualquier otro. ¿Lo entendéis?

—¿Cómo? —dijo Jill.

—No —respondió Jack—. Eso no tiene... ¿A qué se refiere con «recurrir a nuestra sangre»? ¿Por qué iba a hacer nadie nada con nuestra sangre?

—¿Cómo? —repitió Jill.

—Dentro de tres días ya ni siquiera estaremos aquí. En cuanto encontremos una puerta regresaremos a casa. Nuestros padres estarán preocupados. —Era la primera mentira que Jack había dicho desde su llegada a los Páramos, y se le atragantó como un hueso.

—¿Cómo? —dijo Jill por tercera vez.

El hombre sonrió. Sus dientes eran tan blancos como rojos eran sus labios, y el contraste pareció poner un toque de color en su piel por primera vez.

—Vaya, esto va a ser divertido —comentó, y abrió la puerta de hierro.

Al otro lado había un vestíbulo. Como vestíbulo de castillo subterráneo era de lo más normal: las paredes eran de piedra, el suelo estaba tapizado con una filigrana en desvaídos tonos rojos y negros, y las lámparas de araña que colgaban del techo abundaban en telarañas, enmarañadas peligrosamente cerca de las velas encendidas. El hombre atravesó la estancia. Jack y Jill, a falta de opciones mejores, lo siguieron.

Fijaos en el cuadro que componían en esos momentos: dos niñas de cabello dorado con la ropa rasgada y embarrada siguiendo a un desconocido de aspecto impecable por el castillo. Fijaos en cómo se mueve el hombre, con la agilidad de un guepardo y unos pies que apenas parecen rozar el suelo; y cómo las niñas se apresuran para mantener su paso, ¡trastabillando y a punto de caer en sus ansias por no quedar atrás! Todavía van de la mano, nuestras chiquillas perdidas, pero Jack ya está empezando a rezagarse ligeramente, desconfiando de su anfitrión, recelando de lo que sucederá una vez transcurran los tres días.

Ellas no son unas hermanas gemelas a las que se les haya enseñado la importancia de ser fieles la una a la otra. Las grietas entre ambas ya están empezando a aparecer y no tardarán en separarlas.

Ahora bien, eso es el futuro y esto es el presente. El hombre caminaba y Jack y Jill lo seguían, luciendo ya sus nombres abreviados como la coraza en la que a la larga se convertirán. Jack siempre había sido «Jacqueline», evitando el sonido breve, afilado y masculino de «Jack» (y en más de una ocasión su madre había preguntado si existía alguna manera de intercambiar los nombres de las niñas, hacer de Jacqueline Jillian, permitir a Jillian ser Jack). Jill siempre había sido «Jillian», aferrándose a la fina brizna de feminidad que le habían dejado, negándose a ser truncada (y su padre se había informado sobre el asunto del cambio de nombres, para acabar descartándolo por demasiado complicado, porque la ganancia no compensaba). Jill continuó pisando los talones a su guía y Jack se fue quedando tan atrás como le permitían sus manos enlazadas, y cuando alcanzaron un tramo de escaleras más angosto que el que las había conducido hasta allí, de piedra en vez de polvorienta madera, ambas pararon un instante, contemplando en silencio los peldaños.

El hombre se detuvo para mirarlas, con una sonrisa jugueteando en la comisura de la boca.

—Este no es el camino de vuelta a vuestro hogar, mis pequeñas expósitas —dijo—. Me temo que ese será más difícil de encontrar que las escaleras que comunican mi aldea con mi comedor.

—¿Su aldea? —preguntó Jack, el miedo olvidado por el asombro—. ¿La aldea entera? ¿Es dueño de toda la aldea?

—De cada piedra y cada hueso —respondió él—. ¿Por qué? ¿Te parece impresionante?

—Un poco —reconoció Jack.

El hombre sonrió más ostensiblemente. Al fin y al cabo, la chiquilla era una verdadera preciosidad, con el cabello como la luz del sol y esa piel suave que apuntaba a días pasados mayormente en interiores. Sería dócil; sería dulce. Podría valer.

—Tengo muchas cosas impresionantes —aseguró él, y enfiló escaleras arriba, dejando a las niñas con pocas opciones salvo seguirle, si no querían quedarse allí solas.

Fueron subiendo más y más y más hasta que se les antojó que debían de haber desandado todo el camino que llevaba de vuelta al fondo del baúl de Gemma Lou, de vuelta a los confines familiares de su propia casa. Pero en lugar de en su casa, el hueco de la escalera desembocó en la entrada de un comedor maravilloso. La larga mesa de caoba estaba puesta para un comensal. La doncella que se hallaba de pie cerca de la pared más alejada pareció alarmarse al ver entrar en la estancia al hombre seguido por dos chiquillas. Hizo amago de dar un paso al frente, pero se detuvo y se quedó plantada allí, retorciéndose las manos.

—Calma, Mary, calma —dijo él—. Son viajeras: expósitas. Han franqueado una puerta, y esta es su primera noche de tres.

La mujer no pareció sosegar; si cabe, pareció más preocupada.

—Están bastante sucias —señaló—. Mejor déjelas primero en mis manos, para que pueda darles un baño y usted pueda cenar tranquilo.

—No seas tonta. Cenarán conmigo. Avisa a la cocina de que necesitaré dos platos de lo que sea que comen los niños.

—Sí, mi señor —dijo Mary, haciendo una apresurada y nerviosa reverencia.

La doncella no era vieja, pero tampoco joven; parecía una de esas mujeres de su barrio a las que a veces contrataban para cuidar a Jack y Jill durante las vacaciones, cuando sus padres tenían que trabajar. Los campamentos eran demasiado caóticos y bulliciosos para Jack, y los cursos complementarios de verano solo cubrían parte del día. Aunque no les agradara la idea, a veces la única opción era recurrir a alguien que se encargara de ellas.

(La edad era lo único que Mary tenía en común con esas señoras impecables y elegantes, que siempre llegaban con referencias y una bolsa de viaje de tela llena de pertrechos para realizar actividades con ellas. Mary tenía el cabello castaño y rizado, y tan improbable era que esa cabellera se dedicara a robar cepillos de pelo como que estuviera dispuesta a someterse a ellos. Sus ojos eran del gris turbio del agua tras fregar los platos, y cuando estaba de pie su postura era una rígida posición de firmes que delataba un tremendo agotamiento. Si se hubiera presentado en el umbral de su casa en busca de trabajo, Serena Wolcott la hubiera rechazado en el acto. Jack confió en ella al instante. No así Jill).

Mary dirigió a las niñas una última mirada preocupada antes de dirigirse hacia la puerta situada al otro lado de la estancia. Ya casi la había alcanzado cuando un carraspeo del hombre la hizo detenerse en seco.

—Dile a Ivan que mande llamar al doctor Bleak —ordenó él—. No he olvidado nuestro acuerdo.

—Sí, mi señor —dijo la mujer, y se marchó.

El hombre se volvió hacia Jack y Jill, y sonrió al ver la atención con que lo estaban observando.

—La cena estará lista enseguida, y estoy convencido de que la encontraréis de vuestro agrado —dijo—. No dejéis que Mary os asuste. Tres días he prometido y de tres días dispondréis, antes de que tengáis que temer nada entre estas paredes.

—¿Qué sucede cuando pasan los tres días? —preguntó Jill, que había aprendido largo tiempo atrás que los juegos tenían reglas y que las reglas debían cumplirse.

—Venid —dijo el hombre—. Sentaos.

Él se dirigió hacia la cabecera de la mesa y se sentó en el lugar que había sido dispuesto para él. Jill tomó asiento a su izquierda. Jack fue a sentarse junto a su hermana, pero él movió la cabeza negativamente y le señaló el asiento a su derecha.

—Si voy a tener una pareja a juego durante tres días, voy a aprovechar y disfrutarlo —dijo—. No os preocupéis. No tenéis nada que temer de mí. —La palabra «todavía» parecía cernerse sobre los tres, tácita.

Ahora bien, Jack había visto poquísimas películas de miedo, y Jill, que podría haber estado mejor preparada para interpretar las señales, estaba agotada, abrumada y todavía aturdida por la novedad de pasar un día en compañía de su hermana sin pelearse. Se sentaron donde les habían indicado, y allí continuaban sentadas cuando Mary regresó, seguida por dos silenciosos hombres

de mejillas hundidas vestidos con fracs negros que les llegaban casi hasta las rodillas. Cada uno de los hombres llevaba un plato con una tapa semiesférica plateada.

—Ah, bien —dijo su anfitrión—. ¿Cómo se ha preparado?

—La bruja culinaria conjuró alimentos que agradan a los niños —explicó Mary, con la voz tensa y la barbilla alzada—. Garantiza que serán de su gusto.

—Excelente —dijo él—. Niñas, ¿cuál queréis?

—El de la izquierda, por favor —pidió Jill, haciendo memoria de hasta la más ínfima norma de cortesía que conocía. Las tripas le sonaron estruendosamente y el hombre se echó a reír, y a Jill le pareció que todo iba a salir bien. Estaban a salvo. Se hallaban entre cuatro paredes y les estaban sirviendo comida, y el acechante ojo de la luna sangrienta estaba lejos, vigilando el matorral en lugar de a las hermanas.

Los hombres colocaron los platos ante las niñas y de inmediato retiraron las tapas de plata. Delante de Jack, medio conejo, asado y servido sobre una cama de verduras variadas: comida sencilla, comida de campesinos, el tipo de guiso que, con el tiempo, podría haber aprendido a preparar ella misma. Había una rebanada de pan y un trozo cuadrado de queso; y como le habían enseñado a ser educada incluso cuando no le apetecía, no se quejó por la extraña manera de presentar la carne, ni por la piel basta de las verduras, que habían sido cocinadas a la perfección, aunque con un estilo más rústico de aquel al que estaba acostumbrada.

Delante de Jill, tres tajadas rojizas de ternera asada, tan poco hechas que la sangre se mezclaba con el puré de patatas y las espinacas que las rodeaban. Ni pan ni queso, pero sí una copa de plata llena de leche fresca. El metal estaba cubierto de gotitas producto de la condensación, cual rocío.

—Por favor, comed —invitó el hombre.

Mary alargó la mano y retiró la tapa de plata de la comida de él, descubriendo un plato muy semejante al de Jill. Su copa también hacía juego con la de ella, aunque el contenido era más oscuro: vino, tal vez. Se parecía al que a veces su padre bebía con la cena.

Jack deseó que fuese vino.

Jill comenzó a comer inmediatamente, lanzándose muerta de hambre sobre su plato. En casa a lo mejor hubiese arrugado la nariz frente a carne tan poco hecha, pero llevaba más de un día sin probar bocado; hasta carne cruda hubiera comido con tal de comer algo, lo que fuera. Jack prefirió ser más precavida. Quería comprobar si ese desconocido había drogado a su hermana, o algo peor, antes de bajar la guardia. Pero tenía muchísima hambre, la comida olía de maravilla y el hombre había asegurado que durante tres días estarían seguras en su casa. Todo era extraño, y ellas todavía desconocían el nombre de su anfitrión...

Jack interrumpió su gesto de alargar la mano hacia el tenedor y se volvió para mirarlo con los ojos bien abiertos mientras trataba frenéticamente de dar una patada a Jill por debajo de la mesa. Sus piernas no eran lo bastante largas para una mesa tan ancha, y se quedó corta por más de un palmo.

—No sabemos cómo se llama usted —dijo, con voz un tanto aguda—. Así que es un desconocido, y con desconocidos no deberíamos ni siquiera hablar.

Mary palideció, algo que Jack hubiera creído imposible dado que, para empezar, la mujer apenas tenía color. Los dos silenciosos criados retrocedieron un paso y quedaron con la espalda

pegada a la pared. Y el hombre, el desconocido anónimo de la capa forrada de rojo, pareció divertido.

—No conoces mi nombre porque no te lo has ganado, pequeña expósita —dijo—. Aquí la mayoría me llama «Amo». Podéis llamarme así.

Jack clavó la mirada en él y se mordió la lengua, sin saber qué podía decir; sin saber qué sería *seguro* decir. Que la gente al servicio de este hombre lo temía era un hecho tan patente como la luna en el cielo. Pero Jack desconocía el motivo, y hasta que lo descubriera no quería decir ni palabra.

—Deberías comer —dijo el hombre con una nota de amabilidad en la voz—, ¿o es que prefieres lo que está tomando tu hermana?

Jack negó con la cabeza en silencio. Jill, que no había dejado de comer durante esta conversación, continuó atiborrándose de carne, patatas y espinacas, aparentemente satisfecha con el mundo.

Unos pesados pasos resonaron escaleras arriba, lo bastante fuertes como para captar la atención de todos los que estaban sentados a la mesa, incluida Jill, que masticó y tragó mientras se giraba hacia el sonido. El hombre torció el gesto, en una expresión de desagrado que todavía se acentuó más cuando otro desconocido entró en la habitación.

Este hombre era robusto y de constitución semejante a la de un molino: macizo, fuerte y como a punto de estallar. Vestía un práctico atuendo: pantalones de dril y camisa de confección casera, ambos protegidos por un delantal de cuero. Tenía una barbilla con la que se hubieran podido partir troncos y, bajo su frente de perfil inclinado, sus vivaces ojos parecían estar calibrándose. Lo más fascinante de todo era la cicatriz que recorría la circunferencia de su cuello al completo: gruesa, blanca y de bordes deshilachados como un trozo de cuerda, como si quienquiera que hubiera sido el autor del corte no se hubiera molestado lo más mínimo en realizarlo limpiamente.

—Doctor Bleak —dijo el primero de los dos hombres con un mohín despectivo—. No estaba seguro de que te fueras a dignar venir. Y por supuesto que no tan rápido. ¿No tienes ninguna terrible atrocidad que cometer?

—Eso siempre —respondió el doctor Bleak. Su voz se asemejaba al retumbar del trueno en las montañas lejanas, y a Jack le encantó nada más oírla. Sonaba como un hombre que, abriéndose camino a gritos, hubiera llegado hasta las respuestas a los misterios del universo—. Pero teníamos un acuerdo, tú y yo, ¿o es que lo has olvidado?

—Te mandé llamar, ¿no? —respondió el primer hombre haciendo una mueca—. Le pedí a Ivan que se te dijera que me acordaba.

—Las cosas que Ivan dice y las cosas que tú dices no siempre coinciden.

El doctor Bleak se volvió por fin para mirar a Jack y Jill. Esta había dejado de comer. Las dos estaban sentadas completamente inmóviles.

El doctor Bleak puso mala cara al ver el puré manchado de sangre del plato de Jill. Hacía un buen rato que ya no quedaba carne, pero su rastro seguía presente.

—Veo que ya has hecho tu elección —señaló—. *Eso* no era lo que habíamos acordado.

—Les he permitido a ellas mismas elegir su comida —dijo el primer hombre con tono ofendido—. No es culpa mía si ella prefiere la carne poco hecha.

—Vaya —repuso el doctor Bleak evasivamente antes de centrar su atención en Jill—. ¿Cómo te llamas, niña? No tengas miedo. No he venido a hacerte daño.

—Jillian —musitó Jill con voz chirriante.

—El doctor Bleak vive fuera de la aldea —intervino el primer hombre—. En un tugurio. Con ratas, arañas y demás. Nada comparado con un castillo.

—¿En serio?! —exclamó el doctor Bleak con expresión de fastidio—. ¿En serio vas a recurrir a insultos mezquinos? Todavía no he hecho mi elección.

—Pero como a todas luces vas a decidirte por aquella por la que yo me inclinaría, no siento vergüenza en barrer para casa. Además, míralas bien. ¡Una parejita a juego! ¿Cómo podrías no avenirte a darme el capricho de quedarme con ambas?

—Espere —terció Jack—. ¿Qué es eso de «quedársenos»? No somos perros callejeros. Lamentamos terriblemente haber entrado sin permiso en su vasta y siniestra propiedad, pero no vamos a quedarnos aquí. En cuanto encontremos una puerta volveremos a casa.

El primer hombre sonrió burlón. El doctor Bleak parecía... bueno, casi apesadumbrado.

—Las puertas aparecen cuando aparecen —dijo—. Podríais tener que quedaros aquí muchísimo tiempo.

Jack y Jill lucían idénticas expresiones de alarma. Jill fue la primera en hablar.

—Tengo entrenamiento de fútbol —explicó—. No puedo perdérmelo. Me dejarán fuera del equipo, y entonces mi padre se pondrá hecho una furia conmigo.

—A mis padres no les gusta que salga de casa —dijo Jack—. Mi madre se va a subir por las paredes cuando se entere de lo que he hecho. No podemos quedarnos aquí muchísimo tiempo. No podemos y punto.

—Pues os quedaréis —aseguró el primero de los hombres—. Durante tres días como huéspedes en mi hogar, y luego como muy apreciadas residentes el tiempo que tardéis en encontrar una puerta de regreso a vuestro mundo. Si es que llegáis a encontrarla. No todos los expósitos vuelven a los lugares de los que huyeron, ¿a que no, Mary?

—No, mi señor —respondió esta, con voz apagada y muerta.

—El último expósito que llegó dando tumbos a los Páramos era un niño con el cabello como el fuego y los ojos como mañanas invernales —dijo el primer hombre—. El doctor Bleak y yo discutimos sobre quién debía encargarse de su cuidado y alimentación, porque resulta que a ambos nos encantan los niños. Están tan llenos de vida, de energía... Pueden convertir una casa en un hogar. A la postre yo me salí con la mía, y le prometí al doctor Bleak que, para mantener la paz, él se podría quedar con el siguiente expósito que cruzara una puerta. ¡Imaginad mi sorpresa cuando llegasteis dos! Realmente la Luna provee.

—¿Dónde está ese niño ahora? —preguntó Jack con recelo.

—Encontró la puerta de vuelta a su hogar —respondió el doctor Bleak—. Y se fue. —Fulminó con la mirada al primer hombre desde la otra punta de la mesa, como si lo estuviera retando a decir algo.

En lugar de eso, este se limitó a reír sacudiendo la cabeza.

—¿Qué dramático! Siempre tan dramático... Siéntate, Michel, y déjame ofrecerte algo de comer. Disfruta una noche de la hospitalidad de mi hogar, y a lo mejor entonces comprendes lo acertado de permitir que estas lindas hermanitas permanezcan juntas.

—Si estás tan decidido a mantenerlas como un lote único, respeta el espíritu de nuestro acuerdo y permite que ambas vengan a mi casa —propuso el doctor Bleak. Sus siguientes palabras iban dirigidas a las niñas—: No puedo proporcionaros una vida de lujos. No tengo sirvientes, y

tendréis que trabajar para ganáros el sustento. Pero os enseñaré cómo funciona el mundo, y volveréis a vuestro hogar más sabias, aunque también más cansadas. Mientras permanezcáis bajo mi techo, nunca se os hará daño intencionadamente.

Fue como si la palabra «nunca» le saltara a la cara a Jack. El primer hombre solo les había prometido tres días. Jack miró a su hermana por encima de la mesa, y se la encontró haciendo mohines con ojos malhumorados.

—¿Comerás algo, Michel? —preguntó el primer hombre.

—Supongo que debería —aceptó el doctor Bleak, y se precipitó sobre una silla como un alud deteniéndose tras la caída. Miró a Mary con ojos afectuosos—. ¿Serías tan amable de traerme carne, pan y cerveza, Mary?

—Sí, señor —dijo la mujer, e incluso sonrió mientras abandonaba apresuradamente la sala.

El primer hombre —el Amo— alzó su copa en un brindis socarrón.

—Por el futuro —dijo—, que ya se ha puesto en camino, estemos o no preparados.

—Supongo que eso es verdad —le dijo el doctor Bleak. Y a Jack y Jill les dijo—: Comed. Vais a necesitar fuerzas para lo que os espera. —Y añadió—: Todos las vamos a necesitar.

La primera de las tres noches

Jack y Jill habían sido instaladas compartiendo una habitación redonda de la torre, en dos camitas con forma de lágrima, con la cabeza en el extremo más ancho y los pies apuntando hacia el que remataba en punta. Las ventanas tenían barrotes y la puerta había sido cerrada con llave. «Es por vuestra propia seguridad», había dicho Mary antes de girar la llave y encerrarlas durante la noche.

Muchos niños hubieran protestado por su reclusión, hubieran empezado a buscar maneras ingeniosas de arrancar los barrotes de las ventanas o forzar el pestillo de la puerta. Muchos niños habían sido educados para que pensasen que estaba permitido protestar contra las normas superfluas, que levantarse de la cama para ir al baño o beber un vaso de agua no solo era algo permitido sino que estaba bien visto, dado que satisfacer sus necesidades era más importante que pasar ocho horas seguidas sin levantarse de la cama. No así Jack y Jill, que habían sido educadas para obedecer, para portarse bien, de modo que se quedaron donde estaban.

(Tal vez sea importante hacer notar que, aunque el acatamiento ciego de las reglas pueda ser una costumbre peligrosa, también puede suponer la salvación. A los pies de la ventana de la torre, el terreno estaba teñido de blanco por viejos huesos de niños que trataron de fabricar ingeniosas cuerdas trenzando sábanas, para terminar descubriendo que eran demasiado cortas y precipitarse hacia la muerte. Algunas reglas existen para preservar la vida).

—No podemos quedarnos aquí —susurró Jack.

—En algún lugar tenemos que quedarnos —musitó a su vez Jill—. Si tenemos que esperar una puerta, ¿por qué no esperar aquí? Este sitio es agradable. Me gusta.

—Ese hombre quiere que lo llamemos «amo».

—El otro quiere que lo llamemos «doctor». ¿Qué más da?

Jack no sabía cómo explicarle que eran cosas distintas; solo sabía que lo eran, que una palabra era un título que decía mucho sobre la persona que lo utilizaba, mientras que la otra decía cuánto sabía esa persona, hasta dónde alcanzaba su comprensión del mundo. Una amenazaba mientras que la otra tranquilizaba.

—No da lo mismo y punto —dijo al cabo—. Yo quiero ir con el doctor Bleak. Si tenemos que ir con alguien, quiero que sea con él.

—Vaya, pues yo quiero quedarme aquí —replicó Jill, dirigiéndole una mirada de malas pulgas desde el otro lado del hueco que separaba sus camas—. No sé por qué siempre tenemos que hacer lo que tú quieres.

Jamás en su vida se le había permitido a Jack decidir las acciones de ambas hermanas. Sus padres siempre habían fijado su curso, incluso en el ámbito escolar, donde las gemelas se habían ceñido a los papeles que les habían adjudicado con el fervor de unos actores que saben que su

obra será cancelada al primer error que cometan. Jack se quedó en silencio, dolida, preguntándose cómo su hermana había podido interpretar el mundo de manera tan equivocada.

—No tenemos por qué permanecer juntas —dijo finalmente con voz queda.

Jill estaba disfrutando el tiempo que estaba pasando con su hermana. Era... agradable. Era agradable sentir que estaban juntas, que estaban unidas, que estaban plenamente de acuerdo en algo. No obstante, se encontraba a gusto allí, en ese castillo grande y elegante, con platos de plata y el sonriente hombre de la larga capa negra. Le gustaba sentirse segura tras los gruesos muros, fuera del alcance de esa enorme luna roja. Le hubiera gustado compartir con Jack su estancia en ese lugar, pero no iba a renunciar a ella porque a su hermana le gustase un doctor sucio y hediondo.

—Así es —convino Jill, y se dio media vuelta y fingió dormir.

Jack se tumbó boca arriba y clavó la mirada en el techo, sin fingir nada de nada.

Las dos eran unas niñas, confundidas y cansadas, con el estómago lleno y bien arropadas en cálidas camas. Las dos terminaron por caer dormidas y tuvieron sueños enmarañados hasta que el ruido del pestillo de la puerta al abrirse las despertó. Se sentaron en la cama —todavía con la misma ropa, cada vez más zarrapastrosa, que habían llevado desde el comienzo de su aventura— y observaron cómo se abría la puerta. Mary la sujetó para franquear el paso a los dos hombres que les habían servido la cena la noche anterior. Cada uno llevaba una bandeja, que colocaron junto a las niñas antes de retirar la tapa y descubrir un desayuno con huevos revueltos, tostadas con mantequilla y lonchas gruesas de jamón grasiento.

—El Amo espera que se den prisa en desayunar —dijo Mary, mientras los hombres se retiraban para situarse detrás de ella—. Comprende que no están en situación de poder arreglarse, de modo que les perdonará el desaliño. Esperaré en el pasillo hasta que hayan terminado y estén listas para ir a verlo.

—Espere —dijo Jack, sintiéndose de improviso sucia e incómoda. Casi se había olvidado de que estaba hecha un asco—. ¿Podemos bañarnos?

—Todavía no —respondió Mary, saliendo de la habitación. Los dos hombres la siguieron una vez más; el último cerró la puerta tras de sí.

—¿Por qué no podemos darnos un baño? —preguntó Jack lastimeramente.

—Yo no necesito un baño —aseguró Jill, que sí lo necesitaba, y mucho. Agarró cuchillo y tenedor y comenzó a cortar el jamón en cuadraditos.

Jack, a quien jamás en su vida habían permitido estar sucia más allá de unos pocos minutos, se estremeció. Miró su comida y solo vio mantequilla, grasa y otras cosas que todavía empeorarían más el estado desastroso de la ropa que llevaba. Bajó de la cama dejando su desayuno donde estaba.

—¿No vas a comer? —preguntó Jill frunciendo el ceño.

—No tengo hambre.

—Yo sí que voy a comer.

—Vale, te espero.

—Pues no deberías. —Jill señaló la puerta—. Dile a Mary que has terminado y a lo mejor deja que te bañes. O te deja hablar con ese doctor que te acabas de echar como amigo. ¿A que te gustaría?

—Preferiría el baño. ¿Seguro que no te importa?

—Te voy a coger todas las tostadas —dijo Jill sin inmutarse.

En ese momento, Jack cayó en la cuenta de dos cosas muy importantes: la primera, que su hermana todavía creía que eso era una aventura, algo que solo duraría hasta que se hartara, momento en que se desvanecería felizmente; y, la segunda, que ella necesitaba marcharse lo antes posible. El Amo —¡cómo detestaba estar empezando a pensar en él en esos términos!— le parecía la clase de persona que quería que las niñas fueran bonitos objetos decorativos, muñecas alineadas en una estantería. No había dicho que quisiera mantenerlas juntas porque las hermanas necesitaran estar juntas; había hablado de mantenerlas juntas para tener un par a juego.

Si no lograba llevarse a Jill de allí, ella no podía quedarse, porque si se quedaba se le daría mejor que a Jill lo de ser un objeto decorativo. La dejaría en evidencia. No harían juego por mucho que se esforzaran. Y el Amo...

No sabía cómo lo sabía, pero sabía que a él eso no le iba a gustar. Se sentiría contrariado. Y no creía que su enfado fuera a resultarles agradable ni a Jill ni a ella.

Mientras salía al pasillo, sintió el vestido tieso y las medias pegadas a las piernas como vendas. Mary estaba aguardando allí, tal como había prometido, así como los dos criados.

—¿Ha terminado? —preguntó Mary.

Jack asintió con la cabeza.

—Jill todavía está comiendo —dijo—. Yo puedo esperar aquí hasta que termine.

—No hace falta —repuso Mary—. Al Amo no le gusta que se pierda el tiempo. Si quiere que la elija, le beneficiará bajar ya mismo.

—¿Y si no quiero que me elija?

Mary se quedó callada un instante. Miró a los dos hombres de inexpresivos ojos, calibrándolos. Luego miró por todo el pasillo, y pareció escrutar hasta el último rincón. Por fin, una vez segura de que no había nadie más, volvió a centrarse en Jack.

—Si no quieres ser elegida, corre, chiquilla. Baja a la sala del trono...

—¿La sala del trono? —repitió Jack con voz aguda.

—... y dile al doctor Bleak que deseas ir con él, ¡corre! Al Amo le gusta el apetito de tu hermana, pero le agrada tu forma de conducirte. Le agrada tu forma de estar. Jugará con ella hasta que hayan transcurrido los tres días, y entonces te elegirá a ti y le romperá el corazón. Dirá que el doctor Bleak podría dejaros a las dos aquí, pero sabe que el doctor jamás haría eso. Cuando puede salvar a un expósito, lo salva. Ojalá me hubiera salvado a mí. —En los ojos de Mary había una llama, ardiendo brillante como una vela—. Tu hermana estará más segura si te marchas. El Amo tendrá que hacer de ella una dama antes de poder hacer de ella una hija. Y, ¿quién sabe?, a lo mejor encontraréis vuestra puerta antes de que eso suceda.

—¿Usted...? —Jack se interrumpió, sin estar segura de cómo terminar la pregunta.

—Sí —dijo Mary asintiendo con un cabeceo—, pero nunca quise ser su hija, y cuando me pidió que le permitiera ser mi padre me negué. Así que me mantuvo a su lado como recordatorio para otros expósitos de que en una casa noble hay más puestos que ocupar aparte de los de la cabecera de la mesa. Nunca hará daño a tu hermana si ella no le invita a ello, por eso no tienes que preocuparte. Los hombres como él... no pueden entrar a menos que hayan sido invitados. Dispondréis de tiempo.

—¿De tiempo para qué?

—Tiempo para averiguar por qué fuisteis llamadas a los Páramos; tiempo para decidir si queréis quedaros o no. —Mary se enderezó; la llama pareció extinguirse cuando la mujer se giró hacia el hombre de ojos inexpresivos más cercano—. Acompáñala abajo a ver al Amo. Apresúrate. Tienes que estar de vuelta antes de que la segunda esté preparada para bajar.

El hombre movió la cabeza afirmativamente, pero no profirió palabra. Con un gesto indicó a Jack que lo siguiera y enfiló escaleras abajo. Jack miró a Mary. Esta negó con la cabeza sin decir nada. Al parecer, el tiempo para las palabras entre ellas había quedado atrás; lo que Jack hiciera a partir de ese momento dependía de ella. Jack vaciló. Jack miró la puerta de la habitación donde su hermana disfrutaba de su desayuno.

Jack descendió por las escaleras.

El hombre había previsto su renuencia y la estaba esperando en el primer descansillo, tan silencioso e impenetrable como siempre. Cuando lo alcanzó, él echó a andar de nuevo y dejó que ella le fuera a la zaga. Sus zancadas eran tan largas que Jack se vio obligada a apretar el paso hasta que sintió que sus pies apenas rozaban el suelo, que iba a caer rodando escaleras abajo para terminar aterrizando desmañadamente al pie de ellas.

Pero eso no sucedió. Llegaron abajo y entraron de nuevo en el espléndido comedor. El Amo y el doctor Bleak estaban sentados en extremos opuestos de la mesa, observándose cautelosamente el uno al otro. El doctor Bleak tenía un plato de comida ante él, que no había tocado. El Amo tenía una copa de espeso vino tinto. El hombre de ojos inexpresivos avanzó sin hacer ruido; pero no así Jack, y el Amo y el doctor Bleak se giraron al oír la llegar.

El Amo miró las manchas en su vestido, los enredones en su cabello, y sonrió.

—¡Qué ansias! —dijo, con voz casi ronroneante—. ¿Eso es que has elegido ya? Es evidente que deseas ser la primera en escoger tutor. —*Es evidente que me has escogido a mí*, dijo el silencio que siguió a sus palabras.

—Sí —respondió ella.

Jack se irguió tanto como pudo, tratando de controlar el temblor de los hombros y el entrecocar de las rodillas. La elección le había parecido difícil cuando se encontraba a solas con su hermana. Ahora, con ambos hombres mirándola, le parecía imposible.

No obstante, consiguió que sus pies se movieran y la condujeran a través de la estancia hasta plantarse junto a un sorprendido doctor Bleak.

—Quisiera acompañarle y trabajar para usted, por favor —dijo—. Me gustaría aprender.

El doctor Bleak contempló sus manos delicadas y el vestido de encaje y volantes.

—No te resultará fácil —le advirtió—. El trabajo será duro. Te saldrán ampollas y sangrarás, y si algún día me abandonas, una parte de ti permanecerá aquí.

—Eso ya nos lo dijo anoche.

—No tengo tiempo para oropeles ni galas. Si eso es lo que deseas, deberías quedarte aquí.

—Anoche nos quería a las dos —dijo Jack con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados—, incluso aunque prefiriera a mi hermana. Al parecer, ahora ya no quiere saber nada de mí. ¿Por qué?

El doctor Bleak abrió la boca para responder, pero se interrumpió, ladeó la cabeza y dijo:

—Si te soy sincero, no lo sé. Un aprendiz bien dispuesto es siempre preferible a uno mal dispuesto. ¿Regreso a por ti dentro de dos días?

—Preferiría irme con usted hoy —respondió ella.

Jack tenía la sensación de que si se quedaba más tiempo jamás se marcharía, y eso, se dijo de nuevo, perjudicaría a su hermana —a Jill, que siempre había sido la más fuerte, siempre había sido la más espabilada, pero de la que nunca se había esperado que fuera la más *inteligente*—. Ganarse la confianza de Jill era muy fácil, demasiado, y hacerle daño todavía lo era más.

Jack se tenía que marchar ya mismo.

Si el doctor Bleak estaba sorprendido, no lo demostró. Se limitó a asentir con un cabeceo y dijo:

—Como quieras. —Se puso en pie y dedicó una ligera reverencia al Amo—. Gracias por respetar nuestro acuerdo. Como la mía me ha elegido, la segunda constituye tu turno; el próximo expósito que llegue a los Páramos es mío por derecho.

—Como al elegirte, la tuya me ha desairado a mí, ¿qué me impide matarla aquí y ahora? —El Amo sonaba aburrido, lo que no impidió al miedo enroscarse en el corazón de Jack, donde quedó agazapado, oneroso y a la espera, cual serpiente preparada para atacar—. Al rechazarme ha renunciado a la protección de mi hogar.

—Es más útil viva —respondió el doctor Bleak—. Es un duplicado de su hermana. Si le sucediera... algo a la primera, podrías utilizar a la segunda para garantizar su supervivencia. Y si la mataras, estarías rompiendo nuestro acuerdo. ¿De veras quieres arriesgarte a un enfrentamiento entre nosotros? ¿Te parece que este es el momento?

El Amo lo miró con hastío, pero no se levantó.

—Como quieras, Michel —dijo, y sonaba al borde del tedio. Sus ojos se posaron sobre Jack, tan tranquila como si no acabara de amenazarla—. Si te cansas de vivir en la miseria, chiquilla, eres libre de regresar. Mis puertas siempre estarán abiertas para una niña tan encantadora como tú.

Jack, que hacía ya mucho que se había hartado de que la consideraran simplemente «encantadora» y que no había olvidado la amenaza —incluso aunque el Amo sí lo hubiera hecho —, no dijo nada. Asintió con la cabeza y se acercó un poco más al doctor Bleak y, cuando este se levantó y abandonó la estancia, fue tras él.

Pero basta de Jack por el momento: esta es una historia sobre dos niñas, incluso si a veces es necesario seguir a una a expensas de relegar a la otra. Esto es algo que sucede a menudo. Si se le da la oportunidad, los niños se desperdigan, obligando a tomar decisiones, obligando a quien los busque a correr por todo tipo de pasillos oscuros. Así que:

Jill se tomó su desayuno y, cuando hubo terminado, se comió el de Jack, sin dejar de mirar la cama de su hermana con expresión asesina. Esa estúpida de Jack... Por fin estaban en un lugar en el que a alguien le encantaba la cara que compartían, el reflejo que compartían, y ahora Jack iba a coger y a largarse dejándola a ella ahí. Se tenía que haber imaginado que a estas alturas Jack no iba a querer empezar a ser su gemela. No cuando se había pasado tantos años evitándolo.

(Jill no dio en pensar que el motivo por el que Jack lo había evitado, igual que ocurría en su propio caso, había nacido exclusivamente del empeño parental y nunca de un deseo sincero. Sus padres habían hecho todo lo que había estado en sus manos para desdibujar las fronteras de su condición gemelar, dejando a Jack y Jill atrapadas en tierra de nadie. Pero Jack se había marchado y Jill no, y ahora mismo eso era lo único que importaba).

Cuando la última miga de tostada ya había sido utilizada para limpiar el último rastro de huevo, Jill por fin salió de la cama y se dirigió a la puerta. Mary estaba esperando allí, y cuando apareció le hizo una venia.

—¿Ha sido el desayuno de su agrado? —preguntó la mujer.

Jill, a la que nunca antes habían tratado como si ella importara lo más mínimo —sobre todo ningún adulto—, sonrió abiertamente.

—Ha estado bien —respondió dándose aires de importancia—. ¿Ha visto a mi hermana?

—Lo siento, señorita, creo que ya se ha marchado con el doctor Bleak. Él no acostumbra a ausentarse de su laboratorio durante mucho tiempo.

—Vaya... —dijo Jill con el semblante demudado.

Hasta ese momento no había comprendido cuánto deseaba que Jack hubiese cambiado de opinión; que estuviera esperando, arrepentida y hambrienta, en la escalinata.

Si Jack quería tirar por la borda la oportunidad de ser una princesa y vivir en un castillo, allá ella... Jack ya sabía lo que era ser tratada a cuerpo de rey, ser quien lucía el vestido precioso y la diadema refulgente, y quien contaba con el cariño de todos los que la rodeaban. Terminaría por comprender su error y volvería con el rabo entre las piernas, y ¿la perdonaría Jill entonces?

Probablemente. Estaría bien poder compartir esta aventura con su hermana.

—El Amo está esperando, señorita —dijo Mary—. ¿Está preparada para verle?

—Sí —respondió Jill, y algo en su fuero interno dijo «No», una vocecilla sosegada que comprendía el peligro en el que se encontraban, incluso si ese peligro era vago e indefinido. Jill se irguió un poco más, alzó la barbilla como había visto hacer a Jack cuando presumía de vestido nuevo ante las amigas de su madre, y se tragó el miedo tan adentro como pudo—. Quiero decirle que me quedaré.

—Ahora ya no tiene elección —dijo Mary con tono precavido, casi contrito—. En el momento en que su hermana optó por marcharse, usted pasó a estar obligada a quedarse.

Jill frunció el ceño; la vocecilla sosegada que había estado aconsejándole precaución fue silenciada en un visto y no visto ante esta nueva afrenta.

—Como ella eligió, ¿yo ya no puedo elegir?

—Así es. No es mi intención hacer comentarios fuera de lugar, pero tal vez le convenga mostrar deferencia ante el Amo. No le gusta ser plato de segunda mesa.

Tampoco le gustaba a Jill, y lo había sido durante toda su vida. En ese momento se sintió embargada por un amor abrasador y apasionado hacia el hombre sin nombre del solitario castillo; amor que acabó con cualquier resto de precaución que le hubiera podido quedar. No había motivo alguno para que el Amo fuese un segundón, igual que no los había en su propio caso. Bien, ella le haría comprender que no lo era. Ella lo había elegido a él incluso antes de que Jack hubiera sabido de la existencia de ese estúpido doctor Bleak. El Amo y ella vivirían felices juntos hasta que se abriera la puerta de regreso a su hogar, y jamás volverían a ser segundones de nadie. Jamás.

—Yo lo elegí primero. Jacqueline se fue sin desayunar para poder quedar como la estrella —afirmó Jill, rebosante de amargura y fría rabia—. Se lo explicaré.

Mary había visto ir y venir a muchos expósitos desde su propia llegada a los Páramos. Contempló a Jill y, por primera vez, tuvo la sensación de que a lo mejor el Amo podría quedar

satisfecho. Esta niña tal vez viviera lo suficiente para poder llegar a marcharse, suponiendo que la puerta de su hogar se abriese finalmente.

—Sígame, señorita —pidió, y se giró y descendió la escalinata camino de la estancia en la que el Amo esperaba, silencioso e inmóvil, como siempre que no veía motivo que justificara el movimiento.

(Cómo era posible que los niños que aparecían por esas puertas esporádicas entre los Páramos y otros mundos no se dieran cuenta de que él era un depredador era algo que Mary no comprendía. Ella lo había identificado como tal en cuanto había posado los ojos sobre él. Era un peligro con el que estaba familiarizada: la familia de la que venía huyendo había sido igualmente depredadora, aunque sus maniobras predatorias fueran de naturaleza más mundana. Mary se había sentido cómoda a su cuidado porque lo tenía calado y, cuando él le había revelado abiertamente su naturaleza, a ella no le había pillado por sorpresa. Algo poco común. La mayoría de los niños a los que Mary había acompañado por esos pasillos se habían sorprendido pero que muy mucho cuando había llegado su momento, sin importar las veces que hubieran sido advertidos. Nunca se advertía demasiado).

Cuando volvieron a entrar en el comedor, el Amo estaba sentado a la mesa, dando sorbitos a una copa de plata con aire taciturno. Contempló a Mary —y por ende también a Jill— con una expresión de desinterés en los ojos entornados, y bajó la copa.

—Supongo que estamos condenados a seguir juntos —dijo mirando a Jill.

—Yo elegí quedarme aquí —afirmó esta.

—No me digas... —dijo él enarcando las cejas—. No recuerdo haberte visto ante mí antes de que la necia de tu hermana se marchara con ese inmundo doctor. Me parece recordar que yo estaba aquí sentado solo, sin ninguna expósito a mi vera, cuando ella bajó por esas escaleras y anunció su intención de irse con él.

—Ella dijo que no quería quedarse. Pensé que lo mejor era desayunar y dejar que se marchara. Así yo estaría preparada para lo que sea que usted desee que haga hoy. Saltarse comidas no es saludable.

—No, no lo es —dijo el Amo con una chispa en los ojos que podría haber sido de diversión—. ¿Juras que me elegiste antes de que ella lo eligiera a él?

—Yo lo elegí a usted en cuanto lo vi —aseguró Jill con seriedad.

—No me gustan las mentirosas.

—Yo no miento.

El Amoladeó la cabeza, mirándola con nuevos ojos.

—Tendrán que asearte y vestirte —dijo al cabo—, prepararte para vivir aquí conmigo. En mi hogar hay que ajustarse a ciertas normas. Mary te ayudará a cumplirlas. Tendrás que presentarte ante mí cuando te lo requiera, y quitarte de en medio cuando no sea el caso. Me encargaré de conseguirte tutores y modistas; no carecerás de nada. Lo único que pido a cambio es tu lealtad, tu devoción y tu obediencia.

—Siempre que su puerta no aparezca —terció Mary.

El Amo lanzó una afilada mirada en su dirección con los ojos entrecerrados. Ella se mantuvo erguida y se la sostuvo sin pestañear. A la postre, y sorprendentemente, fue el Amo quien apartó la mirada.

—Siempre serás libre de franquear la puerta de vuelta a tu hogar original —aseguró él—. Un pacto tan ancestral como los Páramos me obliga a permitirte marchar, si lo deseas de corazón. Pero confío en que, cuando esa puerta se abra finalmente, tal vez descubras que prefieres mi compañía.

Jill sonrió. El Amo le devolvió la sonrisa, y sus dientes eran muy afilados y muy blancos.

Ambas niñas, aunque tomando rutas distintas, siguiendo caminos distintos, habían llegado a su hogar.

A por un cubo de agua¹³¹

El doctor Bleak vivía fuera del castillo, fuera del pueblo; fuera de la aparentemente segura mole de la muralla. Las hojas del portal se abrieron cuando se acercó, y el doctor Bleak atravesó el umbral, sin mirar atrás en ningún momento para comprobar si Jack lo iba siguiendo. Jack lo iba siguiendo —por supuesto que sí—, pero su vida la habían definido horas de estar sentada en silencio siendo un mero adorno, esperando a que las cosas interesantes vinieran a ella en lugar de perseguirlas por entre helechos y zarzas. Sentía una especie de opresión en el pecho. Su corazón palpitaba y el costado le dolía, impidiéndole hablar.

Una vez, solo una, Jack detuvo su renqueante marcha y se quedó plantada tambaleándose, con los ojos clavados en los pies mientras trataba de recuperar la respiración. El doctor Bleak continuó caminando unos cuantos pasos más antes de detenerse a su vez, aunque no se volvió a mirar.

—No eres Eurídice, pero no me arriesgaré a perderte por algo tan insignificante —le dijo—. Tienes que ser más fuerte.

Jack, que no podía ni respirar, no dijo nada.

—Tendremos tiempo para mejorar lo que pueda mejorarse y para compensar lo que no se pueda —añadió él—. Pero aquí la noche cae deprisa. Recupérate y continúa.

Jack tomó una enorme y temblorosa bocanada de aire, a la que le siguieron un paso y luego otro. El doctor Bleak esperó hasta que la oyó dar el tercero y entonces reanudó su avance, confiando en que ella mantuviese su ritmo.

Jack lo mantuvo. Por supuesto que sí. No le quedaba otra opción. Y si pensó con añoranza en la cama mullida donde había pasado la noche, o en el cómodo comedor donde el Amo les había ofrecido exquisiteces en bandejas de plata... bueno, tenía doce años; nunca había tenido que trabajar para ganarse nada en toda su vida. Era perfectamente razonable que ansiara aquello que daba la impresión de ser primo hermano de lo conocido, incluso sabiendo, en lo más profundo de sus entrañas, que no lo quería, que no debía quererlo, que jamás lo querría para sí.

El doctor Bleak la llevó a través de helechos y matorrales, subiendo por la inclinada ladera de una colina, hasta que en la distancia apareció la silueta de un molino. Parecía muy cercano; sin embargo, cuando siguieron caminando y caminando sin alcanzarlo, Jack cayó en la cuenta de que lo que pasaba era que era enorme; era un molino construido para sacar partido del viento del cielo entero. Jack clavó la mirada en él. El doctor Bleak continuó andando y ella lo siguió, hasta que la maleza bajo sus pies cedió el paso a un camino de tierra compactada y enfilaron el último tramo de su ascenso hacia el molino. El repecho final de la colina era más empinado que el resto y terminaba a unos tres metros de la puerta. El terreno alrededor de los cimientos había sido

despejado y cubierto con jardineras elevadas rebosantes de verdor gracias a plantas nunca antes vistas por Jack.

—No toques nada mientras no sepas lo que es —dijo el doctor Bleak en un tono no carente de amabilidad—. Ninguna pregunta sincera quedará sin respuesta, pero mucho de lo que hay aquí es peligroso para quien carezca de la preparación necesaria. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí —respondió Jack—. ¿Puedo hacer una pregunta ahora?

—Sí.

—¿A qué se refería antes con lo de utilizarme a mí para salvar a Jill?

—Me refería a la sangre, niña. Aquí todo se reduce a la sangre, de un modo u otro. ¿Lo entiendes?

Jack dudó antes de negar con un cabeceo.

—Ya lo entenderás —dijo el doctor Bleak, y sacó del bolsillo del delantal una gran llave de hierro con la que abrió la puerta del molino.

La estancia que había al otro lado era inmensa, hasta el extremo de parecer una colosal caverna delimitada por todas partes por los muros curvos del molino, sin que esos límites la hicieran menos intimidante. El techo se encontraba a más de seis metros de altura y estaba lleno de objetos colgantes que no se asemejaban a nada que Jack hubiera visto hasta entonces: aves y reptiles disecados, amén de algo que parecía un pterodáctilo, con sus alas coriáceas extendidas e inmóviles para toda la eternidad. Las paredes estaban cubiertas por paneles para colgar herramientas y estanterías repletas de botellas extrañas e instrumentos más extraños incluso.



Cerca de la chimenea más pequeña de las tres existentes en la habitación había una gran mesa de roble, y en el mismo centro del cuarto lo que parecía una mesa de operaciones, bien apartada de toda fuente de calor. Había máquinas extrañísimas y tarros llenos de horribles especímenes que parecían seguirla con sus ojos carentes de vida. Jack caminó despacio hasta el mismo centro de la estancia, donde giró sobre sí misma observándolo todo.

El centro de la sala estaba ocupado por una escalera de caracol, que hacia abajo se adentraba en el sótano y hacia arriba en las alturas de la construcción, donde debía de haber otras estancias, otras horripilantes maravillas. Le pareció extraño que un molino tuviera sótano. Nunca antes se le había ocurrido esa posibilidad.

El doctor Bleak la observó, la puerta todavía abierta a su espalda. Si la niña iba a escapar corriendo entre gritos hacia la noche, sería ahora. Él había esperado que fuera la otra la que lo acompañase, la del pelo corto y las uñas desgastadas y sucias de jugar en el jardín. Sabía mejor que la mayoría que las apariencias podían ser engañosas, pero había descubierto que determinados indicadores solían ajustarse a la realidad. A esta chiquilla parecían haberla mimado, protegido; a las niñas como ella no acostumbraba a irles bien en lugares como aquel.

Ella dejó de mirar, se giró hacia él y tiró de la falda manchada y cada vez más tiesa de su vestido.

—Creo que con esto me voy a ir enganchando por ahí —dijo—. ¿Hay alguna otra cosa que pueda ponerme?

—¿Esa es tu única pregunta? —inquirió el doctor Bleak enarcando las cejas.

—No sé qué son la mayoría de estas cosas, pero usted dijo que me enseñaría. No sé qué preguntas se supone que debería hacer, así que creo que voy a dejar que me vaya proporcionando las respuestas, y luego puedo buscar la correspondencia con las preguntas. Pero no puedo hacerlo si me voy enganchando continuamente en todas partes.

El doctor Bleak la sopesó con la mirada y cerró la puerta. Por lo que fuese ya no le preocupaba que pudiera salir corriendo.

—Te avisé de que si venías conmigo tendrías que trabajar. Haré que te salgan callos en las manos y cardenales en las rodillas.

—No me importa trabajar. No es algo que haya hecho a menudo, pero estoy harta de estar me quieta.

—Muy bien. —El doctor Bleak atravesó la estancia camino de una de las altas estanterías. Alargó los brazos y bajó un baúl con la misma facilidad que si estuviera hecho de telarañas y aire. Lo colocó en el suelo y dijo—: Coge lo que quieras. Todo está limpio; aquí no se guarda nada sin antes lavarlo.

Jack interpretó sus palabras como la instrucción que eran y asintió con la cabeza antes de acercarse con cuidado hasta el baúl y arrodillarse para abrirlo. Estaba lleno de ropa, de prendas infantiles, algunas de estilos que nunca antes había visto. Muchas de ellas parecían anticuadas, como salidas de una película en blanco y negro. Las había de telas brillantes y casi futuristas, mientras que otras habían sido cortadas para ajustarse a cuerpos que no alcanzaba a imaginar: torsos largos como piernas o con tres brazos o sin agujero para la cabeza.

Terminó eligiendo una camisa de algodón blanco con cuello y puños almidonados y una falda negra por la rodilla de una tela que parecía loneta. Eran lo bastante resistentes para aguantar mientras se hacía con el trabajo y no era fácil que se engancharan o le impidieran moverse. La idea de ponerse ropa interior ajena le daba repelús, por muchas veces que se hubiera lavado con lejía, pero finalmente también escogió un par de calzones blancos, con las mejillas ardiéndole por lo bochornoso de la situación.

El doctor Bleak, que la había estado observando mientras hacía sus elecciones (salvo la de los calzones: cuando se dio cuenta de qué era lo que andaba buscando se apartó educadamente), no sonrió; sonreír no era lo suyo. Sin embargo, asintió con la cabeza en señal de aprobación y dijo:

—Si subes por las escaleras encontrarás varias habitaciones libres. Una será la tuya, para guardar tus cosas, para utilizarla cuando necesites estar sola. No vas a tener muchas oportunidades de holgazanear. Te aconsejo que aproveches las que tengas.

Jack titubeó.

—¿Sí...? —inquirió el doctor Bleak.

—Yo... no es solo que mi vestido esté hecho un asco —dijo Jack haciendo una pequeña mueca, como si nunca en su vida hubiera reconocido estar sucia. Y puede que así fuera; puede que nunca le hubiesen dado la oportunidad—. ¿No habría alguna posibilidad de bañarme?

—Tendrás que acarrear el agua tú misma, y calentarla, pero si eso es lo que deseas, adelante.

El doctor Bleak cerró el baúl y lo levantó para volverlo a colocar en su lugar del estante. Luego cogió una enorme barreña de hojalata de un gancho que colgaba del techo. No era muy profunda, y Jack pensó que, en caso de necesidad, podría meterse y acurrucarse ahí dentro, siendo como era tan grande como la bañera de su casa.

Sus ojos se abrieron como platos. La bañera de su casa. Esta y aquella eran lo mismo, separadas por siglos de avances tecnológicos, pero cumpliendo idéntica función.

El doctor Bleak dejó la barreña delante de la mayor de las tres chimeneas antes de coger un hervidor de una balda y alargárselo a Jack.

—El pozo está fuera —dijo—. Volveré dentro de dos horas. Ingéniate las para lavarte.

Y un momento después ya se había ido, tras desandar el camino hasta la puerta y salir a los Páramos, dejando a Jack mirándolo boquiabierto con el hervidor en la mano, sumida en un desconcierto total.

—El Amo la quiere limpia y acicalada —dijo Mary abriéndose camino con un cepillo por entre los mechones enredados del cabello de Jill.

Jill apretó los dientes, tratando de no apartarse de las cerdas. Estaba acostumbrada a peinarse ella misma, y a veces dejaba pasar semanas sin desenredarse los nudos, que acababan teniendo que ser cortados con tijeras.

La habitación a la que la habían trasladado era pequeña, y en ella flotaba un aroma a polvos de talco y un penetrante olor a cobre. El empapelado era de un rosa clarísimo, y un tocador muy parecido al de su madre ocupaba toda una pared. No había espejo. Eso era lo único realmente extraño del cuarto, por lo demás tan familiar que Jill se sentía incómoda: era el tipo de fortaleza femenina a la que siempre le había sido negado el acceso. Su hermana era quien tenía que haber estado sentada en ese taburete mientras le cepillaban el cabello, dispuesta a ser «acicalada».

—Es una pena que lo tenga tan corto —comentó Mary, que no parecía haberse apercebido de la incomodidad de Jill—. Bueno, ya crecerá, y al menos así él podrá decidir qué largura prefiere sin cortar algo que ya está ahí.

—¿Podré dejarme crecer el pelo? —preguntó Jill sintiendo una repentina animación.

—Lo bastante para que le tape la garganta —respondió Mary, con un tono circunspecto que a Jill se le pasó completamente por alto. Estaba demasiado ocupada pensando en cómo le quedaría el pelo largo, qué sensación le produciría en la nuca; preguntándose si los adultos le sonreirían por la calle igual que sonreían a Jack, como si ella fuese especial, fuese guapísima, y no un chicazo más.

El problema de negar a los niños la libertad para ser ellos mismos —de forzarlos a encajar en una idea de lo que deberían ser, de no permitirles elegir su propio camino— es que, con demasiada frecuencia, quien está dibujando el patrón desconoce por completo los deseos de su

modelo. Los niños no son arcilla amorfa para que el escultor la moldee a su capricho; ni tampoco son muñecas desnudas e idénticas, esperando a ser vestidas de acuerdo a la moda que mejor les sienta. Entregad una caja con juguetes a diez niños y los veréis elegir diez juguetes distintos, con independencia del sexo, la religión y las expectativas parentales. Los niños tienen sus propias preferencias. El peligro llega cuando a ellos, al igual que a cualquier otro ser humano, se les niegan esas preferencias durante demasiado tiempo.

Jill siempre había deseado saber cómo era llevar el pelo largo, lucir una falda bonita, sentarse junto a su hermana y oír comentar a la gente qué parejita de gemelas tan encantadora formaban. A ella le gustaban los deportes, era verdad, y le gustaba leer sus libros; le gustaba *saber* cosas. Probablemente hubiera jugado al fútbol incluso si su padre no hubiera insistido, y seguro que hubiera visto series de naves espaciales en la tele y películas de superhéroes en el cine, porque el meollo de lo que era la verdadera Jill no tenía nada que ver con los deseos de sus padres y sí tenía todo que ver con los deseos de su propio corazón. Solo que algunas de esas cosas las hubiera hecho ataviada con un vestido. El que durante tanto tiempo se le hubiera negado la mitad de todo lo que ella deseaba la había hecho vulnerable a todo eso: era la fruta prohibida y, como todo lo prohibido, la mera promesa de su disfrute era deliciosa.

—Lo del pelo llevará tiempo —continuó Mary, percatándose de que su advertencia había caído en saco roto—. Lo de la ropa lo podemos solucionar ya mismo, a tiempo para la hora de la comida. Se le ha preparado un baño. —Dejó el cepillo a un lado e indicó a Jill con una seña que se levantara del asiento—. Cuando salga ya tendré listo su nuevo atuendo.

Jill se puso de pie, los ojos abiertos de par en par por la expectación.

—¿Adónde voy?

—Allí —respondió Mary, y le indicó una puerta que no había estado ahí un momento antes.

Jill vaciló. Las puertas eran peligrosas. El Amo (y ese espantoso doctor Bleak) habían hablado de puertas que la llevarían de vuelta a casa, y ella todavía no estaba preparada para regresar a casa. Quería permanecer en este lugar, disfrutar de su aventura en un mundo en el que se le permitía llevar falda y el pelo largo, y ser quienquiera que deseara ser.

Mary se percató de la vacilación y suspiró, negando con la cabeza.

—Esta no es la puerta de vuelta a su hogar —dijo—. El castillo del Amo es maleable y se ajusta a nuestras necesidades. Vaya. Lávese. No hay que hacer esperar al Amo.

Si bien las advertencias de Mary podían haber caído en oídos sordos, Jill había crecido rodeada de adultos que decían una cosa y hacían otra; adultos tan obsesionados con sus propios deseos que ni daban en pensar si a lo mejor los niños no sabrían también algo sobre tener deseos. Jill sabía bien que no debía decepcionar si podía evitarlo.

—Vale —dijo.

Jill abrió la puerta y se adentró en la gruta de una sirena, en el santuario de una muchacha ahogada. Las paredes estaban alicatadas con centelleantes azulejos plateados y azules, como escamas, que se arqueaban a la par para formar la alta y puntiaguda cúpula del techo. Era una flor congelada en el momento previo a la eclosión; era una lágrima transformada en cristal antes de caer. En las paredes había pequeños nichos ocupados por velas que proyectaban luces danzarinas sobre todo lo que tocaban.

El suelo era una fina franja, de no más de un par de palmos en su punto más ancho, que ceñía el perímetro de la estancia. El resto estaba ocupado por una pila llena de agua dulcemente

perfumada y salpicada de montoncillos de espuma burbujeante. El aroma a rosa y vainilla lo impregnaba todo. Jill se detuvo y se quedó mirando pasmada. Era... era alucinante, increíble, y ¡todo para ella!

Un pequeño dardo de deleite altanero se abrió camino en su corazón. Jack no se encontraba allí. Jack no se encontraba en esa habitación, mirando una bañera digna de una princesa de cuento de hadas. Esto era suyo, y solo suyo. Ella era la princesa en esta historia.

(¿Se hubiera sentido mal por su altanería de haber sabido que, en ese mismo instante, Jack estaba dándole vueltas al procedimiento para conseguir llevar agua del pozo al hervidor y del hervidor a la tina de hojalata sin escaldarse ni congelarse? ¿O acaso la hubiera llenado de alegría pensar que su ecuánime y mimada hermana estaba sentada con agua tibia hasta las caderas marinándose en su propia suciedad, quitándose lo peor a base de restregarse con esponjas amarillas y quebradizas que antaño habían sido seres vivos de los que ya nadie se acordaría de no ser por sus esqueletos? ¡Qué rápido es el distanciamiento cuando hay algo que hace sentirse superior!).

Jill se despojó de la ropa sucia y mugrienta y se introdujo en la bañera. La temperatura era perfecta, y los aceites y esencias le aportaban un toque agradable y sedoso. Se hundió hasta la barbilla y cerró los ojos, disfrutando del calor, disfrutando de la sensación de que pronto estaría limpia de verdad.

Algún tiempo después llamaron a la puerta, y la voz de Mary dijo enérgicamente:

—Tiene que salir ya. La ropa está preparada y casi es la hora del almuerzo.

Jill salió al instante de su sopor y abrió la boca dispuesta a protestar —no podía ser la hora del almuerzo: acababan de desayunar—, pero justo en ese momento le sonaron con fuerza las tripas. El agua todavía estaba templada, aunque a lo mejor eso no quería decir nada en una estancia mágica en el interior de un castillo mágico.

—¡Ya voy! —respondió a voz en grito mientras avanzaba por el agua hacia el lugar donde había dejado la ropa.

Sus prendas habían desaparecido y en su lugar había una toalla y una bata. Comprendiendo qué se esperaba de ella, Jill se secó el cuerpo con la toalla y se puso la bata, que era blanca y suave, con un tacto semejante al de las burbujas de su baño. No había toallero ni cesto para la ropa sucia, de modo que plegó la toalla usada tan cuidadosamente como pudo y la colocó junto a la base de la pared, confiando en estar siendo lo bastante pulcra, lo bastante *buena*, para su anfitrión. A continuación salió del cuarto, y allí estaba Mary esperándola.

La doncella le echó un meditabundo vistazo antes de anunciar con un ligero tono de sorpresa:

—Supongo que valdrá. Tenga. —Agarró un fardo de tejidos pálidos (púrpura, azul y blanco, como un cardenal en proceso de curación) y se lo tendió a Jill bruscamente—. Vístase. Si necesita ayuda con los botones, aquí me tiene. El Amo está esperando.

Jill asintió en silencio con un cabeceo y tomó las prendas, sin sorprenderse al ver que en el extremo más alejado del cuarto había aparecido un biombo. Se deslizó detrás y depositó la ropa en el taburete destinado a ello antes de desatarse la bata y comenzar a vestirse.

Le alivió descubrir que reconocía la ropa interior: unas medias y una combinación a medio camino de ser una fina camiseta de tirantes. Pero el vestido... oh, el vestido...

Era un océano de cascadas de seda, un mar de tejido drapeado. No era un vestido adulto diseñado para resaltar una figura adulta; era un traje de fantasía pensado para una chiquilla, que la

haría parecer no solo una niña sino también una orquídea invertida. Tuvo que intentarlo tres veces hasta que por fin descubrió qué orificio era para la cabeza y cuáles eran para los brazos y, cuando terminó, la prenda parecía pender desmadejadamente en derredor de ella, incapaz de sentarle bien.

—Mary... —llamó con una nota de esperanza.

La doncella apareció por el extremo del biombo y chasqueó la lengua al ver el aspecto de Jill.

—Se lo tiene que abrochar si quiere que le quede bien —dijo, y empezó a ajustar botones, lazos y cierres, tantos que solo de ver moverse sus dedos a Jill le empezó a dar vueltas la cabeza.

Sin embargo, una vez hubo terminado, el vestido le sentaba a Jill como hecho a medida. Al bajar la mirada y ver los dedos de sus pies desnudos asomando por debajo de la cascada de faldones, Jill se sintió agradecida, porque sin ese defectillo todo hubiera sido demasiado perfecto para ser real. Alzó la vista. Mary sujetaba entre las manos una gargantilla púrpura con un pequeño colgante con una amatista y una perla en el centro. Su expresión era seria.

—Ahora pertenece a la casa del Amo —dijo—. Siempre, siempre debe llevar esta gargantilla cuando esté en compañía de alguien que no sea uno de los criados. Eso incluye al Amo. ¿Me ha entendido?



—¿Por qué? —preguntó Jill.

—No tardará en entenderlo —respondió Mary negando con la cabeza.

La doncella se inclinó hacia delante y abrochó la gargantilla alrededor del cuello de Jill. Le quedaba ajustada, pero no tanto como para resultar incómoda; a Jill le pareció que se acostumbraría a ella sin problemas, tanto más que la alhaja era exquisita, y la oportunidad de llevar cosas exquisitas no se le presentaba con demasiada frecuencia.

—Ya está —anunció Mary retrocediendo y observándola abiertamente—. Está todo lo bien que va a poder estar mientras no dispongamos de más tiempo, y ahora mismo de eso andamos escasas. Debe permanecer sentada en silencio. Hable solo cuando le dirijan la palabra. Reflexione antes de dar su consentimiento para cualquier cosa. ¿Lo ha entendido?

No, pensó Jill, y:

—Sí —dijo, y eso fue todo: ya nada podía salvarla.

Mary, que llevaba más de veinte años sin pronunciar la palabra «vampiro» en voz alta, que conocía a la perfección las restricciones que les constreñían, tan solo suspiró y le ofreció su mano.

—Bien —dijo—. Es la hora.

Cuando el doctor Bleak regresó de sus quehaceres con una brazada de leña y un manojo de hierbas, se encontró a Jack en el patio de delante, limpiando con esmero los últimos restos de mugre de las paredes de la tina de hojalata. Jack alzó la vista al oír sus pasos. Él se detuvo donde estaba y la contempló como si la estuviera viendo por primera vez.

Jack había necesitado seis viajes al pozo y tres tandas de calentar agua en el hervidor, pero se había quitado la suciedad de cuerpo y cabello utilizando un basto jabón de sosa cáustica que había encontrado junto a las esponjas. Se había hecho una práctica trenza a la espalda, y lo único que conservaba de su antiguo atuendo eran los zapatos, de charol, que había limpiado hasta dejar tan relucientes como el resto de ella. A pesar de todo, se la seguía viendo demasiado frágil para ser adecuada como ayudante de laboratorio, aunque las apariencias pueden ser engañosas, y la niña no había puesto reparos a nada de lo que él le había pedido.

—¿Qué hay para cenar? —preguntó el doctor Bleak.

—No tengo ni idea, y aunque la tuviera no iba a querer comérselo. De cocina no sé nada, pero estoy dispuesta a aprender.

—¿Dispuesta a aprender pero no a mentir?

—Me hubiera pillado —respondió ella encogiéndose de hombros.

—Supongo que es cierto. ¿De verdad estás dispuesta a aprender?

Jack movió la cabeza afirmativamente.

—De acuerdo entonces. Vamos dentro.

El doctor Bleak atravesó el patio a enormes zancadas y, cuando entró por la puerta abierta, Jack lo siguió sin vacilar. Y cerró la puerta a su espalda.

PARTE III

JACK Y JILL CON TIEMPO LIBRE POR FIN

Que tiemblen los cielos, que sangren las piedras

No tardaría en resultar aburrido narrar cada minuto, cada hora, que las dos niñas pasaron, una en el castillo y la otra en el molino, una ataviada con ricas galas y la otra con harapos remendados con ingenio; no tardaría en resultar aburrido, así que no nos entretendremos en ello, porque no estamos aquí para aburrirnos, ¿verdad que no? No. Estamos aquí porque queremos una historia, ya sea una aventura desenfrenada o un cuento con moraleja, y no podemos perder el tiempo en cosas rutinarias. No obstante.

No obstante.

No obstante, miremos hacia el castillo sobre los acantilados, el castillo junto al mar, enclavado en un desmoronadizo precipicio en el ombligo de las tierras bajas. Miremos hacia el castillo donde la niña de pelo dorado pasea por las almenas al anochecer y al amanecer con sus vestidos de ensueño y la garganta oculta a los ojos curiosos, el viento enmarañando la larga cortina de su cabello y dejando tras de sí hermosos nudos. La niña pasa por fases como la luna, tan pronto pálida como la leche, tan pronto saludable y sonrosada como cualquier chiquilla del lugar. En la aldea a los pies del castillo se rumorea que es la hija del Amo, engendrada de una princesa de tierras lejanas, que regresó por fin al lado de su padre cuando este gritó su nombre a los vientos de poniente.

(En la aldea se rumorean secretos más siniestros, que hablan de niños desaparecidos y labios rojos cual rosas. Ella todavía no es un vampiro, dicen, y «todavía» es una palabra tan poderosa e implacable que no es posible ni cuestionarse su verdad ni esconderse de sus augurios).

No obstante, miremos hacia el molino en las colinas, el molino en los Páramos, que se alza más alto que todo lo que lo rodea, invitando a los relámpagos, tentando al desastre. Miremos hacia el molino donde la niña de pelo dorado se afana trabajando el terreno a todas horas, ya sea de día o de noche, con gruesos guantes de piel para protegerse las manos de la tierra, y con guantes de la gamuza más fina, para protegerse de todo lo demás. Labora sin cesar, se chamusca las mangas con maquinarias humeantes, fuerza los ojos escudriñando los más minúsculos entresijos del universo. En la aldea cercana a los acantilados los hay que sonrían al verla llegar pisando los talones del doctor, sus zapatos más y más resistentes y cómodos a cada estación que pasa. Está aprendiendo, dicen; está encontrando su camino.

(En la aldea se rumorean secretos más siniestros, que señalan las semejanzas entre ella y la hija del Amo, que admiten que un único cuerpo solo puede contener una determinada cantidad de sangre, que solo puede soportar una determinada cantidad de daños. Todavía no han sido requeridos los servicios de esta niña, pero cuando el Amo y el doctor Bleak se enfrentan nunca hay duda sobre quién se alzaría triunfante).

Miradlas, madurando; ajustándose, al crecer, a las nuevas formas que les han sido ofrecidas; convirtiéndose, al crecer, en niñas a las que sus padres no reconocerían, a las que despreciarían. Miradlas encontrándose a sí mismas en este lugar azotado por el viento, donde ni siquiera contemplar la luna resulta siempre seguro.

Miradlas en sus camas solitarias, en sus vidas solitarias, alejándose más y más la una de la otra, incapaces de renunciar por completo la una a la otra. Mirad a la niña de los vestidos vaporosos plantada en las almenas, anhelando vislumbrar a su hermana; mirad a la niña del delantal sucio sentada en lo alto del molino, oteando los lejanos muros del pueblo. Tienen tanto, y tan poco, en común...

Alguien con una mirada lo suficientemente penetrante podría discernir el momento en que un corazón herido comienza a pudrirse mientras el otro empieza a sanar. El tiempo sigue su inexorable curso...

Hay momentos relevantes en esos años que estamos pasando de largo; momentos que son historias en y por sí mismos. A Jack y Jill les vino su primer menstruación el mismo día (una palabra, menstruación, que emplean Mary y las aldeanas, llegada de otra época, que a Jack le resulta encantadora por su arcaísmo y que a Jill le resulta aterradora por su rareza). Jack embute retazos de trapos en las bragas y comienza a buscar un sistema mejor. En los Páramos no es seguro oler a sangre. El doctor Bleak recurre a las mujeres del pueblo para que le echen una mano. Las aldeanas le llevan telas viejas y agujas de coser; ella revuelve entre sus hierbas y plantas officinales, probando combinaciones químicas hasta dar con la adecuada. Juntas, las pueblerinas y ella, elaboran algo más potente y seguro, que mantiene a raya el olor de la sangre frente a narices indiscretas. Algo que las protege cuando tienen algún motivo para aventurarse a salir de sus hogares, que evita que monstruos y Amos reparen en ellas.

Las mujeres aprenden a quererla, al menos un poco, ese día.

Mientras todo esto está sucediendo, Jill se sumerge más y más profundamente en sus baños perfumados, sangrando en el agua, emergiendo solo para comer platos de carne de ternera picada y espinacas, con la cabeza dándole vueltas ante la novedad de todo esto. Y, cuando su período pasa, el Amo acude a ella y por fin le muestra sus dientes, con los que tanto tiempo ella lleva soñando. Él le habla durante toda la noche, casi hasta el amanecer, asegurándose de que se sienta cómoda, asegurándose de que lo comprenda bien.

Él no es tan distinto de los chicos que Jill se había temido que iba a conocer cuando empezara a ir al instituto. Al igual que ellos, él la desea por su cuerpo. Al igual que ellos, él es más corpulento que ella, más fuerte que ella, más poderoso que ella en mil aspectos. Sin embargo, a diferencia de ellos, él no miente, no vela sus intenciones: está hambriento y ella es carne para su mesa, ella es vino para su copa. Él le promete amarla hasta que las estrellas se apaguen. Le promete hacerla como él, cuando alcance la edad suficiente, de suerte que nunca tenga que abandonar los Páramos. Y cuando le pregunta cuál es su respuesta, ella se desabrocha la gargantilla que le ha rodeado el cuello durante los últimos dos años, la deja caer y descubre la mullida curva blanca de su cuello.

Hay momentos que lo cambian todo.

Un año más tarde, Jill se convierte en la práctica en la hija del Amo; Jack se halla junto al doctor Bleak en el último piso del molino que comparten. Han abierto el techo, y una tormenta, negra como la tinta, tizna el cielo y se retuerce iluminada desde el interior por fognazos de

relámpagos. Una muchacha de la aldea yace extendida sobre una losa de piedra situada entre ambos, su cuerpo cubierto por una sábana, sus manos amarradas mediante correas bien ajustadas a dos varas metálicas. Solo es un año mayor que Jack, y ha sido hallada muerta a la salida del sol con un mechón blanco en el cabello que apunta a un corazón detenido cuando algún amante espectral la besó con demasiada intensidad. Los corazones que se paran sin sufrir daños a veces pueden arrancar de nuevo, si se dan las circunstancias adecuadas. Cuando no se consigue que concurren esas circunstancias adecuadas, un relámpago puede convertirse en un sorprendente buen sustituto.

El doctor Bleak vocea órdenes y Jack se apresura a cumplirlas, hasta que un relámpago baja serpenteando desde el cielo y cae sobre su despliegue de ingeniosos aparatos. La sacudida lanza a Jack por los aires hasta la otra punta de la sala, y durante tres días notará un cierto regusto a calderilla en el paladar. Reina el silencio.

La muchacha de la losa abre los ojos.

Hay momentos que lo cambian todo, inmersos en la masa de tiempo ordinario cual insectos atrapados en ámbar. Sin ellos, la vida sería algo manso y predecible. Sin embargo, con ellos, ¡ah...! Con ellos, la vida hace lo que le place, como un relámpago, como el viento que sopla por las almenas del castillo, sin que nada pueda impedirselo y sin que nada pueda decirle «no». Jack ayuda a la chica a levantarse de la losa, y ahora todo es distinto y nada volverá jamás a ser lo mismo.

La chica tiene los ojos del color del brezo azul que crece en la colina, y su cabello, allá donde no es blanco, es del tono dorado de los helechos secos, y es hermosa de un modo que Jack trata de encontrar palabras para describir; un modo que parece desafiar las leyes de la naturaleza y las leyes de la ciencia al mismo tiempo. Se llama Alexis y es todo un crimen que haya llegado a estar muerta, incluso tan solo un segundo, porque el mundo es menos luminoso cuando ella no está.

(Jack no se había percatado de esa falta de luminosidad, pero eso no es relevante: un hombre que ha pasado su vida entera en una cueva no añora el sol hasta que lo ve y, una vez lo ha visto, ya nunca podrá retomar su vida subterránea).

Cuando Alexis la besa por primera vez, detrás del molino, Jack cae en la cuenta de que Jill y ella tienen una cosa en común: Jack no quiere regresar nunca, jamás, al mundo del que llegaron. No cuando en su lugar podría tener este mundo, con sus relámpagos y sus hermosas muchachas de ojos garzos.

Hay momentos que lo cambian todo, y una vez han cambiado las cosas ya no hay marcha atrás. La mariposa jamás puede volver a convertirse en oruga. La hija del vampiro, la aprendiz del científico loco, jamás volverán a ser las chiquillas inocentes y puras que bajaron por una escalera, que atravesaron una puerta.

Han cambiado.

La historia cambia con ellas.

—¡Jack!

La voz del doctor Bleak era áspera, autoritaria e imposible de pasar por alto; si bien esto no era algo que Jack acostumbrara a hacer. Sus primeros tres meses con el doctor le habían bastado y sobrado para aprender que, cuando él decía «salta», la reacción apropiada no era preguntar

«¿desde qué altura?», sino correr al acantilado más cercano y confiar en que la gravedad se encargara del asunto.

Lo que no quitaba para que en ocasiones el doctor fuera de lo más inoportuno. Jack se desenredó de los brazos de Alexis, cogió los guantes de la estantería donde los había dejado y se los puso a tirones mientras gritaba:

—¡Ya voy!

Alexis suspiró mientras se sentaba y volvía a componerse el vestido.

—¿Qué quiere justo ahora? —preguntó—. Papá me espera de vuelta antes del anochecer.

Los días en los Páramos eran cortos y valiosos. A veces pasaban varias semanas sin que el sol saliera por completo de detrás de las nubes, lo que permitía a los prudentes vampiros y a los descuidados hombres lobo corretear con total libertad incluso cuando no les correspondía. La familia de Alexis regentaba una taberna, así que no se tenía que preocupar por cazar ni cultivar la tierra durante las escasas horas de luz solar. Aunque eso no quería decir que tuvieran prisa alguna por celebrar un segundo funeral en memoria de su hija.

(Aquellos que tras haber muerto una vez habían sido resucitados no podían convertirse en vampiros: fuese lo que fuese ese extraño sistema que los no muertos utilizaban para reproducirse, lo cierto es que era mágico y se mantenía a distancia de la ciencia del relámpago y la rueda. Alexis estaba a salvo de los caprichos del Amo, por hermosa que llegara a ser con los años. Sin embargo, el Amo no era el único monstruo de los Páramos, y a la mayoría de ellos les traía sin cuidado el historial clínico de la muchacha. La devorarían, y punto).

—Voy a averiguarlo —dijo Jack abrochándose a toda prisa su propio chaleco. Se detuvo para mirar a Alexis, contemplando las curvas suaves y blancas de su cuerpo, la carne redondeada de hombro y pecho—. Tú... tú quédate exactamente donde estás, ¿vale? Volveré en cuanto pueda. Si te quedas aquí sin moverte no tendremos que volver a bañarnos.

—No me moveré —aseguró Alexis con una sonrisa perezosa antes de volverse a tumbar en la cama y clavar la mirada en el techo tachonado de piezas de taxidermia.

Tras cuatro años con el doctor Bleak, Jack había llegado a ser más fuerte de lo que nunca se hubiera esperado: con la misma facilidad se echaba al hombro un cadáver que una fanega de patatas. Había dado un buen estirón y crecido más de treinta centímetros, lo que la había obligado a hacer numerosos viajes a la aldea para comprar tela con la que arreglarse los pantalones. Lo que contenía el baúl guardarropa del doctor Bleak había dejado de quedarle bien a los catorce años, cuando ya era poseedora de unas largas extremidades, unos pechos incipientes y un genio imprevisible. (Había pasado gran parte de ese año gritándole al doctor Bleak por motivos que ella misma no alcanzaba ni a entender ni a explicar. Hay que decir en honor del doctor que el hombre aguantó de forma admirable sus impredecibles arranques de mal humor. Al fin y al cabo, él mismo era de genio bastante imprevisible).

Después de que el tercer par de pantalones parcheados chapuceramente se rasgara por la mitad, Jack había aprendido a coserse su propia ropa, y había empezado a comprar tela por rollos, para cortarla y darle la forma que le apeteciera. Sus creaciones nunca le iban a ganar la admiración de ninguna corte vampírica chic, pero cubrían sus extremidades y le proporcionaban la protección necesaria frente a los elementos. El doctor Bleak había asentido con silenciosa comprensión a medida que el atuendo de Jack se iba pareciendo cada vez más al suyo propio, con puños bien ajustados en las muñecas y pañuelos masculinos al cuello, a primera vista como

ornamento, pero en realidad para impedir que algo atravesara la fina malla de su armadura. Ella no estaba negando su feminidad al vestirse con prendas masculinas, sino más bien la estaba protegiendo de los ácidos corrosivos y de otros compuestos menos cotidianos.

Jack continuaba estando delgada, porque si bien su estómago acostumbraba a estar lleno, no podía darse el lujo de segundas raciones ni de pasteles para acompañar el té; continuaba siendo de tez pálida, porque el sol no solía brillar en los Páramos. Continuaba llevando el cabello largo: una apretada trenza rubia que le colgaba por la mitad de la espalda y que cada mañana deshacía para a continuación volverla a hacer. Alexis decía que era suave como la seda, y a veces la engatusaba para que se la dejase deshacer y así poder pasar los dedos por los mechones retorcidos, alisándolos y distendiéndolos. Pero el pelo nunca estaba suelto mucho tiempo. Como todo lo demás relacionado con Jack, su cabello se había convertido en algo preciso y organizado, que siempre se amoldaba a su lugar en el mundo.

La última novedad en ella eran sus gafas, con lentes pulidas y recortadas en el laboratorio del doctor Bleak, y dispuestas en una montura fabricada con alambre retorcido. Sin ellas, el mundo era ligeramente borroso por los bordes —nada terrible, teniendo en cuenta lo atroz que ese mundo podía ser a veces, pero no era el atributo más conveniente para un científico—. Así que Jack llevaba sus gafas y veía las cosas tal como eran: nítidas, brillantes e implacables.

Jack encontró al doctor Bleak dentro del molino, con un gran murciélago marrón extendido sobre la mesa de autopsias, las finas membranas de sus alas atravesadas por clavos. El animal tenía la boca llena de ajo y pétalos de rosas silvestres, solo por precaución. No había nada en él que demostrase que se trataba de un vampiro visitante, pero tampoco había nada que demostrase que *no* lo era.

—Necesito que vayas a la aldea —dijo el doctor sin levantar la mirada. Un complejo anteojito de relojero tapaba su ojo izquierdo y ampliaba desmesuradamente los órganos internos del murciélago—. El acónito, el arsénico y las galletas de chocolate se nos están acabando.

—Sigo sin comprender cómo es siquiera posible que aquí tengamos chocolate —dijo Jack—. El árbol del cacao crece en climas tropicales, y aquí el clima no es tropical.

—Las espantosas criaturas que moran en las profundidades de la bahía lo rescatan de los restos de las naves a las que hacen naufragar, y se lo canjean a los lugareños por vodka. Así es también como conseguimos el ron, el té y algún que otro ídolo maldito.

—Pero ¿de dónde vienen los barcos?

—De lejos. —El doctor Bleak alzó por fin la vista, sin esforzarse por disimular su irritación—. Como al mar no se le puede diseccionar, resucitar ni mortificar con ninguna práctica científica, déjalo en paz, aprendiz.

—Sí, doctor —dijo Jack, que en ese momento se percató por fin del resto de las palabras que había dicho el hombre. Sus ojos se abrieron como platos—. ¿Al pueblo?

—¿Acaso el tiempo que pasas con tu amiga pechugona ha acabado con el poco sentido común que tenías? No me apetece tener que buscar un nuevo aprendiz cuando por fin tú has aprendido lo suficiente para resultar útil. Sí, Jack, al pueblo. Nos hacen falta cosas. Tú eres la aprendiz. Tú eres la encargada de ir a por ellas.

—Pero, doctor... —Jack miró hacia la ventana. El sol, que apenas se vislumbraba, pendía peligrosamente bajo en el cielo—. Se acerca la noche.

—Que es justo por lo que vas a comprar acónito, para mantener a raya a los hombres lobo. Las gárgolas del erial no te molestarán. Todavía están agradecidas por las composturas que le hicimos a su cabecilla el mes pasado. En cuanto a los vampiros... bueno, por ese lado no tienes demasiado por lo que preocuparte.

Jack quiso mostrar su desacuerdo. Abrió la boca dispuesta a ello y luego la volvió a cerrar, reconociendo un argumento perdedor nada más verlo.

—¿Puedo acompañar a Alexis a casa? —preguntó.

—Siempre que eso no te haga llegar tarde a las tiendas, me trae sin cuidado lo que hagas. Saluda a su familia de mi parte.

—Sí, doctor.

Saludar a la familia de Alexis de parte del doctor Bleak probablemente supondría regresar a casa con una olla de estofado y una hogaza de pan, como mínimo. Ellos sabían que el doctor les había devuelto a su hija y, todavía más, sabían que Alexis era hermosa: era muy posible que su muerte y resurrección la hubieran protegido de una eternidad vampírica. Solo por eso ya le estarían agradecidos hasta que las estrellas se extinguieran.

Jack cogió la cesta de detrás de la puerta y contó veinte pequeñas monedas de oro acuñadas con el rostro del Amo que cogió del frasco donde guardaban el dinero para los gastos del día a día. Y luego, con los hombros ligeramente encorvados, fue a comunicarle a Alexis que se marchaban.

El doctor Bleak esperó hasta que Jack se hubo ido antes de suspirar, sacudir la cabeza y alargar la mano hacia otro escalpelo. Jack era una discípula excelente: ansiosa por aprender, lo bastante obediente para que mereciera la pena formarla y lo bastante inconformista para que mereciera la pena ocuparse de ella. Algún día llegaría a ser una buena doctora, si los Páramos decidían retenerla el tiempo suficiente. Y justo ese era el problema.

En los Páramos nacía poquísima gente. Alexis, con la sosegada aceptación propia de una oriunda de que así era como tenía que funcionar el mundo, era más una rareza que un caso normal. A diferencia de otros mundos, que mantenían una abundante población por sus propios medios, los Páramos eran demasiado adversos a la vida humana para poder lograr eso mismo con facilidad. Así que enviaban puertas a otros lugares, para recoger niños que quizá pudiesen crecer y sentirse a gusto en ellos, y luego dejaban que el curso natural de las cosas... siguiera su curso natural.

El doctor Bleak no había nacido en los Páramos. Y, a decir verdad, tampoco el Amo. El Amo llevaba siglos allí; el doctor, décadas. Las suficientes para haber sido aprendiz de su propia maestra: la doctora Ghast, la de huesudas manos, que a su vez había sido aprendiz de su propio maestro, antaño. Sabía que un día moriría, y que el relámpago no bastaría para traerlo de vuelta. Algunos días pensaba que a lo mejor incluso agradecía ese período de descanso definitivo, cuando ya no se le requiriera interpretar el papel del villano menos malo de la historia —el que, por comparación, es el héroe involuntario—. El doctor Bleak no había nacido en los Páramos, pero llevaba en ellos el tiempo suficiente para ser consciente de cuál era la situación.

Jill era la última hija adoptada por el Amo. Ella paseaba por las almenas por las noches, sonriendo y tarareando para sí, con su respeto por la vida humana menguando día a día. Todavía no era una vampira, ni lo sería hasta dentro de varios años, pero resultaba... perturbador... que se hubiera abierto una puerta a los Páramos y por ella hubiesen recalado dos personas tan semejantes, y que sin embargo encajaban tan bien en roles opuestos.

¿Acaso la Luna, que todo lo ve y todo lo juzga, se estaba cansando del Amo, igual que se había cansado de tantos señores vampíricos que le habían precedido? Jill sería una sustituta terriblemente desalmada, una vez despojada de los últimos restos de su blandura humana. El doctor Bleak vislumbraba cómo se desarrollaría la historia desde el momento de la transformación de Jill. Jack, por muy poco que tuviera ya que ver con esta —al haber preferido evitar en la medida de lo posible el empalagoso honor de ser objeto de la estimación del Amo—, continuaba siendo de su misma sangre, y no le perdonaría al Amo el haberle arrebatado a su hermana. Una tenaz científica loca era una adversaria digna de cualquier monstruo —los científicos eran el lado humano del equilibrio imprescindible entre las casas feudales que gobernaban en estas costas—, y al doctor Bleak no le costaba imaginar al Amo derrotado y a su brillante nueva hija, insensible y cruel, ocupando su trono.

Jack y Jill eran una historia que estaba cobrando realidad ante sus ojos, sin que él supiera cómo impedirlo. De modo que, efectivamente, él estaba tratando de forzar que Jack viera a su hermana. Necesitaba que Jill se acordara de la existencia de Jack y de que Jack era humana, porque entonces, por lógica, Jill también tenía que ser humana.

Tal vez esto fuera lo único que pudiera salvarlas.

Alexis se sentó de nuevo cuando oyó aproximarse a Jack y frunció el ceño ante la expresión de su rostro.

—No tienes cara de «todo arreglado, sigue besándome» —dijo.

—Porque no lo está. El doctor Bleak quiere que vaya al pueblo a por provisiones.

—¿Justo ahora? —Alexis no se esforzó por ocultar su consternación—. ¡Pero si solo llevo una hora aquí!

Lo que quería decir que —tras el baño, el examen físico, la limpieza de dientes y las gárgaras con el desinfectante de fuerte sabor hecho a base de hierbas, no fuera a ser que la seda dental hubiese liberado alguna bacteria— solo llevaba lo bastante limpia, de acuerdo con los criterios de Jack, unos cinco minutos cuando habían sido interrumpidas.

—Ya lo sé —dijo Jack dando una patada al suelo por la frustración—. No sé por qué está tan empeñado en que vaya ahora. Lo siento. Al menos te puedo acompañar a casa.

Alexis suspiró haciéndose la víctima.

—Al menos es algo —convino—. Mi madre tratará de darte de cenar.

—Y yo aceptaré agradecida, porque tu madre hierva todo bien a fondo. Si me pregunta por qué no me quito los guantes, le diré que tengo un corte en la mano y que no quiero arriesgarme a que la herida se abra, sangre y atraiga a los no muertos.

—Eso es lo que le dijiste la última vez.

—Es una inquietud justificada. Debería alegrarse de que estés saliendo con una joven aprendiz así de concienzuda, en lugar de con alguno de esos zoquetes del pueblo.

Jack ofreció su mano enguantada a Alexis. Alexis la tomó con un nuevo suspiro y salió de la cama.

—Esos «zoquetes del pueblo», como a ti te gusta llamarles, tendrán casa y negocio propios algún día. Tú tendrás un molino.

—Un molino inmaculadamente limpio.

—Ellos podrían darme hijos. Eso es lo que dice madre.

—Yo podría darte hijos —dijo Jack sonando un tanto ofendida—. Tendrías que decirme cuántas cabezas querrías que tuviesen y de qué especie te gustaría que fueran, porque ¿qué sentido tiene contar con tantos cementerios si no puedo darte hijos cuando me los pides?

Alexis se echó a reír y le dio un puñetazo en el hombro, y Jack sonrió, sabiendo que todo quedaba perdonado.

Mientras atravesaban los Páramos componían una pareja extraña, sin que ninguna de las dos pareciese tener tribulación alguna en la vida. Alexis era mórbida donde Jack era enjuta, la hija de padres adinerados que se aseguraban de que nunca se fuese a la cama con hambre, y que confiaban en ella para conocer su propio cuerpo y sus necesidades. (Y si el vampiro local sentía debilidad por las muchachas esbeltas que morirían si quedaban a la intemperie en medio de una ligerísima helada, pues bien, a aflojarse el cinturón toca e id pasando las patatas; mantendremos a nuestras queridas hijas bien seguras en casa). Jack llevaba el cabello recogido en una apretada trenza mientras que Alexis lo llevaba suelto; y las manos de la primera iban enfundadas en unos guantes mientras que la segunda las llevaba al aire. No obstante, esas manos se entrelazaban con la misma firmeza que el nudo de marinero más prieto jamás atado, y las dos chicas caminaban con pasos suaves y acompasados, sin una torcedura de tobillo, sin que en ningún momento una obligara a la otra a apurarse.

Jack se detenía de tanto en tanto, sacaba del bolsillo unas tijeras con el mango de hueso y cortaba un trozo de arbusto o hierba. Alexis siempre se paraba y la observaba con indulgencia mientras Jack hacía desaparecer las plantas en el interior de la cesta.

Cuando en una ocasión retomaron el camino, Alexis le dijo en tono ligero y burlón:

—Puedes tocar todos los hierbajos asquerosos del mundo, pero a mí no me puedes tocar a menos que tengas a mano un cubo de agua hirviendo...

—Yo no los toco —replicó Jack—. Los tocan las tijeras y los tocan los guantes, pero yo propiamente no los toco. Yo no toco prácticamente nada.

—Cómo me gustaría que pudieras...

—Y a mí —dijo Jack, y esbozó una sonrisa irónica y torcida—. A veces pienso en qué diría mi madre si me viera ahora. Ella fue quien primero me dijo que la suciedad era algo temible.

—Eso mismo me decía mi madre.

—Tu madre es tremebunda dentro de unos límites, y me asusta más que todos los vampiros de todos los castillos del mundo, pero la mía le daba mil vueltas cuando lo que estaba en juego era la posibilidad de que los vecinos me pudieran ver con el vestido sucio —aseguró Jack sombríamente—. Aprendí a temer la suciedad antes de aprender a deletrear mi propio nombre.

—No consigo imaginarte con un vestido. Te parecerías... —Alexis se interrumpió, pero ya era demasiado tarde: el daño ya estaba hecho.

—A mi hermana, sí. Seríamos como dos desgraciadas gotas de agua. Aunque creo que yo no valdría para vampira. Nunca parecen tener una servilleta a mano cuando la sangre empieza a brotar a chorros. —Se estremeció teatralmente—. ¿Me imaginas cubierta de toda esa... porquería? Y carecen de reflejo. No podría saber si me había limpiado bien la cara. La única solución sería bañarme con lejía por las noches.

—Malo para el pelo.

—Malo para el corazón —dijo Jack, y le apretó los dedos—. Soy lo que soy, y una gran parte de mí no va a cambiar, por mucho que desee lo contrario con todas mis fuerzas. Lo siento. Renunciaría a un montón de cosas a cambio de pasar una tarde tumbada en el heno contigo, con el aire lleno de polvo y nuestras pieles cubiertas de sudor sin que a ninguna de las dos nos importara. Pero me temo que esa experiencia me volvería loca. Soy una criatura de entornos estériles. Es demasiado tarde para que pueda cambiar.

—Dices eso, pero te he visto saltar al interior de una tumba como si tal cosa.

—Solo con el calzado adecuado, te lo aseguro.

Alexis se rio, se acercó un poco más a Jack y la tomó del brazo mientras continuaban caminando hacia el imponente muro del pueblo. Reclinó la cabeza en el hombro de Jack. Esta inhaló, respirando el aroma salado del cabello de su amada, y pensó que los mundos de sangre y luz de luna, en los que la única amenaza más terrible que las criaturas que moraban en el océano eran las que habitaban en la costa, también tenían su lado positivo. La belleza destacaba más ante un fondo de zarzas.

El paseo fue demasiado corto, o a lo mejor sus piernas se habían vuelto de pronto demasiado largas: los fantasmas de la infancia todavía estaban tan presentes en ellas que aún no habían aprendido el delicado arte de la parsimonia, de alargar las cosas hasta que duraran tanto como ellas les exigieran. En lo que les pareció un abrir y cerrar de ojos ya estaban plantadas ante el inmenso muro.

Alexis soltó la mano de Jack.

—Alexis Chopper, que vuelve a casa —gritó haciendo bocina al centinela.

—Jacqueline Wolcott, aprendiz del doctor Bleak, que ha venido para acompañar a la señorita Chopper y a comprar provisiones —dijo Jack a voz en cuello.



Los aldeanos siempre hablaban en primer lugar —para darles la oportunidad de gritar pidiendo ayuda si lo consideraban necesario, suponía Jack—. Lo más probable era que la *ayuda* adoptara la forma de aceite hirviendo, o tal vez de una lluvia de flechas, pero al menos morirían sabiendo que habían protegido al resto de la aldea.

Que quienes vivían casi codo con codo con un vampiro pudieran temer tanto al resto del mundo era algo fascinante. El mero hecho de que alguien fuese un desconocido no implicaba que fuera a tener dientes más afilados ni garras más crueles que el monstruo que ya conocían. El doctor Bleak aseguraba que lo de realizar experimentos psicológicos con vecinos nunca acababa bien, y él era quien mandaba, de modo que Jack se guardaba esas reflexiones para sí misma.

—¡Cuidado con la puerta! —advirtió el centinela.

Tras muchos crujidos de la madera y gritos, la puerta se abrió, pesada, lenta y supuestamente segura.

Alexis, que había nacido al otro lado de ese portal, lo traspasó con total serenidad a pesar de saber que el Amo vigilaba todos sus pasos. El hecho de estar adentrándose de manera voluntaria en el coto de caza de un vampiro no parecía preocuparle —y a lo mejor así era—. Las contadas ocasiones en las que Jack le había mencionado el asunto, Alexis había respondido con siniestras referencias a los hombres lobo de las montañas, los Dioses Abisales de las profundidades del mar y el resto de terribles peligros que acechaban en los Páramos. Por lo visto era más apetecible vivir bajo los auspicios de un depredador que te podía convertir en su presa.

Y tal vez lo fuera. Jack había pasado una sola noche bajo el techo del Amo y, aunque a veces le apenaba no haber sido capaz de salvar a su hermana, nunca se arrepentía de haberse marchado. Jill había tomado su propia decisión.

Jack rio para sí. Alexis la miró.

—¿Qué te hace gracia? —le preguntó.

—Todo —respondió Jack mientras las puertas se cerraban a sus espaldas. Le ofreció la mano a Alexis—. Vamos a ver a tus padres.

El sol, aunque ya perdiendo fuerza, todavía seguía en el cielo; el Amo se hallaba en las profundidades del castillo, descansando para la noche que tenía por delante. Jill no podía presentarse ante él durante los dos días siguientes. Eso era así cada vez que él se alimentaba. El Amo decía que Jill necesitaba alcanzar una cierta edad antes de que él pudiese detenerle el corazón y preservarla para la eternidad. Decía que ella sería más feliz si afrontaba la noche sin fin siendo adulta, con el rango y los privilegios de una adulta.

Jill creía que en realidad era porque él tenía miedo. No se sabía de ningún expósito que hubiera regresado a su propio mundo después de su decimotavo cumpleaños: si alcanzabas la mayoría de edad en los Páramos, te quedabas hasta la muerte. O no muerte, según el caso. Ella solo tenía dieciséis años. Todavía tenía que esperar dos más; dos años durante los que él se mantendría alejado de ella tres días cada dos semanas; dos años de pasear a solas por las almenas, sintiendo el beso cruel del sol sobre la piel. El Amo insistía. El Amo quería que la gente se acostumbrase a ella, y quería que ella fuese plenamente consciente de a qué estaba renunciando.

Tonterías. Todo eran tonterías. Como si hubiera alguien a quien, tras haberle sido ofrecida una eternidad de privilegios y poder, se le fuera a antojar rechazarla. Quienquiera que decidiese abandonar al Amo tenía que ser un necio, o algo peor...

De pronto algo se movió en la plaza. Dos personas habían entrado por la puerta que daba a la montaña. La muchacha gorda de la posada y una figura flacucha con un chaleco negro. Un destello de luz se reflejó en las gafas de Jack cuando esta giró la cabeza. Jill sintió encogersele el corazón rebosante de odio en el pecho. Su hermana, allí.

Eso era intolerable.

Una invitada a cenar

La posada de los padres de Alexis era pequeña, acogedora y razonablemente limpia para lo acostumbrado en estos establecimientos. Jack era capaz de permanecer en ella durante horas antes de empezar a tener ganas de rascarse hasta arrancarse la piel, algo extraordinario para cualquier lugar que no fuera el laboratorio.

(En una ocasión, tras una visita más tensa de lo habitual, Alexis había señalado que resultaba raro que Jack soportase trabajar en el jardín para el doctor Bleak pero no la idea de ocupar un asiento utilizado antes por otra persona sin frotarlo primero hasta dejarlo reluciente como un espejo. Jack había tratado, sin demasiado acierto, de explicarle que la tierra era tierra; la tierra podía estar limpia, cuando se hallaba en su entorno natural. Era la mezcla de tierra con otros elementos —como piel, sudor y otros humores del cuerpo humano— lo que constituía un problema. Era la receta, no los ingredientes).

La madre de Alexis era como una versión de más edad de su hija y, cuando sonreía, sus ojos brillaban como los de una calabaza de Halloween iluminada. Jack pensaba que sería capaz de aguantar toda la suciedad que hiciera falta a cambio de disfrutar de la calidez de la sonrisa de la señora Chopper. Había rebuscado entre sus recuerdos una y otra vez y jamás había dado con algo que siquiera apuntase a que su propia madre fuera capaz de sonreír así.

El padre de Alexis había sido leñador antes de establecerse como posadero: de ahí el apellido familiar^[4] y el hacha colgada sobre la lumbre. Era un montañés, y Jack creía que tal vez fuera el único humano de los Páramos que podría tener alguna posibilidad en un enfrentamiento físico con el doctor Bleak. (Los hombres lobo le derrotarían, eso estaba cantado. Por suerte, a los hombres lobo no les interesaban tanto las peleas y el lanzamiento de hacha como atacar a la gente y correr a recoger palos).

Como siempre en El Rastro de la Cierva y la Liebre, la comida era sencilla y abundante, e hizo que Jack se acordara con inquietud del conejo y los tubérculos que había comido en su única noche con el Amo. Este tomaba lo que le apetecía de los negocios de la aldea para destinarlo a quienes vivían bajo su techo: Jack no tenía duda alguna de que su primera comida había sido preparada por las afectuosas manos de la señora Chopper. A lo mejor Alexis había comido eso mismo aquella noche. A lo mejor su etapa en los Páramos había empezado con ellas dos compartiendo una cena, sin tener ni idea de lo que les esperaba.

Deseaba que así hubiera sido. El pan sabía mejor y la leche parecía más dulce cuando pensaba que llevaban todo ese tiempo comiendo juntas.

La señora Chopper hacía circular las patatas por la mesa una vez más cuando la puerta de la cocina se abrió de golpe, temblando en su marco como atrapada por una fuerte ráfaga de viento. Alexis pegó un bote en el asiento. El señor Chopper se puso en tensión y se llevó la mano al

costado como si allí esperase encontrar colgada su hacha, dispuesta para ser blandida. La señora Chopper se quedó paralizada, con las manos aferrando los bordes de la fuente.

Jack permaneció inmóvil, con los ojos clavados en su comida, tratando de aparentar que para ella no había en el mundo nada tan fascinante como ese guiso de setas y ese conejo asado.

—Al menos podrías saludar, ¡hermana! —le espetó Jill entre dientes, con una voz venenosamente dulce, como algo que se hubiera echado a perder por el calor tras permanecer al sol demasiado tiempo.

—Vaya, lo siento. —Jack alzó la cabeza mientras se llevaba la mano a las gafas para ajustárselas—. Pensaba que era algún perro callejero que había abierto la puerta de un empujón. En el mundo del que vengo, la gente llama a la puerta.

—Tú vienes del mismo mundo que yo —dijo Jill.

—Sí, y la gente llama a la puerta.

Jill le lanzó una mirada fulminante, y Jack se la devolvió sin inmutarse.

Sus rostros eran idénticos, eso era innegable. Ni todo el tiempo del mundo cambiaría la forma de sus labios ni el ángulo de sus ojos. Podían teñirse el cabello, arreglarse con estilos por completo distintos, pero siempre estarían cortadas por el mismo patrón. Aunque ahí terminaba su parecido.

Jill llevaba un vestido de un púrpura tan claro que podría haber pasado por blanco, de no ser por el contraste con la palidez de su piel y el rubio hielo de su cabello. La prenda tenía un escote recto, en un estilo que resultaba recatado ahora, pero que no iba a seguir siéndolo durante mucho más tiempo; era un vestido de niña, y a ella, al igual que a Jack, no le faltaba mucho para convertirse en mujer. La falda era lo bastante larga como para arrastrar por el suelo, y los últimos quince centímetros estaban grises por la suciedad. Jack se estremeció ligeramente, y confió en que su hermana no lo notase.

No tuvo tanta suerte. Mientras Jack había estado viviendo en un molino, aprendiendo los secretos de la ciencia y cómo resucitar a los muertos, Jill había estado viviendo en un castillo, aprendiendo los secretos de la supervivencia y cómo servir a los muertos. A sus ojos no se les escapaba nada. Sonrió lentamente.

—Vaya, lo siento, hermana —dijo—. ¿Estoy sucia? ¿Te molesta que sea una cochina? Al Amo no le importa que eche a perder los vestidos. Siempre puedo conseguir otro.

—Qué suerte tienes —replicó Jack con los dientes apretados—. ¿Por qué estás aquí?

—Te vi entrar por el portal. Pensé que seguro, segurísimo, venías al castillo a verme, puesto que, al fin y al cabo, soy tu hermana y llevas mucho tiempo sin hacerme una visita. Imagínate mi sorpresa cuando te vi seguir a tu gorda amiguita hasta la posada para darte un atracón. —Jill arrugó la nariz—. Qué depravación la tuya. ¿Así es como quieres pasar tu juventud?, ¿entre cerdos y campesinos?

Jack comenzó a levantarse. Alexis la agarró por la muñeca y la obligó a sentarse de nuevo.

—No merece la pena —dijo en voz baja—. Por favor, no merece la pena.

Jill soltó una carcajada.

—¿Lo ves? —dijo—. Aquí todo el mundo, salvo tú, sabe cuál es su lugar. ¿Es porque estás celosa?, ¿porque podrías haber tenido lo que yo tengo y no fuiste lo bastante rápida?, ¿o es porque me echas de menos?

—Nunca conocí a mi hermana lo bastante bien como para echarla de menos y, en vista de tu comportamiento, no estoy segura de que siquiera te fuese a querer como hermana —le espetó Jack—. En cuanto a lo de tener lo que tú tienes... tienes un vestido en el que destaca hasta la más mínima mota de suciedad que se posa. Tienes las manos tan pálidas que nunca parecen limpias. No deseo lo que tú tienes. Lo que tienes es terrible. Déjame en paz.

—¿Son esas maneras de hablar a tu familia?, ¿a quien es sangre de tu sangre?

—La última vez que me informé sobre el asunto estabas planeando librarte de tu sangre en cuanto el Amo estuviese dispuesto a tomarla —respondió Jack con sorna—. ¿O es que has cambiado de opinión y vas a tratar de quedarte por aquí y seguir viviendo una temporada más? Yo te lo recomiendo. Y a lo mejor también que tomes el sol un poco más. Salta a la vista que tienes déficit de vitamina D.

—Jack, por favor —susurró Alexis.

Jill continuaba sonriendo. La expresión de Jack se tornó glacial.

El Rastro de la Cierva y la Liebre era la única posada con la que contaba la aldea, pero no por eso era indispensable. Si le ocurría algún percance —si era arrasada por las llamas en plena noche, por ejemplo, o si sus dueños eran hallados sin una gota de sangre en el cuerpo—, pues sí, sería una pena, pero nada más. Antes del siguiente plenilunio abriría otra posada, regentada por una nueva familia deseosa de servir sin infringir las reglas.

Al igual que todos los que vivían bajo la protección del Amo, los Chopper obedecían sus normas. Hacían lo que se les ordenaba. Iban adonde se les decía que fuesen. Y no se enfrentaban, jamás, ni a él ni a la niña que había elegido como heredera.

Jack tragó nerviosa. Jack se alisó el chaleco con las manos enguantadas y se puso en pie, dejando el plato a medio comer. Alexis le soltó el brazo. El primer instante de esa ausencia, cuando la mano de Alexis dejó de presionar, fue en cierta manera peor que la capitulación.

—Lo siento... muchísimo, Jillian —dijo Jack con voz cauta y comedida—. Tenía hambre. Ya sabes que cuando tengo hambre me pongo de muy malas pulgas.

—Cuando no has comido no hay quien te aguante —convino Jill con una risita—. ¿En serio que venías a verme a mí?

—Sí, claro. —Jack no necesitó girarse para saber que Alexis estaba temblando y que sus padres se estaban conteniendo para no correr hacia ella. No se esperaban que Jack atrajera el peligro hasta su puerta. Pero tenían que habérselo esperado. Tenían que haberlo sabido. Ella misma tenía que haberlo sabido. Se había portado como una idiota y ahora ellos estaban pagando el precio—. El doctor Bleak me espera de vuelta antes de medianoche, pero antes tengo compras que hacer en la plaza. ¿Quieres acompañarme? Creo que las monedas me alcanzan para poder regalarte algún detalle. Jengibre caramelizado o una cinta para el pelo.

La mirada de Jill se volvió más afilada.

—Si fuera cierto que habías venido a verme a mí sabrías si las monedas te alcanzaban para comprarme un regalo.

—El doctor Bleak controla el dinero. Yo no soy más que su aprendiz. —Jack extendió las manos, en un intento por parecer contrita pero no en exceso ansiosa. Jill pareció creerla, o a lo mejor simplemente le traía sin cuidado, siempre y cuando a la postre consiguiera salirse con la suya. *Nos hemos convertido en perfectas desconocidas*, pensó Jack, y le dolió—. Estoy aprendiendo mucho, pero no por eso me confía nada más allá de lo imprescindible.

—El Amo me confía absolutamente todo —dijo Jill, y atravesó la estancia a saltitos (¡sí, a saltitos!) para tomar a Jack del brazo—. Supongo que primero podemos hacer tus compras y luego ir por mi regalo. Si el doctor Bleak te echara, tendrías que vivir en el establo con los cerdos y estarías hecha un asco todo el tiempo. Eso sería terrible, ¿a que sí?

Jack, que ya sentía que necesitaba un baño solo por ese breve contacto con su hermana, contuvo un estremecimiento.

—Terrible —convino. Agarró la cesta y permitió a Jill llevársela de allí, camino de la noche.

La puerta se cerró de un golpe a sus espaldas. Con las prisas por abrazar a su hija, la señora Chopper dejó caer la fuente con patatas, y los tres se apiñaron, temblando y llorando, de pronto plenamente conscientes de la oscuridad que reinaba en el exterior.

Los pasos de Jill eran ligeros, como si avanzara bailando por los adoquines embarrados de la plaza de la aldea. Iba hablando sin parar, las palabras amontonándose unas sobre otras como cachorrillos ansiosos, mientras narraba todo lo que le había acontecido durante los meses transcurridos desde la última vez que vio a su hermana. Jack comprendió, con cierto sentimiento de culpabilidad apagado y distante, que Jill se sentía sola: en esa enorme mole del castillo podía tener criados e incluso disfrutar del amor de su Amo, o al menos de su afecto, pero no tenía ni un solo amigo.

(Y casi mejor así. Jack se acordaba de que, al poco de haberse ido a vivir con él, el doctor Bleak había regresado del pueblo en varias ocasiones con expresión seria y su gran maletín negro de médico en la mano. Se habían producido varios fallecimientos entre los niños del pueblo. Fue todo lo que consiguió arrancarle, y eso a fuerza de insistir. Hubieron de transcurrir varios años — hasta que Alexis empezó a frecuentar el molino— para que se enterara de que todos los niños fallecidos habían sido vistos jugando con Jill en las inmediaciones de la fuente. El Amo era un tipo celoso. No quería que Jill tuviera nada en su vida aparte de a él, y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que considerara necesaria para asegurarse de continuar siendo el centro de su mundo. Los amigos eran una molestia que solventar. Los amigos eran prescindibles).

Jack estaba acostumbrada a ir de compras sola o en compañía del doctor Bleak. Era sorprendente con cuánta frecuencia los aldeanos olvidaban que Jill era su hermana o no sentían necesidad de refrenar la lengua en su presencia. Estaba acostumbrada a bromas y cotilleos, e incluso a alguna que otra pulla maliciosa sobre las normas del Amo.

Cuando fue pasando por las tiendas del brazo de Jill, lo que la sorprendió verdaderamente fue el silencio. La gente que la conocía como la aprendiz del doctor Bleak se quedaba callada cuando se acercaba codo con codo con la hija del Amo, y algunos la miraban a la cara como si ella fuese un acertijo que acabaran de resolver cuando menos se lo esperaban. Jack tenía que controlarse para no hacer muecas. Le llevaría meses, a lo mejor años, recuperar el terreno que estaba perdiendo con cada persona que la veía en compañía de Jill. De buenas a primeras, ella volvía a ser el enemigo, lo que no era una perspectiva agradable.

Varios comerciantes le ofrecieron un descuento superior al acostumbrado y al que se podían permitir. A pesar de ello, Jack pagaba la cantidad habitual siempre que podía, moviendo la cabeza negativamente para acallarlos. Por desgracia, cuando Jill la pillaba, arrebatada al tendero las monedas de la mano, con cara de fastidio.

—*Pagamos* solo por cortesía —decía—. *Pagamos* como gesto simbólico, para demostrar que somos parte de este pueblo y no solo el corazón que palpita manteniéndolo vivo en un mundo de lobos. Si desean que ese gesto sea todavía más simbólico, déjalos. Me prometiste un regalo.

—Sí, hermana —respondía Jack, y pasaban a la siguiente tienda, mientras el vacío en su estómago iba creciendo más y más, hasta que llegó un momento en que tuvo la sensación de que se iba a tragar el mundo entero.

Jack tendría que contárselo al doctor Bleak. Si no, él se enteraría por los aldeanos la próxima vez que fuera al pueblo a por provisiones o a visitar a la madre enferma de alguno de ellos. Le dirían que su aprendiz y la hija del Amo habían estado paseando del brazo; él se preguntaría por qué Jack se lo había ocultado y todo se echaría a perder. Incluso más de lo que ya lo estaba.

La cesta le pesaba en el brazo con todo lo que el doctor Bleak le había encargado comprar, amén de alguna otra cosilla añadida que Jill había ido cogiendo aquí y allá y colocando sin más junto al resto: una jarrita con nata para montar, un tarro de miel... Lujos agradables, a su manera, pero que en el molino en lo alto de la colina jamás se habían considerado necesarios. Por fin llegó el momento de que Jill escogiera su regalo.

La tendera, una esbelta doncella del pueblo que temblaba y se estremecía como un junco meciéndose al viento, estaba de pie con las manos entrelazadas rígidamente ante el delantal, como si con su negativa a permitirles temblar pudiera hasta cierto punto disimular el resto de su ansiedad. Y a lo mejor así era: Jill no pareció fijarse. Estaba ocupada pasando los dedos por las cintas, musitando y parloteando sobre el tacto de los tejidos contra su piel.

Jack trató de cruzar la mirada con la de la tendera, pero esta apartó la vista, evitando mirarla a los ojos. Jack sintió que el vacío de su estómago crecía todavía más. La mayoría de los aldeanos eran supersticiosos, si es que se les podía aplicar este calificativo teniendo como tenían al vampiro justo allí mismo, habiendo como había hombres lobo en las montañas y terribles criaturas con tentáculos en el mar. Sabían que el Amo podía influir sobre sus mentes solo con que sus miradas se cruzasen. Llevaban años sin que ninguno de ellos hubiese mirado a Jill a los ojos, salvo cuando se les había ordenado, incluso aunque ella no tendría la capacidad de influir por sí misma sobre el corazón humano hasta que fuese transformada. Y ahora, al parecer, parte de esta superstición estaba siendo transferida a Jack.

—¿Te gusta esta? —preguntó Jill levantando una tira de brillante seda gris que parecía haber sido cortada de la bruma del páramo—. Tengo un vestido con el que iría de maravilla.

—Es preciosa —dijo Jack—. Deberías coger esa.

Jill hizo un gracioso mohín.

—Pero es que hay tantísimas... —se quejó—. No he visto más que la mitad.

—Lo sé —dijo Jack tratando de sonar apaciguadora o, al menos, tratando de no sonar frustrada—. El doctor Bleak me espera de vuelta para la medianoche, ¿te acuerdas? No puedo desobedecer a mi amo igual que tú no puedes desobedecer al tuyo.

Era un riesgo calculado. Jill sabía lo que significaba ser obediente, someterse a los deseos de otra persona. También tenía cierta tendencia a estallar presa de una ira exacerbada ante la más mínima insinuación de que *su* Amo no era el único amo de los Páramos, como si la letra mayúscula en el título le confiriera en cierta manera el monopolio de impartir órdenes a gritos.

Jill se ató la cinta alrededor del dedo y dijo:

—El Amo todavía estaría encantado de acogerte, si quisieras venir a casa. Bueno, ahora mismo no encajarías para nada. Tendrías que ser reeducada. Yo tendría que enseñarte a ser una verdadera dama. Pero aun con todo, podrías venir a casa.

Solo de pensar en llamar al castillo «casa», Jack sintió un mareo fruto del terror. Lo controló y negó con un cabeceo.

—Te agradezco la oferta, pero tengo trabajo que hacer con el doctor Bleak. Me encanta lo que hacemos juntos. Me gusta lo que estoy aprendiendo. —Un antiguo recuerdo afloró en su memoria: su madre con un traje pantalón rosa explicándole cómo rechazar una invitación—. Muchísimas gracias por haber pensado en mí.

—Ya vendrás a casa algún día —dijo Jill con un suspiro, y agarró un puñado de cintas, tantas que quedaron colgando entre sus dedos como un arcoíris de gusanos—. Me llevaré estas —hizo saber a la tendera—. Mi hermana te pagará. —Y se largó: giró sobre los talones y echó a caminar airadamente de regreso a la puerta del castillo. Mientras avanzaba, las cintas fueron cayendo de su puño sin que se diese cuenta, dejando a su paso un rastro sobre la tierra.

Jack se giró hacia la tendera mientras rebuscaba las monedas por el fondo de la cesta.

—Lo siento —se disculpó con tono quedo y apremiante—. Yo no quería traerla, pero me ha obligado a ello. A lo mejor no tengo suficiente para pagarte, pero te prometo que volveré con lo que falte; dime qué te debo.

—Nada —respondió la muchacha, que continuaba evitando mirar a Jack.

—Pero...

—He dicho que nada. —La tendera empezó a alisar las cintas restantes, tratando de restablecer el orden en el caos creado por Jill—. Total, ella nunca paga. El Amo enviará a alguien con oro o pagará de más cuando le encargue el próximo vestido. Esta vez no me ha amenazado. No me ha enseñado los dientes ni preguntado si quería ver la piel de debajo de su gargantilla. Contigo se ha comportado mejor, no peor.

—Lo siento muchísimo.

—Márchate. —La tendera por fin levantó la vista, por fin la clavó sobre Jack. Cuando volvió a hablar, lo hizo en voz tan queda que apenas resultaba audible—. Todo el mundo sabe que los críos que hablan con la hija del Amo desaparecen, porque él no soporta compartirla. Pero tú no, porque, aunque no seas su hija, sigues siendo la hermana de su hija; ella, ella es la que tiene celos de la gente que habla contigo. Aléjate de mí antes de que tu hermana decida que eres mi amiga.

Jack retrocedió un paso. La muchacha retomó la tarea de ordenar los lazos, con expresión adusta. No dijo nada más, así que Jack se dio media vuelta y atravesó caminando la silenciosa aldea. El sol se había puesto. La inmensa luna roja estaba situada inquietantemente cerca del horizonte, como si se dispusiera a descender y a empezar a aplastar todo lo que se cruzase en su camino.

La puerta de la posada estaba cerrada. Una solitaria vela ardía en la ventana. Jack la miró y continuó adelante, salió del pueblo por el portal y se adentró en el páramo solitario y salvaje.

La luz en la ventana del molino lo hacía asemejarse más a un faro, a algo puro y perfecto, que llamaba de vuelta al hogar a las almas perdidas. Jack apretó ligeramente el paso cuando se percató de que ya casi estaba en casa; pero eso no le bastó: echó a correr y se hubiera dado de

bruces contra la puerta si el doctor Bleak no la hubiera abierto una décima de segundo antes de que ella chocara. En lugar de con la puerta, Jack se topó con las carnes prietas del torso del hombre, y el rugoso cuero del delantal le raspó la mejilla.

Jack dejó caer la cesta, y los pertrechos y el pequeño remanente de monedas se desperdigaron a sus pies.

—Jack, ¿qué pasa? —inquirió el doctor Bleak, y su voz era un cabo arrojado a una niña ahogándose; su voz eran los sólidos cimientos del mundo de ella, y Jack se aferró a él, la cara apretada contra su pecho, sin que por una vez le importase la suciedad, y lloró largo y tendido, bajo la mirada de la implacable luna.

PARTE IV
JILL Y JACK NO REGRESARÁN

Y de la tumba de ella, una rosa roja, roja...^[5]

Pasó el tiempo. Jack se mantuvo lejos de la aldea, prefiriendo encargarse de más tareas en el molino antes que tener que acompañar al doctor Bleak cuando este bajaba a comprar al pueblo. Empezó a hacer planes para el futuro, para cuando ella tuviese su propio jardín, su propio molino, y pudiese mantener un hogar propio.

Alexis continuó visitándola, con prudencia al principio, y luego más y más abiertamente al comprobar que a su familia no le ocurría ninguna calamidad.

Jill paseaba por las almenas y contaba los días que faltaban para su decimoctavo cumpleaños. Un día estaba acurrucada cómodamente en su cama, soñando con ríos de un hermoso escarlata, cuando la luz del sol inundó el cuarto y la arrancó de sopetón de su sueño. Se irguió en la cama, anonadada y perpleja, y parpadeó frente al terrible resplandor.

—Señorita —dijo Mary, con voz educada y deferente. Llevaba dos años utilizando ese tono con ella, desde que Jill había agarrado una buena pataleta y le había exigido que se dirigiera a ella con respeto si no quería salir volando desde las almenas—. El Amo me ha pedido que la despierte.

—¿Por qué? —preguntó Jill, apoyando la base de la palma de las manos en los ojos y frotándoselos hasta que el escozor de los rayos del sol hubo remitido. Cuando bajó las manos y parpadeó rápidamente, se percató de que Mary sujetaba un gran jarrón lleno de rosas rojas, rojas. Abrió los ojos de par en par y alargó las manos, haciendo leves gestos para que se las acercara.

—Dámelas —pidió.

—Sí, señorita.

Mary no le entregó el jarrón a Jill, sino que avanzó unos pasos a lo largo de la cama y las colocó en la mesilla contigua a la cabecera, donde Jill podía respirar la fragancia y admirar su belleza sin pincharse con las espinas. Si por su culpa la queridísima hija del Amo sangraba sin estar él en la estancia, sería la cabeza de Mary la que chocaría contra el suelo.

—¿De parte del Amo? —inquirió Jill.

—Sí, señorita.

—¡Qué hermosas son! —La expresión de Jill se ablandó, lágrimas de agradecimiento humedecieron sus ojos—. ¿Ves lo hermosas que son? ¡Cuánto me quiere! Se porta tan bien conmigo...

—Sí, señorita —dijo Mary, que estaba bien familiarizada con las muestras de amor vampírico. A veces pensaba que Jill había olvidado por completo que ella también había sido una expósita, largo tiempo atrás; que Jill no era la primera muchacha que llevaba vestidos pálidos y una gargantilla alrededor del cuello.

—¿Te ha dicho por qué? —Jill volvió hacia Mary un esperanzado rostro—. ¿Va a venir a verme hoy? Sé que solo han pasado dos días, pero...

—¿En serio que no lo sabe? —Por supuesto que no lo sabía. A los vampiros el tiempo les habría traído sin cuidado de no ser porque afectaba al resto de la gente, y Jill, aunque todavía humana, ya pensaba como un vampiro. Mary se forzó a sonreír—. Hoy es el quinto aniversario de su llegada a los Páramos.

—¿Tengo diecisiete años? —preguntó Jill con ojos desorbitados.

—Sí, señorita.

El tiempo en los Páramos no era exactamente como en el mundo del que procedían Jack y Jill: seguía unas pautas naturales distintas y no se correspondía cabalmente con ningún otro calendario. No obstante, un año era un año. Incluso si la fecha exacta del cumpleaños de las hermanas era imposible de determinar, la de su llegada estaba clara.

Con las prisas, Jill se cayó de la cama en medio de la avalancha creada por las mantas y su vaporoso camisón.

—Tenía casi doce años y medio cuando llegamos —dijo presa de la excitación mientras empezaba a amontonar de nuevo las mantas sobre el colchón—. Por lo tanto ya tengo casi dieciocho. ¿Me quiere?, ¿esta noche? ¿Ya es por fin el momento?

—Casi dieciocho no es lo mismo que dieciocho cumplidos, señorita Jill —respondió Mary, porfiando por mantener el equilibrio justo entre amabilidad y deferencia que hablar con Jill requería—. El Amo sabía que me haría esta pregunta y me pidió que le dijera que, como no conocemos la fecha precisa de su cumpleaños, prefiere pecar por exceso de precaución: todo continuará igual hasta que el tañido de las campanas de la Abadía Sumergida marque el cambio de estación.

—¡Pero eso es una eternidad! —protestó Jill—. ¿Por qué tanto tiempo? ¡No he hecho nada malo! ¡Me he portado la mar de bien! ¡Me he convertido en todo lo que él me ha pedido que sea!

Jill dejó caer las almohadas que tenía en los brazos y se enderezó, agitando las manos para señalar las elegantes puntillas de su camisón, los tirabuzones cuidadosamente dispuestos de su cabello. Hacía ya tiempo que dominaba el arte de dormir inmóvil, para levantarse peinada a la perfección y lista para enfrentarse a lo que pudiese depararle la noche.

—En todo, salvo en una adulta —dijo Mary con amabilidad—. La puerta podría continuar estando abierta para usted. Su mundo originario todavía podría arrastrarla de vuelta.

—Eso no es más que un cuento para asustar a los niños a la hora de dormir —le espetó Jill—. Las puertas no regresan cuando no se las quiere.

—Usted ya sabía lo que era un vampiro cuando llegó a este mundo. ¿No se preguntó cómo era posible eso? Las reglas que tenemos existen porque en el pasado se cometieron errores y las cosas terminaron mal.

Vampiros flamantes, criaturas airadas y voraces, que atravesaron puertas mágicas y regresaron a mundos que carecían de defensas frente a ellos... Mary contuvo un estremecimiento. Los Páramos sabían cómo convivir con los vampiros. Los Páramos estaban preparados para sobrevivir coexistiendo con sus propios monstruos.

—Si se hubieran dirigido a las montañas y hubiesen terminado bajo la tutela del señor de los hombres lobo, él les hubiera dicho lo mismo —dijo Mary—. O a las profundidades del mar. Los Dioses Abisales no transforman a nadie que sea aún lo bastante joven como para poder regresar al

mundo del que llegó. Debemos tener cuidado para evitar atraer la atención de esas fuerzas desconocidas que crean las puertas. Si dejaran de hacerlo, los Páramos estarían condenados.

—La Luna crea las puertas —afirmó Jill con tono mordaz—. Todo el mundo lo sabe.

—Existen otras teorías.

—Esas teorías son erróneas. —Jill fulminó a Mary con la mirada—. La nuestra tenía un aviso que decía: «Solo si estáis seguras», y yo lo estoy. Estoy segura de que quiero convertirme en vampiro. Quiero ser fuerte y hermosa, ¡y para siempre! Quiero saber que jamás de los jamases nadie me podrá arrebatarme todo eso. ¿Por qué no es posible?

—Lo será —la tranquilizó Mary—. Cuando toquen las campanas de la Abadía Sumergida, lo será. El Amo la llevará a la torre más alta y hará de usted una criatura despiadada, una criatura veloz y, por encima de todo, la hará suya. Pero debe esperar el tañido de las campanas, señorita Jill, debe esperar. Sé que es difícil. Sé que no quiere esperar, pero...

—Tú qué vas a saber, Mary —replicó Jill con brusquedad—. Tú fuiste una expósita. Podrías haber disfrutado de esto, pero rechazaste al Amo. ¿Por qué?

—Porque no deseaba ser despiadada.

Al principio, todo había parecido un juego, el vampiro y ella en el castillo en lo alto, y él concediéndole todos sus deseos, mientras ella reía y rechazaba todo lo que no necesitaba. Sí, había parecido un juego.

Y entonces él le había pedido ser su nuevo padre, y le había pedido que ella fuese su hija, que gobernara a su lado por toda la eternidad de cólera y sangre.

Y entonces él había estallado en ira ante su negativa. Los amigos que Mary tenía en la aldea fueron desapareciendo uno tras otro, y al principio eso también había parecido un juego, un conspiratorio juego del escondite a lo grande... hasta el día en que el Amo había arrastrado al pequeño Bela ante ella y había dicho: «Esto es lo que les sucede a quienes se enfrentan a mí», y había desgarrado el cuello del niño con los dientes. Algunas veces, a Mary todavía le parecía sentir su sangre en la cara.

Sin embargo, Jill nunca había visto esa faceta del Amo. Jill había sido su querida princesita desde un principio. Jill estaba en la gloria y soñaba con el vampirismo como si de un juego maravilloso se tratara, todavía un juego maravilloso, y Mary no tenía manera de convencerla de lo contrario.

El rostro de Jill se endureció.

—Yo puedo ser despiadada —aseguró—. Le demostraré que puedo ser despiadada, y entonces comprenderá que no tenemos que esperar. Puedo ser su hija ya mismo.

—Sí, señorita Jill. ¿Quiere desayunar?

—No seas boba —respondió Jill, lo que quería decir «sí». Al menos en ese aspecto ya era una vampira: siempre tenía hambre.

—Gracias —dijo Mary, y se fue tan deprisa y dignamente como pudo.

Jill la observó marchar sin relajar el rostro. Una vez estuvo segura de que Mary no iba a regresar se dio media vuelta y se dirigió al ropero; al abrirlo apareció un arcoíris de vestidos en tonos pastel. Eligió el más claro, un traje de seda color crema que resaltaba el dorado de su cabello y el tono marfileño de su piel. Era lo más parecido al blanco, a un traje nupcial. Le demostraría al Amo que ella no necesitaba esperar.

Le demostraría que ella ya entendía en qué consistía ser despiadada.

Hoy era el aniversario de su llegada. Seguro que cuando el sol se pusiera, el Amo ofrecería una fiesta en su honor, algo excesivo y suntuoso. A lo mejor incluso invitaba a venir al resto de vampiros y les hablaba con orgullo de su protegida, de lo lejos que había llegado, de lo hermosa que era. Sí: sería una fiesta estupenda y la única manera de que todavía fuese mejor era poniéndole punto final con su gloriosa muerte y su incluso más glorioso renacimiento.

No tenía sentido esperar. Aunque se abriera una puerta, ella no la franquearía. Jamás abandonaría a su amado Amo así. Lo único que tenía que hacer era demostrarle que iba en serio, que era lo bastante despiadada para ser su hija, y todo sería perfecto.

Si iba a celebrarse una fiesta en su honor, una fiesta espléndida y a la altura de la hija de un vampiro, entonces seguro que ese horrible doctor Bleak también organizaba algo para Jack. Estaba obligado a ello. Todo el mundo sabía que ser la aprendiz de un científico loco era peor que ser la hija del Amo, lo que quería decir que el doctor Bleak no se podía permitir dejar escapar ninguna oportunidad de reforzar la lealtad de Jack hacia él. Tendrían una fiesta.

Y si tenían una fiesta, Alexis asistiría.

El antinatural cariño que Jack profesaba a la hija del posadero no se había desvanecido con el tiempo; si cabe, se había vuelto más profundo. Jill las había visto juntas muchas veces. Jack reía cuando estaba con Alexis. ¡Reía!, como si no las estuviera dejando en mal lugar a ambas al vagar por los Páramos ataviada con feos chalecos y pañuelos masculinos, al comportarse como si el laboratorio de un desagradable y achacoso científico loco fuese un lugar apropiado para una dama. No estaba bien. No era lo correcto.

Jill podía arreglarlo todo. Podía traer a su hermana al buen camino y demostrarle al Amo que ella era lo suficientemente despiadada para ser su hija de verdad, no solo de nombre. Una sola acción le bastaría para enmendarlo todo.

Arrugó la nariz con desagrado antes de descolgar una gruesa capa marrón de una percha del interior del armario y abrochársela por encima de su bonito vestido. Odiaba los colores apagados y vulgares, pero era necesario. Sabía lo mucho que destacaba cuando no tomaba medidas para pasar inadvertida.

Mary todavía estaba en el piso de abajo, ocupada preparando el desayuno. Jill se coló por la puerta secreta del descansillo —todo castillo que se precie tiene puertas secretas— y enfiló escaleras abajo. Había recorrido ese camino tantas veces que habría podido descender con los ojos cerrados, de modo que dejó vagar la mente, pensando en lo maravilloso que sería el momento en el que el Amo la tomara entre los brazos y le mostrara todos los misterios que la muerte tenía que ofrecer.

Pronto. Muy pronto.

Salió por una puertecita en la base de la muralla del castillo, aislada y oculta en su mayor parte por un recoveco de la construcción. Se cubrió la cabeza con la capucha y se adentró en la aldea, manteniendo la capa bien cerrada y pasando desapercibida. Las figuras misteriosas camufladas bajo una capa eran bastante habituales en los Páramos y nadie les dedicaba una segunda mirada. Lo mejor era no estorbar a quienes podían ser portadores de mensajes secretos del Amo o andar a la búsqueda de víctimas propiciatorias para los sacrificios de los Dioses Abisales.

La aldea parecía otra durante el día. Más pequeña, más pobre, incluso todavía más sucia. Jill atravesó las calles imaginándose cómo la habría evitado la gente de haber sabido quién era, lo que casi compensaba la suciedad que le había manchado el dobladillo tiñendo el crema de marrón sucio. A ella la mugre no le molestaba tanto como a Jack, pero no era en absoluto elegante. Y le resultaba difícil adoptar un porte aterrador cuando parecía haberse olvidado de hacer la colada.

Los aldeanos eran sorprendentemente bulliciosos cuando no estaban mordiéndose la lengua en presencia de la hija del Amo. Reían y voceaban entre ellos, regateando, hablando de la cosecha... Jill torció el gesto al abrigo de la capucha. Sonaban... felices, a pesar de sus vidas fugaces y embrutecidas, y de contar con el favor del Amo como única protección. Se revolcaban en el barro y se deslomaban trabajando solo para conservar el techo sobre su cabeza. ¿Cómo podían ser felices?

Era una línea de pensamiento que podría haberla llevado hasta alguna conclusión incómoda de haber tenido la oportunidad de persistir en ella; y esta historia podría haber terminado de otra manera. Una revelación aislada no cambia una vida; no obstante, es un comienzo. Pero por desgracia la puerta de la posada se abrió y por ella salió la hija del posadero, ataviada de acuerdo con lo que entre los aldeanos pasaba por elegancia. Su vestido era verde con el canesú azul, y el dobladillo de los faldones había sido subido atrevidamente para dejar a la vista los tobillos. En un brazo llevaba una cesta rebosante de pan, vino y manzanas recién cogidas.

Su madre se acercó al umbral y le dijo algo. La chica rio y se inclinó para besar a la mujer en la mejilla, tras lo cual se dio media vuelta y enfiló hacia la verja, caminando como si no tuviese ni una preocupación en la vida.

Jill la siguió sigilosamente.

Jill casi nunca abandonaba la seguridad del castillo y la aldea, donde la palabra del Amo era mandato imperativo y nadie se atrevía a alzarle la mano. El páramo al otro lado de los muros también pertenecía al Amo, desde luego, pero en campo abierto las fronteras de los territorios podían difuminarse. Quienes en sus salidas bajaban en exceso la guardia, siempre corrían el riesgo de ser atacados por los hombres lobo o de ser escogidos como víctimas para los sacrificios de los Dioses Abisales. De ahí que la caminata a través del helechal estuviera empañada por un toque de vertiginosa perversidad, como si se estuviera saliendo con la suya en algún asunto. ¡Así quedaría bien demostrado que iba de lo más en serio!

La hija del posadero marchaba sorprendentemente deprisa. Jill se mantuvo a la distancia mínima necesaria para pasar inadvertida.

Alexis se había criado a la sombra del castillo, oyendo los aullidos de los hombres lobo por la noche y el tañido de las campanas de la Abadía Sumergida. Era una superviviente. Sin embargo, sabía que su condición de resucitada la hacía poco apetecible para muchos de los monstruos a los que había crecido temiendo, y también sabía que ni gárgolas ni sabuesos fantasmas merodeaban durante el día, y no solo eso, sino que iba a ver a la mujer a la que amaba. Estaba relajada. Estaba soñando despierta. Había bajado la guardia.

Una mano le tocó el hombro. Alexis se puso tensa y se volvió, preparándose para lo peor. Se relajó al ver la cara que la observaba por debajo de la capucha que la encubría.

—Jack—dijo cariñosamente—, creía que tenías faena para toda la mañana.

Jill la miró con cara de pocos amigos. Al percatarse por fin de que la mujer que venía en pos de ella no llevaba gafas, Alexis retrocedió con paso inseguro.

—Tú no eres Jack —dijo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Estar segura —respondió Jill. Se desabrochó la capa y la dejó caer sobre los helechos mientras sacaba el cuchillo de dentro del canesú y se abalanzaba sobre ella.

Dejémoslas ahí. Hay sucesos que no necesitan ser presenciados para ser comprendidos; sucesos que pueden abarcarse con un único chillido y un chorro de sangre que tiñe el brezo, de rojo como las rosas, de rojo como las manzanas, de rojo como los labios de la unigénita del vampiro.

Aquí ya no hay nada más que tengamos que ver.

... Y de la tumba de él, un rosal

—¡Ya debería estar aquí! —exclamó Jack, dejando a un lado la sierra de cirugía ósea que había estado afilando con todo cuidado. Sus ojos se dirigieron hacia la puerta abierta y el páramo de más allá. Alexis continuaba sin aparecer—. Le dije que íbamos a cenar al anochecer.

A Alexis le habían dado permiso para pernoctar en el molino. No hubiera estado bien visto, pero con el doctor Bleak de carabina no había duda de que su virtud no corría peligro. (Tampoco es que sus padres se hicieran demasiadas ilusiones ni sobre su virtud ni sobre las intenciones de Jack respecto a Alexis. A pesar de su condición de resucitada, tanto su padre como su madre se sentían aliviados al saber que su hija había encontrado a alguien que la cuidaría cuando ellos ya no estuvieran).

—A lo mejor se ha detenido a recoger flores —sugirió el doctor Bleak levantando la mirada de su propia mesa de trabajo.

—¿En el páramo? —Jack se puso de pie y agarró la chaqueta que colgaba del respaldo de la silla—. Voy a salir a buscarla.

—La paciencia, Jack...

—Es una herramienta esencial de los científicos: nada de resucitar cadáveres antes de su hora. Lo sé, doctor, pero también sé que esto no es propio de Alexis. Ella nunca llega tarde. —Jack miró a su mentor con expresión suplicante.

El doctor Bleak suspiró.

—Ay, la energía que tenéis los jóvenes... De acuerdo, puedes ir a buscarla. Pero date prisa. La celebración no empezará hasta que termines tus tareas.

—Sí, doctor.

Jack se puso los guantes a tirones y salió pitando: corrió hacia la puerta y sin dejar de correr atravesó el jardín. El doctor Bleak la contempló menguar hasta prácticamente desaparecer en la distancia. Solo entonces cerró los ojos. Llevaba mucho tiempo viviendo en los Páramos y sabía, incluso mejor que Jack, que los retrasos eran rara vez, si acaso alguna, tan inocentes como parecían.

—Que esté viva... —musitó, y reconoció la inutilidad de sus palabras en cuanto las oyó. Se quedó sentado inmóvil, esperando. La verdad no tardaría en descubrirse.

Fue el rojo lo que primero llamó la atención de Jack.

Los Páramos eran un lugar mucho más complejo de lo que le había parecido aquella primera noche, cuando ella era inocente y joven, y desconocía lo que le deparaba el futuro. Eran marrones, sí, plagados de vegetación muerta y moribunda. En los Páramos se podía encontrar hasta el último

tono de marrón que existe. También había colores vivos, con verdes jóvenes y dorados maduros, y con los arcoíris de las flores que se abrían —caléndula amarilla, brezo azul y acónito púrpura—. La cicuta florecía blanca como las nubes. La dedalera abarcaba el espectro del crepúsculo. Los Páramos eran hermosos a su manera, y si su hermosura era del tipo sereno que requiere tiempo e introspección para ser apreciada, bueno, eso no era nada malo. La mejor belleza es aquella que exige algo de búsqueda.

Sin embargo, en los Páramos no crecía nada rojo. Ni siquiera fresas o setas venenosas. Estas solo se encontraban en la linde del bosque controlado por los hombres lobo o en jardines privados, como el del doctor Bleak. Los Páramos eran una especie de territorio neutral, dividido entre tantísimos monstruos que no se podían permitir sangrar. El rojo era una anomalía. El rojo era una secuela.

Jack apretó el paso.

Cuanto más se acercaba, con más claridad se distinguía el rojo. Era como si hubiera brotado de una única fuente, derramado con deleite gratuito por quienquiera que hubiese esgrimido el cuchillo. En el centro había un cadáver, un cadáver de curvas suaves, de pecho exuberante y caderas generosas. Un cadáver... un cadáver...

Jack se paró en seco, con los ojos clavados no en el cuerpo sino en la cesta que había caído al borde mismo de la carnicería. Había aterrizado de lado. El pan estaba salpicado de sangre, pero las manzanas ya eran rojas de por sí; no había manera de saber si estaban limpias. Ninguna manera.

Jack se hincó lentamente de rodillas entre los helechos, por una vez ajena por completo a la posibilidad de mancharse con la hierba o el barro. Los ojos se le salieron de las órbitas mientras contemplaba la cesta, sin mirar en ningún momento más allá de esta; sin mirar en ningún momento lo que no deseaba ver.

Rojo. Tanto rojo...

Cuando empezó a dar alaridos, fueron los lamentos desquiciados de quien tras ser empujado más allá de su límite se ha refugiado en las acogedoras cavernas de su propia mente. En la aldea, la gente reunió a sus hijos, temblando, y cerró las ventanas. En el castillo, el Amo se revolvió en sueños, inquieto por motivos que no alcanzaba a identificar.

En el molino, el doctor Bleak se levantó, con el pesar grabado en el semblante, y cogió su maletín. A partir de ese momento los acontecimientos seguirían su curso. Era demasiado tarde para controlarlos o impedirlos. Tan solo podía confiar en que ellos sobrevivieran.

Jack continuaba de rodillas entre los helechos cuando el doctor Bleak se acercó por detrás, entre los crujidos de los tallos secos aplastados por sus botas. No se esforzó por mitigar el sonido de sus pasos: quería que ella lo oyera llegar.

Jack no reaccionó. Sus ojos continuaban clavados en las manzanas. Tan rojas... tan rojas...

—La sangre debería oscurecerse al secarse —dijo con voz apagada—. Entonces podré saber cuáles están manchadas. Podré saber cuáles no hace falta tirar.

—Lo siento, Jack —dijo el doctor Bleak suavemente.

Él no compartía los escrúpulos de Jack —comprensibles, dada su juventud, y dado lo mucho que quería a Alexis—. Se permitió recorrer con la mirada el cuerpo de la muchacha muerta,

observando los profundos cortes, la pérdida de sangre, los puntos en los que la carne parecía haber sido arrancada a violentos tajos.

Las segundas resurrecciones siempre eran difíciles, incluso cuando el cuerpo se hallaba en perfectas condiciones. Alexis... estaba tan destrozada que no estaba seguro de poder conseguirlo, ni de que Alexis fuera a seguir siendo ella misma en caso de que lo consiguiera. En ocasiones, los dos veces muertos no regresaban como era debido, sino convertidos en irrefrenables monstruosidades producto de la ciencia.

—Lo haré si me lo pides —dijo él con brusquedad—. Sabes que lo haré. Pero cuento con que me ayudes si sale mal.

Jack alzó la cabeza y la giró despacio para mirar a su mentor.

—No me importa si sale mal —aseguró—. Yo solo... No puede terminar así.

—Entonces sigue el rastro de sangre, Jack. Si una bestia se ha llevado su corazón, lo quiero intacto. De cuanto más carne del cuerpo original dispongamos para poder trabajar, mayores serán nuestras probabilidades de traerla de vuelta de una pieza.

Era verdad, pero también era una distracción oportuna. El doctor Bleak entendía lo suficiente de cadáveres para saber que Alexis revelaría más heridas cuando la levantaran. Era lo que siempre ocurría con los muertos. Si podía ahorrarle a Jack el mal trago de verlo...

Nunca había tratado de ahorrar malos tragos a Jack. Para poder sobrevivir en los Páramos tenía que comprender el mundo al que había ido a parar; pero una cosa era prepararla para el futuro y otra distinta ser cruel. Y con lo primero le bastaba. Jamás caería en lo segundo. No, si podía evitarlo.

—Sí, doctor —dijo ella.

Jack se levantó tambaleante y empezó a seguir las gotas y manchas de sangre campo a través. Había pasado tantos años buscando la más mínima mota de suciedad que seguir un rastro de sangre no le suponía problema alguno. Estaba tan concentrada en sus pies que no oyó gruñir al doctor Bleak cuando levantó el cadáver de Alexis, se lo echó al hombro y se giró para encaminarse de vuelta hacia la distante sombra del molino con la muchacha a cuestas.

Jack caminó sin parar, hasta que llegó a la muralla del pueblo. El portal estaba abierto. El portal con frecuencia estaba abierto durante las últimas horas del día. Las voces destempladas que llegaban del interior eran menos habituales. Sonaba como si hubiera gente gritando.

Franqueó el portal. El ruido cobró forma, significado:

—¡Bestia desalmada!

—¡Monstruo! ¡Más que monstruo!

—¡Matemos a la bruja!

Jack se quedó parada donde estaba, el ceño fruncido mientras trataba de encontrar sentido a la escena. En la plaza estaba presente lo que parecía ser la mitad de la aldea, con los puños enarbolados airadamente. Algunos esgrimían cuchillos u horcas; un lugareño más arrojado incluso se había tomado el tiempo de hacerse con una antorcha. Su impetuosa actitud hubiera despertado la admiración de Jack de no haber sido por la figura en el centro de la turba: Jill, con una expresión perpleja en el rostro, la sangre apelmazando su vaporoso vestido contra el cuerpo, como si acabara de darse un chapuzón. Tenía los brazos rojos hasta los codos; sus manos eran una visión terrorífica: embadurnadas con una capa tan gruesa de rojo que parecía llevar guantes.

La señora Chopper se abrió paso entre la multitud y gritó: «¡Demonio!», antes de arrojar un huevo contra Jill. El proyectil la alcanzó en la parte delantera del vestido, se rompió y añadió una mancha amarilla al rojo.

Los ojos de Jill se abrieron desmesuradamente.

—No puedes hacer eso —dijo con una voz sorprendentemente infantil—. Soy la hija del Amo. No puedes hacerme eso. ¡No está permitido!

—Todavía no eres su hija, estúpida —le espetó una nueva voz, una voz familiar. Tanto Jack como Jill se giraron en un unísono inconsciente y se encontraron a Mary plantada al borde del gentío, bloqueando a Jill el camino del castillo—. Te dije que tuvieras paciencia. Te dije que tu momento llegaría, pero tenías que apresurar las cosas, ¿verdad? Ya le avisé a él que mimándote no te hacía ningún favor.

—¡Me dijiste que fuera despiadada! —protestó Jill cerrando los puños ensangrentados—. ¡Dijiste que el Amo necesitaba que yo fuera despiadada!

—El Amo se alimenta de la aldea, pero también la protege —dijo Mary con frialdad—. Has asesinado sin su permiso y sin su bendición, y tú no eres un vampiro; no tenías derecho. —Alzó ligeramente la barbilla y se dirigió a la muchedumbre—: El Amo le ha revocado la protección que ampara a los que viven en su casa. Haced con ella lo que os plazca.

Un quedo murmullo amenazador se propagó entre la multitud. Era el gruñido que profiere una bestia justo antes de atacar.

A lo mejor hubiera sido perdonable que Jack hubiera dado la espalda a su apabullada hermana, aún engalanada con la sangre de la que había sido su amor; que se hubiera alejado. Al fin y al cabo, las circunstancias eran extraordinarias y, aunque Jack era una muchacha extraordinaria, solo tenía diecisiete años. Hubiera sido comprensible que sintiese rencor, incluso aunque más adelante tal vez lo hubiera lamentado.

Jack miró a Jill y se acordó de una niña de doce años con vaqueros azules, el pelo corto y en punta por detrás, tratando de convencerla para embarcarse en una aventura. Se acordó del miedo que ella misma había sentido al dejar atrás a su hermana, aunque eso hubiera conllevado la salvación de ambas. Se acordó de Gemma Lou cuando eran pequeñas —¡tan pequeñas!—, diciéndoles que tenían que cuidarse mutuamente, incluso cuando estuvieran enfadadas, porque la familia era algo que nunca se podía reemplazar una vez arrojada por la borda.

Se acordó de haber querido a su hermana, antaño, largo, largo tiempo atrás.

El gentío había estado observando a Jill, alerta ante cualquier señal de que se disponía a escapar. Lo que no se habían esperado era que Jack se abriera paso a empujones hasta el centro del círculo, agarrase a Jill de la mano y echara a correr. La sorpresa permitió a las dos muchachas salir de entre la muchedumbre, Jack arrastrando a su hermana, tratando de impedir que la mano de Jill se le escurriese por culpa de la sangre. Esta se mostraba extrañamente dócil y no se resistía a los esfuerzos de Jack por tirar de ella. Parecía en estado de *shock*.

Así es como te debes de quedar cuando en un mismo día te conviertes en asesina y además eres repudiada, pensó una aturdida Jack, y continuó corriendo, incluso cuando a sus espaldas se empezaron a oír los primeros ecos de la persecución. Lo único que importaba en esos momentos era alejarse. Todo lo demás podía quedar para más tarde.

Todo lo que nunca deseaste

Contemplémoslas ahora, dos muchachas —casi mujeres, pero todavía no del todo, no del todo— corriendo de la mano por el páramo inmenso y despiadado. Una lleva una falda que se enreda y se rasga en el helechal. La otra lleva pantalones, zapatos resistentes y guantes para protegerla del mundo en derredor. Ambas corren como si de ello dependiera su vida.

Detrás de ellas, un río de cólera, dividido en cuerpos humanos individuales, que corre con la incontenible furia de la horda. Más antorchas han sido localizadas y encendidas; más horcas han sido destrabadas. En un lugar como este, bajo un cielo como este, antorchas y horcas son los aperos tradicionales de los enfurecidos. Aparecen sin necesidad de ser reclamadas y, cuantas más hay, mayor es el peligro.

La multitud refulge como un cielo estrellado gracias a las llamas individuales de su ira. El peligro es muy real.

Jack corre y Jill la sigue. Ambas están llorando: la una por su enamorada floreciendo roja como una rosa en el páramo solitario; la otra por su padre adoptivo, que tan orgulloso hubiese debido estar de ella y que en lugar de eso la ha arrojado de su lado. Si compadecemos más a la primera... bueno, nosotros solo somos humanos; solo podemos contemplar la escena con ojos humanos y juzgar a nuestro modo.

Ellas corren y la muchedumbre las persigue, y la luna observa mientras asciende, porque la historia se aproxima a su fin.

El doctor Bleak cubrió a Alexis con una lona impermeable cuando oyó fuertes pisadas subiendo por el sendero del jardín. Se giró, esperando ver a Jack, y se quedó paralizado al ver, no solo a su aprendiz, sino también a su ensangrentada hermana. Detrás de ellas, la masa furiosa de la turba estaba ganando terreno, perfilada por el brillo de sus antorchas.

—Jack —dijo—. ¿Qué...?

—El Amo revocó su protección cuando los aldeanos vieron lo que Jill le había hecho a Alexis —respondió Jack, sin dejar de correr, tirando de su hermana para hacerla entrar en el molino. Su voz era clara y fría: de no haberla conocido tan bien, el doctor a lo mejor ni se hubiera dado cuenta de que era presa de fuertes temblores—. Van a matarla.

Jill profirió un tremendo chillido y de un tirón se soltó de la mano de Jack, la sangre todavía resbaladiza jugando a su favor.

—¡Eso no es cierto! ¡Él me quiere! —gritó, y se giró dispuesta a salir corriendo.

El doctor Bleak se las había arreglado para hallarse ya a su lado, con un trapo blanco en la mano, que sujetó con fuerza sobre su nariz y su boca. Jill emitió una especie de maullido

desesperado, como un gatito protestando porque ha llegado la hora de dormir, y se debatió unos segundos antes de que le fallaran las rodillas y se desplomara hecha un ovillo.

—Jack, deprisa —dijo el doctor Bleak cerrando de un portazo—. No disponemos de demasiado tiempo.

La obediencia había sido lo primero que el doctor Bleak había inculcado a Jack: no obedecer podía acarrear consecuencias desagradables, muchas de las cuales hubieran resultado mortales para la niña que ella había sido por aquel entonces. Jack se apresuró a acercarse a Jill y cogió en brazos a su hermana inconsciente. Eran de la misma altura, pero tuvo la sensación de que Jill no pesaba nada, como si estuviese hecha de polvo y plumón.

—Tenemos que esconderla —dijo Jack.

—No bastará con esconderla —replicó el doctor Bleak. Cogió un pequeño aparato de su mesa de trabajo y se dirigió hacia la puerta trasera del molino—. Has sido una aprendiz excelente, Jack: de dedos ligeros y mente aguda... No podría haber tenido otra mejor. Lamento que haya sucedido esto.

—¿Qué quiere decir, doctor?

A Jack le dio un vuelco el estómago. Tenía en sus brazos a su hermana dormida, cubierta de sangre de su novia muerta, y los aldeanos marchaban hacia el molino con antorchas y horcas. Hubiese dicho que era imposible que esa noche pudiese empeorar más. De pronto, tuvo la completa seguridad de que sí era posible.

Esta película ya la he visto, fue su pensamiento, rayano en el absurdo. Pero los creadores del monstruo no hemos sido nosotros. Fue el Amo. Nosotros solo somos quienes la queríamos.

Solo que tampoco eran ni siquiera eso, ¿verdad que no? En un principio, el doctor Bleak hubiera salvado a Jill en lugar de a Jack, porque le había parecido que Jack era una elección más lógica para un señor vampírico; pero eso no quería decir que hubiera llegado a conocer o querer a Jill. El tiempo es la alquimia que convierte la compasión en cariño, y Jill y el doctor Bleak nunca habían contado con ese tiempo. Si en esa estancia alguien quería a Jill, esa persona era Jack, y lo peor de todo era que, de no ser por Alexis, Jill ni siquiera hubiera contado con ese cariño. Sus padres nunca les habían enseñado a quererse. Cualquier vínculo establecido entre ellas había sido a pesar de los adultos de sus vidas, nunca gracias a ellos.

Jill había corrido hacia el Amo, y si bien era ella la que se había sentido abandonada y traicionada, también era ella la que jamás había mirado atrás. Deseaba ser la hija de un vampiro, y los vampiros no aman lo que están obligados a compartir. Jack se había marchado con el doctor Bleak, que se había ocupado de ella, la había cuidado e instruido, pero que jamás la había animado a amar.

Esto le había correspondido a Alexis. Alexis, que había paseado por el pueblo con ella, le había presentado a los aldeanos que hasta entonces solo habían sido rostros anónimos y le había hablado de sus vidas hasta que Jack no pudo evitar reconocer que eran personas. Alexis, que había llorado con ella y reído con ella, y que había sentido lástima de su hermana, atrapada y sola en el castillo. Había sido Alexis quien había vuelto a situar a Jill en un contexto humano, y ver a su hermana despavorida y desamparada fue lo que hizo a Jack caer en la cuenta de que continuaba queriéndola.

Sin Alexis, Jack tal vez hubiera olvidado cómo amar. Jill hubiera asesinado de todos modos —a uno u otro aldeano, a alguno demasiado lento para apartarse de su camino—, pero Jack no la

hubiera salvado.

Lo peor de todo era saber que, sin Alexis, quienquiera que hubiese ocupado su lugar habría sido vengado como era debido.

—Me refiero a que si la encuentran aquí la matarán, y a lo mejor también te matan a ti: les ofrecerías una segunda oportunidad nada habitual de cometer el mismo asesinato. —Golpeó la puerta con el aparato, clavando en la madera el «pie» en punta de este, y empezó a girar diales—. El Amo tuvo que repudiarla para impedir que marcharan sobre el castillo (incluso los vampiros temen el fuego), pero no les perdonará que asesinen a su hija. Reducirá la aldea a cenizas. Ya ha sucedido antes. Has hecho bien en traerla aquí. La única manera de salvarlos es salvarla a ella.

—Doctor, ¿qué tiene eso que ver con...?

—Las puertas son el mayor misterio científico que nuestro mundo plantea —dijo el doctor Bleak. Agarró un tarro con relámpagos atrapados en su interior y lo estrelló contra el marco de la puerta. El aire se llenó de chispas. El aparato cobró repentina vida con un zumbido, los diales giraron frenéticamente—. ¿De veras creías que no iba a encontrar la manera de sacarles partido?

Jack abrió los ojos como platos.

—¿Podíamos haber regresado en cualquier momento? —preguntó, su voz poco más que un agudo gemido.

—Podíais haber regresado —confirmó él—. Pero no habríais vuelto a vuestro hogar.

Jack bajó la mirada hacia su hermana, muda y cubierta de sangre.

—No —dijo con un suspiro—. A nuestro hogar, no.

—Mantente lejos al menos un año, Jack. Debes hacerlo. Un año, no más, es lo que en este lugar necesita una turba para dispersarse; los rencores no favorecen la supervivencia. —Ya se oían gritos en el exterior. Las llamas serían lo siguiente—. La sangre abrirá la puerta, tu sangre o la de ella, siempre que esté en *tus* manos. Abandónala, o máatala y trae de vuelta su cadáver, pero ella no puede regresar tal como es. ¿Lo entiendes? Bajo ningún concepto debes traerla de vuelta viva.

Jack abrió los ojos todavía más, hasta que los músculos circundantes le dolieron.

—¿De veras me está diciendo que me vaya? ¡Pero si yo no he hecho nada malo!

—Has privado a la turba de su presa. Aquí, eso es más que suficiente. Márchate, quédate allí y luego vuelve a casa si todavía lo deseas. Esta siempre, siempre será tu casa. —La miró compungido—. Te voy a echar de menos, aprendiz.

—Sí, doctor —susurró Jack, con el labio inferior temblándole por el esfuerzo de contenerse para no estallar en lágrimas. No era justo. No era en absoluto justo. Jill era quien había roto las reglas, y ahora era Jack la que estaba a punto de perderlo todo.

El doctor Bleak abrió la puerta. Lo que debería haber sido una vista del jardín trasero era en su lugar una escalera de madera, que ascendía en espiral adentrándose poco a poco en la oscuridad.

Jack respiró hondo.

—Volveré —prometió.

—Así lo espero.

Jack franqueó la puerta. Él la cerró tras ella.

Un largo y penoso camino de vuelta a casa

El descenso de las escaleras a los doce años había sido agotador pero no imposible: unas horas de esfuerzo, entretenimiento para una tarde.

Subir las escaleras a los diecisiete años, con los brazos ocupados por su hermana dormida e inerte, resultó ser bastante más complicado. Jack fue ascendiendo pisando con fuerza y metódicamente, tratando de concentrarse en todas las tareas repetitivas y en apariencia carentes de sentido que el doctor Bleak le había encargado en el transcurso de los años. Había pasado tardes clasificando huevas de rana en función de mínimos matices en el color, quitando hasta la última semilla de fresas silvestres y afilando todas las espinas de un seto de zarzamoras. Todas esas faenas la habían sacado de quicio mientras las llevaba a cabo, pero habían hecho de ella una persona mejor preparada para su trabajo. Así que ¿para qué estaría mejor preparada gracias a esta?

Para traicionar a la chica que la había amado, que estaba muerta en los Páramos, y que tal vez fuese a seguir muerta ahora que el doctor Bleak no contaba con un aprendiz que le ayudase.

Para alejar a la hermana causante de que ella hubiera perdido todo de la condena que se había ganado a pulso.

Para renunciar a todo lo que por fin había descubierto que deseaba.

Ninguna de las anteriores eran cosas para las que deseara estar preparada, pero a pesar de ello eran la respuesta. Jack sacudió la cabeza para secarse las lágrimas y continuó ascendiendo.

Las escaleras seguían siendo viejas, seguían siendo sólidas, seguían estando llenas de polvo; aquí y allá le pareció ver rastros de sus propias pisadas infantiles, que descendían mientras que ahora ella estaba subiendo. Cuadraba a la perfección. No había habido ningún otro propósito en los Páramos desde su llegada. A lo mejor ahora sí que tendrían algún otro, al haber quedado el puesto vacante. Cada vez que respiraba debía de estar inhalando millones de partículas de polvo. Solo de pensarlo sintió náuseas.

Cuando iban por la mitad de la subida, Jill se revolvió, abrió los ojos y clavó una desconcertada mirada en su hermana.

—¿Jack? —dijo con voz aguda.

—¿Puedes andar? —replicó esta con brusquedad.

—Yo... ¿Dónde estamos?

—En las escaleras. —Jack se paró y sin ningún tipo de miramiento dejó caer a Jill, que aterrizó sobre el trasero—. Si puedes hacer preguntas, puedes andar. Estoy cansada de cargar contigo.

Jill la miró sorprendida, sus indignados ojos abiertos de par en par.

—El Amo... —empezó a decir.

—No está aquí, Jill. Estamos en las escaleras. ¿Te acuerdas de las escaleras? —Jack agitó los brazos, señalando todo lo que tenían en derredor—. Los Páramos nos expulsaron. Estamos regresando.

—¡No! ¡Nooo!

Jill se puso de pie de un salto y trató de arrojar las escaleras abajo. Jack fue más rápida. Pasó un brazo alrededor de la cintura de su hermana, tiró de ella y la empujó hacia delante.

—¡Sííí! —gritó.

Jill se golpeó la cabeza contra algo duro. Se quedó quieta, frotándose, y luego se volvió despacio, confundida, palpando el aire a su espalda, que se levantó, como una trampilla —como la tapa de un baúl—, permitiéndoles ver una pequeña habitación polvorienta que, aunque muy levemente, todavía olía al perfume de Gemma Lou.

—Las escaleras debajo de mí han desaparecido —dijo Jack, con voz apagada y en absoluto sorprendida—. Más te vale subir y salir de aquí antes de que nos echen de un empujón.

Jill salió. Jack la siguió.

Las dos se quedaron allí plantadas durante un prolongado momento, acercándose de manera inconsciente la una a la otra mientras contemplaban el cuarto que había pertenecido a su primera cuidadora, un cuarto que les había resultado de lo más familiar en el pasado, antes de que ambas cambiaran. El baúl se cerró de golpe. Jill dejó escapar un pequeño chillido, se abalanzó sobre él y lo abrió empujando con los dedos. Jack la observó casi con indiferencia.

En el interior del baúl había un maremágnum de bisutería y prendas viejas, el tipo de cosas que una abuela cariñosa guardaría para que sus nietas se entretuvieran con ellas. No había ninguna escalera. No había ninguna puerta secreta.

Jill hundió las manos ensangrentadas en la ropa, apartándola de cualquier modo. Jack no se lo impidió.

—¡Tiene que estar aquí! —gimoteó Jill—. ¡Tiene que estarlo!

No lo estaba.

Cuando Jill dejó de hurgar por fin y agachó la cabeza para llorar, Jack apoyó una mano en su hombro. Jill alzó la mirada, temblando, destrozada. Nunca había aprendido el arte de pensar por sí misma.

Tomé la decisión correcta, y siento terriblemente haberte abandonado, pensó Jack, pero en voz alta dijo:

—Vamos.

Jill se puso de pie. Cuando Jack la cogió de la mano, no se resistió.

La puerta estaba cerrada con llave. La llave que Jack llevaba en el bolsillo —la llave que había llevado durante cinco largos años— encajó perfectamente. Giró y la puerta se abrió, y por fin estuvieron, en el sentido más estricto y académico de la expresión, en casa.

La casa en la que habían vivido durante los primeros doce años de su vida (no en la que habían madurado, no; allí habían cumplido años, pero apenas habían madurado) les resultaba al mismo tiempo familiar y extraña, como si se encontraran inmersas en un libro de cuentos. La alfombra era demasiado blanda bajo sus pies acostumbrados a los caminos de tierra compactada y el suelo de piedra del castillo; el aire olía a algo empalagosamente dulce, en lugar de a flores recién cortadas y sobrios productos químicos. Para cuando llegaron al piso de abajo, caminaban tan juntas que no importaba que sus manos en ningún momento se tocaran; continuaban unidas.

En el comedor había luz. Se dirigieron hacia ella y encontraron a sus padres sentados a la mesa, en compañía de un niño impecablemente acicalado. Las dos hermanas se detuvieron en el umbral y observaron con estupor el pequeño y cerrado círculo familiar.

Serena fue quien primero las vio. Chilló y se levantó de la silla de un salto.

—¡Chester!

Chester se volvió y abrió la boca disponiéndose a gritar a las intrusas, pero una de las muchachas estaba cubierta de sangre y ambas parecían haber estado llorando, y tenían un algo...

—¿Jacqueline? —musitó—. ¿Jillian?

Y las dos chicas se abrazaron y lloraron, mientras en el exterior la lluvia caía como un castigo, y jamás nada volvería a ser lo mismo.



SEANAN MCGUIRE vive en una vieja granja en la costa noroeste del Pacífico de Estados Unidos. Es autora de novelas y relatos de fantasía urbana y escribe ficción oscura con el pseudónimo Mira Grant. En 2010 recibió el premio John W. Campbell al mejor escritor novel. Cada corazón, un umbral, obtuvo los premios Hugo, Locus y Nébula 2017.

Notas

[1] Variación sobre un popular verso infantil. En el original lo que se compran son otros productos (un cerdo, un pastel...). [Todas las notas a pie de página son de la traductora]. <<

[2] Variación sobre un popular verso infantil, en el que Jack y Jill suben una colina: *Jack and Jill went up the hill.* <<

[3] Siguiete verso del mismo poema infantil de la nota anterior: *Jack and Jill went up the hill / To fetch a pail of water.* <<

[4] Uno de los significados de la palabra inglesa *chop* es «hachazo» o «dar hachazos», por lo que *chopper* será una persona que da hachazos. <<

[5] Referencia, levemente modificada, a un verso de *Barbara Allen*, balada tradicional escocesa. Lo mismo ocurre con el título del siguiente capítulo: *And from his grave grew a red, red rose / And from her grave a green briar.* <<